



Baltasar Champsaur Sicilia

KATY



LAS PALMAS

Tip. Miranda - Perdomo, 10

1930

KATY

¿CUÁNTO tiempo hace que no te veo? ¿Cuánto tiempo hace que no te escribo, Solamía? No son meses, son años. Tú fuiste la última en escribirme. Hoy más que nunca necesito tu perdón. Cuando una es feliz, o cree serlo, el tiempo tiene alas. O mejor, las tenemos nosotras. ¡Cómo volamos impulsadas por la dicha! Pero esas alas no duran, y caemos y despertamos como de un sueño. Todo está hundido ya en los abismos del dolor. A veces, me miro, me palpo, como para cerciorarme que soy yo misma. ¡Y tú que me augurabas un brillante porvenir! En más de una ocasión he repasado toda mi vida de colegiala, y me veo unida a tí, siempre juntas, siempre soñando. Tu imaginación era menos exaltada

que la mía. La realidad se armonizaba bien con tus sueños. Jamás, como a mí, te produjo el efecto de un choque. Quizás por eso te has salvado.

Yo... Oh! si, es preciso que lo sepas todo. Hoy no me queda nadie más que tú. Lo que siento es que vayan mis penas a enturbiar tu alegría, a interponerse como una sombra entre tus besos de madre y de esposa. Contigo ha sido Dios muy bueno. A mí me ha marcado con el dedo diciendo: «A ésta llenadle bien el cáliz». Y el amargor no se concluye nunca para mí. Ya no hay esperanza. ¡No haber esperanza a los veinte años! ¿Comprendes tú eso? Es imposible resignarme. Quiero vivir, vivir sin término, para amarle eternamente. ¿Acaso hay en el mundo algo que más se acerque a Dios?

Tres meses hace que me han traído al Rodrigoal, a este viejo caserón, antes para mí tan regocijado, y ahora triste y sombrío como un convento abandonado. El almez del patio toca con sus ramas verde-oscuras el antepecho de mi ventana, y en su copa gigantesca centenares de pájaros saludan el despuntar del día. Por cualquier hueco que te asomes tropiezas con sus ramas. Quieren entrar y acompañarnos

también en nuestras habitaciones. Ni un rayo de sol penetra nunca en el patio. Una frescura deliciosa te acaricia siempre en esos meses de calor. Cuando me levanto por la mañana lo primero que hago es ir a verlo. Abro la ventana de par en par y acaricio sus hojas. Me parece que se ha de acordar de todos los juegos de mi niñez. También jugó aquí mi padre siendo niño, y mi abuelo también, y quizás mi antiguo pariente el cardenal. Pero él no cambia: es el gigante de siempre. Sólo mi amor puede comparársele.

En el portalón que se ve a la derecha, entrando, siguen en pie las dos grandes estatuas, altivas, severas, con sus mantos de innúmeros pliegues, el ademán imperioso, como dioses omnipotentes. ¡Cuántas veces he soñado con ese César y ese Pompeyo de mármol amarillento y sucio como si los acabaran de sacar de un cementerio! En este patio inmenso, casi siempre solitario, esas dos estatuas parece que guardan una tumba. Entre las dos, en el fondo, hay una puerta que casi no se abre nunca. Es el salón de las estatuas desnudas, que yo sólo he visto dos o tres veces en mi vida. Sólo recuerdo la de una joven griega, tan hermosa, tan serena y tan pura que no la olvidaré jamás.

Arriba, las habitaciones se abren como celdas de convento en largos corredores. Podrían vivir aquí ocho o diez familias muy cómodamente. Mi alcoba es grande, alta de techo, llena de luz. Tengo mi cama con sus cuatro columnas salomónicas y sus hermosas cortinas de damasco azul, un sillón a la cabecera, donde paso muchas horas entre lágrimas y muy amargos pensamientos, una otomana y una arquilla con incrustaciones de marfil. En las paredes no hay más que un solo cuadro; muy antiguo, una Dolorosa que apenas se destaca de un fondo tan negro como mi dolor. Otra ventana da al campo. Desde allí puedo contemplar los troncos fantásticos de los olivos. Unos se retuercen como condenados agonizantes; otros levantan sus brazos leñosos y parece que van a herir; los hay que semejan fantasmas huyendo. Me hacen daño y me atraen esos leños retorcidos. Desde allí veo pasar las ovejas por el camino, apretadas unas contra otras, balanceando sus ubres, entre nubes de polvo, al son de sus melancólicas esquilas. Desde allí veo la inmensidad del cielo, y clavo mis ojos en él, y busco a Dios en sus profundidades para que me perdone y me ayude. ¡Tranquilas noches, estrellas temblorosas, luna

amiga, cuántas lágrimas habéis visto brotar de mis pobres ojos!

Tengo conmigo a mi camarera Luisa, que no me abandona nunca, y una cocinera. La gente del mayordomo me sirve en todo lo demás. Mi verdadero amigo es *Cain*, el perro de la casa, grande, fornido, de pelo brillante, amarillo oscuro, genio pronto y arrebatado, da miedo a los extraños. No se separa nunca de mí. Cuando lo acaricio se regocija de tal modo que me echa las patas a la espalda con tal fuerza que me hace vacilar. El que me tocara tendría contados los minutos. Los domingos, el cura del pueblo viene a decirnos misa en nuestra capilla. Es hombre rudo, poco ilustrado, gran cazador. Demuestra por mí mucho interés. Los míos me desprecian y él me tiende la mano. Se lo agradezco en el alma. Alguna tarde, entre semana, viene a hacerme compañía, y me habla de todo, de los campesinos, de las cosechas, de las lluvias, del trabajo, de las máquinas agrícolas. Pocas veces le presto atención, no por descortesía, sino por que me abismo cada vez más en mis negros pensamientos. Si él se asomara a mi interior me compadecería. Pero ya debe de sospechar cuanto sufro. Sin duda será para mí un buen consejero

Hoy no te quiero decir nada más. Tomaré alientos para decírtelo todo dentro de algunos días. Adios.

II

Oh! gracias. Tus palabras me alientan. Ya sabía yo que no me dirigiría a tí en vano. Sí, bien recuerdo la terrible escena del libro. Yo fui de las horrorizadas. ¿Gazmoñería? Nadie mejor que tú sabe que no. Era una repulsión instintiva, un gran miedo. Oh! si lo llega a abrir la *santa!* Estábamos perdidas. Apenas han pasado tres o cuatro años y ya me parece un punto en las profundidades del tiempo. Vivo como emparedada. Sólo tu voz llega a mí con el acento del cariño. Ahora verás si mis quejas son puras aprensiones, como tú me dices para consolarme. ¡Ojalá! Con mis propias manos voy a destrozarme el corazón, pero no sé como empezar... ¡Me ha engañado! Oh! no, esto dice muy poco. Es mucho más. Hay engaños hasta gratuitos, y también los hay que son crímenes, que son vilezas, que son infamias. De éstos te hablo. Oyelo de una vez: Fui suya y pronto voy a ser madre. ¡Qué horror! Estoy sola, desampa-

rada. Bien han hecho mis padres en desterrarme a este desierto, en aborrecerme. ¡Pero él abandonarme de este modo! Es una iniquidad. Me falta la tierra bajo mis pies; estoy en el vacío; a cada instante parece que voy a hundirme. ¿Nadie me dará la mano? Entonces es segura mi muerte.

Es imposible explicártelo. Sólo sé que me sentí atraída, arrastrada, sin conciencia de lo que iba a suceder. Sentí vagamente que iba a entregar algo que no se recobra nunca, y que el mundo exige para que no caiga sobre nosotras la vergüenza. Tuve un momento de espanto que me detuvo ante el abismo; pero el amor pudo más, y corrí fascinada, y caí entre sus brazos, sin palabra, temblando. La noche era tibia, ya entrada la primavera. Todas las estrellas brillaban con esplendor. El silencio era solemne. Salí de mi cuarto a la una y media, hora de la cita. Anduve a tientas, abrí puertas, atravesé un corredor, bajé escalones, todo sin el menor ruido, temblando, más fría que el mármol. Llegué a la puerta del jardín, introduje la llave y la abrí. Había que bajar una escalera. Lo intenté, pero no pude dar un paso. Luego, me sentí vacilar. Tuve que apoyarme en la pared. Los latidos de mi corazón eran tan fuertes que me ha-

cían daño. Para morir me hubiera bastado muy poco. ¡Qué angustia! Quise volver atrás. Sí, era preciso volver a mi cuarto. Aquello era superior a mis fuerzas. Con paso vacilante retrocedí; ya estaba otra vez dentro. Me creí salvada. Entonces pude respirar. Apoyé la mano en la puerta para cerrarla de nuevo, cuando de pronto, una voz dulce, muy queda, me llama: ¡Katy! ¡Katy! Una conmoción violenta circuló rápida por todo mi cuerpo. El corazón se paró un momento y luego saltó de nuevo desordenadamente. Mi mano abandonó la puerta, y, al abandonarla, sentí que me entregaba al destino, que toda lucha era ya imposible. ¡Katy! repitió la voz más cerca. Y yo me dije para darme fuerzas: «Le diste tu palabra y es preciso cumplirla». ¡Pobre de mí! ¿Sabía yo acaso que esa palabra cuesta más que la vida? Me sedujo el encanto de la cita, un encanto misterioso, puro, inmenso como mi amor. Volví a salir. Bajé el primer peldaño. Debí de estar pálida como una muerta. Bajé el segundo, y el tercero... De nuevo me detuve. Oh! si se hubiera marchado! ¡Katy! volvió a repetir la voz. Ya no vacilé. En pocos instantes me encontré en el jardín y en brazos del que ahora me desampara.

En ellos aprisionada, temblando como una tórtola sorprendida, sentí alegría, dolor, delirio, pesadumbre, miedo, fascinación. También él temblaba. El más ligero rumor de las hojas nos llenaba de sobresalto. El zumbido metálico de los hilos del teléfono me hacía creer que alguien me vigilaba allá arriba. Hubo un momento en que me sentí desvanecer y tuve la visión de una niña que me tendía los brazos. ¡Era yo mismal. Entonces rompí a llorar con amargura sobre su pecho. Me besó. Quedé paralizada y quise ocultarme en su seno. Una vergüenza desconocida llameó en mi rostro. Pero mi amor era tan inmenso que bebí sus besos con delicia. Yo no creí darle más que mi alma inocente y pura. Y él tomaba, quizá, mi cuerpo sin mi alma. ¡Pérfido! Como una loca volví a mi cuarto. No me acosté. Sentada en un sillón, con la cabeza echada atrás, las manos unidas sobre la falda, los párpados cerrados, permanecí horas enteras como insensible. Dicen que las grandes heridas no se sienten al principio. ¡Dios mío! ¿Y después?

Tú no puedes calcular lo terrible de estas caídas. Es preciso traer a la memoria el tormento, sentir las carnes desgarradas, el crujido de los miembros desarticulados, para conocer el

dolor de las almas buenas caídas creyendo en el amor y en la nobleza de un hombre. Las palabras que el mundo consagra a estos martirios son insustanciales, ridículas, miserables. No se entienden. Sólo las que hemos subido a la picota, las que tenemos el alma roja de vergüenza, podemos comprender las torturas que hay detrás de esas palabras. Todos juegan con el tormento entre risas y burlas. ¡Una más! La trampa estaba esperando, el cebo era apetitoso,... y a la *ton-ta* se le pone el *inri*. Pura diversión. ¿Verdad? Y yo me bebo las lágrimas que me parecen plomo derretido.

Cuando abrí los ojos al día siguiente, al principio de nada me acordé; pero un momento después sentí un vivo dolor. Me pareció que había muerto mi madre. Luego, la realidad pasó terrible ante mis ojos. Me cubrí la cara con las manos, quise ocultarme, huir no sé a donde, sin decir a nadie nada, borrar mi nombre, destruir mis vestidos, mis joyas, todo, hasta que no quedara nada de mí, ni el recuerdo. Pensé en el suicidio. ¡Ah, si yo hubiese tenido allí un veneno...! Creí volverme loca. Al fin, me fuí serenando. Cambiaron mis sensaciones. Salté del dolor a la alegría. Me pareció que un sacerdote nos había

unido para siempre. Una voz dulce decía dentro de mí: «Nada temas. Ya están hechas nuestras bodas. Ten confianza en mí. Calma los latidos de tu corazón. Regocíjate. Nadie puede arrebatarnos ya la felicidad!» Y yo lo creí y me regocijé. Pero, en el fondo, a medida que el tiempo pasaba, todas mis ideas vacilaban, se confundían, como presas de extraña embriaguez.

Cuando me senté a la mesa para almorzar, mi hermanita Nona—así la llamamos—se fijó en mi palidez.

—¡Qué ojeras tienes, Katy! me dijo. Estás muy amarilla.

—Aprensiones tuyas, mujer, le dije acariciándola.

Mi madre me miró como distraída, pero no desplegó los labios.

Ni mi padre ni mis dos hermanos se fijaron en ello. Suelen ser silenciosas nuestras comidas, a menos que no las anime algún acontecimiento importante de actualidad; y por entonces no había ninguno, porque el baile a que debía yo asistir aquella noche no era para ellos ningún acontecimiento, ya que no había de ir ninguno. Terminado el almuerzo, salí con Nona y subimos a la biblioteca. Desde hacía algún tiempo,

tres años quizás, mi mayor distracción era leer. Miles de volúmenes dormían en los estantes. Nadie los había tocado nunca. La lectura llegó a ser en mí una verdadera obsesión. Mi madre miraba esto con malos ojos. Mis amigas se burlaban. Cuando estuvimos en el salón, que es inmenso, abracé á Nona con verdadero delirio.

—Me haces daño, dijo mirándome con sus grandes ojos.

—Es que te quiero muchísimo, Nona.

—Ya lo sé; pero no me estreches de ese modo...¿Ves como tienes ojeras? añadió poniendo sus deditos junto a mis ojos. ¿Qué no has dormido, Katy?

—Sí, mi prenda; he dormido mucho. Y la besé con efusión.

—No, no has dormido. Has estado pensando en el baile de esta noche. ¿Verdad que él va también?

—Creo que si, dije estrechándola con más fuerza aún.

—¿Otra vez? Cuando yo sea grande iré contigo. ¿Quieres?

—Vaya que si quiero. Serás la más guapa de todas.

—¿Yo, Katy? Y se miró el bordado del pecho.

Se desprendió, al fin, de mis brazos y corrió a la ventana.

—¡Mirál dijo señalando al cielo.

—Ah! sí; las palomas.

—¿Ves el halcón?

—No lo veo.

—Pues yo sí. Ahora baja. Parece una flecha. ¡Adios! Ya cogió una. Míralo, míralo. Se la lleva, se la lleva. ¿Ves como caen las plumas? Ya está lejos. ¿A donde irá? ¡Pobrecita! Estará temblando. ¿Qué harías tú Katy, si te cogieran así?

—Oh! me moriría.

—Pero yo no quiero que te mueras.

—¿Verdad que no? Y corrí hacia ella, y la estreché contra mi corazón, llenándole de besos su hermosa carita.

—¿Pero qué tienes hoy, Katy?

—Nada, mi amor.

Sentí que las lágrimas se agolpaban a mis ojos. Las contuve.

—Me voy a estudiar mi lección de piano.

Corrió hacia la puerta, y me quedé sola.

No quiero cansarte más. Hasta mañana. Un beso de tu Katy.

III

Llegó la noche, y, a cosa de las ocho y media, empecé mi toilette ayudada por Luisa. Con un peinador de fina batista y una falda rosa, sentada ante el espejo, me dejaba peinar, abstraída en mis amargos pensamientos. Algunas veces, alzaba los ojos y me miraba en la límpida luna. Las ojeras habían casi desaparecido. Las ligeras huellas que quedaban hacían la expresión del rostro más interesante. Mis cabellos daban vueltas en las manos de Luisa y se recogían sobre mi cabeza en ondas de un negro brillante que daban más realce a la ligera palidez que aun conservaba mi rostro. Yo quería una belleza de alma enamorada, para que cuando sus ojos me miraran sintieran temblar el soplo agitado de mi espíritu. Porque él me amaba también; yo no podía dudarlo. Y ahora, ¿no me había de querer mucho más? Así pensaba yo, inocente, apenas abiertos los ojos después del engaño. Pensar de otro modo me parecía un absurdo. ¡Qué poco se sabe en esa edad peligrosa! Hoy, la terrible verdad es esta: «Unirnos es separarnos».

Mis cabellos quedaron hermosamente enla-

zados. Púseme una falda de seda blanca, de larga cola, que acababa de mandarme la modista, sin adornos casi, pero de un corte correctísimo. Luisa me quitó el peinador. Mi seno blanco asomaba por encima del corsé. Luisa me dió una palmadita en la espalda, diciéndome que nunca había visto nada tan suave y tan hermoso. Había de ir escotada. Cuando tuve puesto el cuerpo blanco, de seda rameada, con delicados encajes, se puso a contemplarme y dijo: «Se la comerán los ojos, señorita». Sonreí con tristeza.

Al fin, llegaron mis amigas, la Torreiro, la Quintanar y la Barbosa. Me rodearon

—¡Guapísimal me dijo la primera. Ese principillo de dublé no te merece, aunque tú digas que sí. Katy, eres realmente hermosa.

—No burlarse, hijas, dije yo halagada y sonriendo.

—Quiero ponerte esta rosa en los cabellos, dijo la Quintanar quitándose una del pecho y colocándomela en la cabeza.

—Así... Un poco más caída. Ahora. ¿Qué tal?

Las tres me miraban. Empecé a ponerme los guantes. En la garganta llevaba un collar de perlas, regalo de mi abuela. La Torreiro y la Quintanar se sentaron y la Barbosa se quedó delan-

te de mí abrochándome un guante. De pronto, se acercó a mi oído y me dijo en voz baja:

—Si fuera hombre daría mi vida por poseerte.

La miré espantada. ¿Qué quería decir con eso? ¿Lo sabrían ya? ¡Imposible! Una fingida sonrisa asomó a mis labios. El corazón latió apresurado. Me puse el otro guante.

—Compadezco a la pobre Vallehondo, dijo la Torreiro.

—Oh! sí; pero si puede te hará sangre—añadió la Barbosa.

—Verás que zalamera estará con tu D. Juan.

—Ahí, ahí duele, dijo la Quintanar.

El coche nos esperaba. Partimos. Todo fué alegría entre nosotras. La Torreiro, que es muy divertida, se puso a representar una escena de desaffio. «Es V. un miserable» — dijo arrojando el pañuelo a la cara de la Barbosa, que lo recibió con cara terrible. «Y V. un villano» — contestó con arrogancia. — «Nos veremos». — «Nos veremos». — Y reimos todas como chiquillas. Aunque yo no quisiera, algo había en mí que revelaba preocupación e inquietud. O me quedaba callada, o miraba por los cristales hacia fuera. Nada podemos contra el batallar del pensamiento.

—¿Tú, que tienes? me preguntó la Quintanar.

—¿Estáis de monos? dijo la Barbosa.

—No, no tengo nada, dije yo con sonrisa forzada.

Llegamos. Ya había a la puerta muchos carruajes. La condesa de Arica vive en un antiguo caserón con humos de palacio. En el fondo de un gran patio aparecía la escalinata alfombrada, que se divide en dos desde el rellano para dar en una espaciosa galería en donde se abre el gran portal de entrada, estilo gótico. Hermosas plantas adornaban la escalera. Subimos. Cuando entramos en el salón a penas podía tenerme en pie. Mis ojos tenían miedo de encontrarse con los suyos. Todo el rubor de mi alma estaba a punto de enrojecer mis mejillas. Felizmente no estaba. Mi pecho se dilató; respiré. Pero una intranquilidad secreta quedó siempre en mí. Si alguien me miraba con un poco de fijeza, casi me ponía a temblar. ¿Lo sabría? Oh! era un martirio. La Vallehondo que estaba hablando con la condesa, me saludó con el abanico enviándome una sonrisa envenenada. En la mía había más altivez que desprecio. Su mirar lleno de envidia me cruzaba la cara, al ir de un lado para otro, sin detenerse. Pero yo sé que no perdía ni

un solo detalle. Mi hermosura indiscutible era para ella un veneno, y, sin embargo, una fuerza irresistible la obligaba a beberlo una y otra vez. Su agresividad me dió valor, me hizo olvidar por algunos momentos el miedo y la vergüenza. En cuanto pudo, dejó a la condesa y corrió a saludarme. Sus besos traidores me hacen daño. Al fin, se alejó. La Barbosa me tocó con el codo y me dijo al oído: «Derrotada en toda la línea». Te confieso que me llené de satisfacción.

Llegó la hora del baile. El salón estaba esplendoroso. Las parejas circulaban en animada charla. La luz doraba las espaldas desnudas, la ondulación de los semi-ocultos senos, la seda, el raso, y los encajes, deslumbrando los ojos. El hijo de la condesa de Arica, uno de los pretendientes, no sé si ya declarado, de mi rival, vino a ofrecermelo el brazo. Lo acepté. Y entramos en el torbellino. El vals era rápido. El vértigo se apoderó de todos. Empezaron a encenderse las mejillas. Los ojos chispearon y las carnes se estremecían al contacto de las manos que estrechaban los cuerpos. Tenía fama de atrevido el pretendiente de la Vallehondo. Todas nosotras lo sabíamos. Y aunque yo no estaba de humor de soportarlo aquella noche, lo sufrí para que

se entenebreciera el alma de mi rival. Tuve, sin embargo, mucho cuidado de no dejarme estrechar más de lo debido. De sus palabras no hice caso alguno. Pero lo que mis ojos buscaban con ansia y con miedo era a él. Sólo al pensar que podía estar junto a mí me hacía estremecer. ¡Ayúdame Dios mío! ¿Cómo lo había de mirar en mi turbación? ¿Qué le iba yo a decir sin que el rubor me quitara la palabra? ¿Me atrevería a estrecharle la mano como antes? ¿Tendría fuerzas para tomarle el brazo? Y yo seguía arrastrada por el vértigo del vals, en brazos de un hombre que me era realmente odioso. Ni siquiera le miraba. Al fin llegó la hora de sentarme. Mis amigas aun daban vueltas por el salón. Se acercaron a mí hombres y mujeres, me hablaron; pero yo no llegué a saber qué me decían. Al siguiente baile, un rigodón, me invitó el hermano de la Torreiro, con el cual tenía yo mucha confianza. En uno de los descansos me dijo:

—Esta noche no está V. bien, Kati; en hermosura sí, dentro no.

—¿En qué lo conoce V? Pero si no tengo nada.

—Sus ojos no mienten. Veo en ellos no sé qué vacilación, una inquietud extraña. En fin, tal vez sean aprensiones.

En aquel momento volví la vista hacia la puerta. ¡Eh! Si no me apoyo en el brazo de Enrique, caigo desvanecida.

—Katy! ¿Qué tiene V.?

—¡Oh! nada. Un vahido... No me deje V. el brazo.

Y me cogí a él con fuerza. Volvió los ojos por todas partes, y, al fin, lo vió en un grupo de amigos. Yo temblaba.

—Vamos, esté V. tranquila. Ya he aprendido a ceder con gusto la pareja.

—¡Por Dios, Enrique! Me juzga V. mal. Terminaremos el rigodón. Yo también he aprendido a no dejarme ceder. ¿Cree V. que es tan endeble nuestra amistad? Eso dígaselo a otra, no a mí.

Y terminó el rigodón sin darme cuenta de nada, y me ví de nuevo junto a mis amigas que me hacían seña para que mirara donde él estaba. Pocos momentos después sentí sus pasos. Volví ja espalda como distraída por la conversación. Mis palabras salían casi al azar; mis sonrisas eran falsas; mis ojos no se atrevían a volverse. Todavía siento la angustia de aquel amargo instante. Cuando sentí el contacto de su mano, la mía temblaba, estaba fría. Me habló y no supe lo que me dijo. Pocos momentos después nos encontra-

mos solos. Le había tomado el brazo y nos paseábamos. De pronto, se hizo para mí la luz y desperté. Fué un grito del alma lo que salió entonces de mis labios.

—Oh! no me desampares!

La voz humana no tuvo jamás un acento como el mío en esta frase de desesperación. Sus palabras fueron dulces y tranquilizadoras. La vida volvió entonces a circular por mis venas. Un calor suave animó todo mi cuerpo. El corazón latía regocijado. Por primera vez le miré sedienta de la luz de sus ojos...; y mis mejillas se pusieron como la grana. Sentí fuego en ellas, todo el rubor de mi alma siempre pura. Bajé los ojos confusa, avergonzada, sin valor para articular una palabra.

Y pasó el baile y me encontré en mi cuarto anegada en lágrimas.

Compadece a tu amiga que te abraza de corazón—Katy.

IV

Aunque vuelva a hacer brotar la sangre de mi herida, no te ocultaré nada. ¿Quién sino tú pudiera absolverme? Aun estaba bajo la suges-

tión de la primera cita. Y lo que es más, ni una sola duda se había levantado en mí todavía respecto a su nobleza y caballerosidad. Una fe ciega me abría todos los caminos. Parecía una sonámbula. Pero cuando, al fin, abrí los ojos, salté como herida a traición, sentí el latigazo de la deshonra. Entonces retrocedí espantada. Traté de huir de mí misma. Quise echarme fuera de mi propio cuerpo y dejarlo oculto como despojo miserable. Me cubría con un sobretodo, ocultaba la cara en mis manos, no quería ni oír mi voz. Pensé en el suicidio. Sólo la muerte podía salvarme. Las torturas del veneno me daban espanto. La mano me temblaría si empuñaba un revólver. Valía más echarme por la ventana de la biblioteca al fondo de un patio solitario, cuya puerta no se abría nunca. Moriría en un instante, porque la altura es grande. Creerían que al asomarme me había dado un vahido y no pude evitar la caída. Esto es lo mejor. Estaba resuelta. Yo no podía vivir.

Una mañana, dos días después de tomada mi resolución, subí a la biblioteca. Eran las nueve. Nona estudiaba su lección de piano. Mi padre estaba en su despacho hablando con el notario. De mi madre nada podía temer, porque lo que

más odiaba en el mundo era la biblioteca. Subí. Confieso que las piernas me flaqueaban y que un sudor frío bañaba mi cuerpo. Algunas veces tuve que apoyarme en la pared para no rodar por la escalera. Dije cosas extrañas. Desvariaba. ¡Ah, si él me hubiera visto! Y yo estaba sola, completamente desamparada. Unos cuantos escalones más, unos pasos por el salón solitario, un movimiento hacia fuera, y luego .. la eternidad. ¡Dios mío! ¡A los veinte años! ¡Y no verle más! ¡Y no oír su voz adorada! «Sube, sube, Katy; ese es tu deber», parecía decirme una voz. ¡Oh, esa deshonra maldita que las gentes echan sobre las que el amor ha vencido! Me senté un instante en el penúltimo peldaño, con los ojos secos, como espantados. Las notas del piano llegaban hasta mí apagadas, como lejanos lamentos. ¡Noná! La visión de mi hermanita me hizo desfallecer. «Eres cobarde, Katy. Sube», dijo la voz. Y subí, y llegué junto a la mesa, frente a la ventana. Recorrieron mis ojos las estanterías, sobre todo, aquellas que guardaban mis libros preferidos. Luego los fijé en el gran busto de mi pariente el cardenal, que está sobre la mesa; ceñudo el semblante, erguido, severo. Me pareció que ya sabía lo que yo iba a hacer.

¿Para qué vacilar? Con paso bastante más firme me dirigí a la ventana. Me incliné y medí la altura con la vista. Sentí escalofríos. ¡Cómo quedaría mi pobre cuerpo! ¿Qué se haría de la hermosura de mi rostro? La cabeza destrozada, charcos de sangre... ¡Qué horror! Sí, pero se acabó el tormento, se acabó la agonía, se acabó la vergüenza, se acabó la deshonra. Inmenso alivio. Miré al cielo infinito para despedirme de su hermosa luz, y apoyé las manos en el alféizar con los dedos crispados. A penas podía respirar. Incliné el cuerpo hacia fuera, y... retrocedí espantada: En el patio había un hombre, era mi hermano Pablo, el mayor. ¿Qué iba a hacer allí? Dios, sin duda, me salvaba, o me condenaba para que espicara mi delito. Me acerqué de nuevo, y, asomando a penas los ojos, puseme a observar. Sobre una piletta de piedra, situada en un ángulo, vi un cuadro sin marco, y del bastidor quitaba la tela sacando los clavos con unas tenazas. Descubrí un secreto involuntariamente. De los cuadros de casa habían desaparecido ya dos en el transcurso de un año. Allí estaba el ladrón. Para venderlos, no hay duda, y mantener a sus queridas. Una vergüenza de cosas bajas me hizo retirar de allí. Me dirigí al

sillón donde acostumbraba a sentarme y me dejé caer en él sin aliento. No, ya no tendría fuerza para quitarme la vida. Una violenta sed de vivir invadió mi alma. Oh! no, la muerte es horrorosa. Dejádme amar eternamente. Quiero tener su imagen en el corazón. Todo lo quiero sufrir por él. Ser mártir de una cosa tan pura como mi cariño no es una vergüenza; al contrario, es un mérito grande a los ojos de Dios. Además, nadie lo puede saber. Sí, yo estoy dispuesta al sacrificio, aunque él me abandone; pero que siga yo bebiendo la vida en la copa de este amor mío, tan grande que puede llenar el mundo. Estaba loca cuando pensé en morir.

Quise leer y no pude. Mientras recorría las letras, mi pensamiento huía y nada podía comprender. Era inútil. ¡Ah, si esa Vallehondo lo supiera...! Sería el día más feliz de su vida. Sus miradas me dan miedo, porque estoy segura que van a leer en las mías el terrible secreto. Parece que lo llevo escrito en todas partes. A veces, me llevaba el pañuelo a la cara como para borrar algo; o me miraba al espejo para estar segura de que no había quedado ninguna huella. ¿Quién había tejido aquella red de amarguras en la que estaba yo cogida? ¿Era Dios?

¿Eran los hombres? No es posible que Dios sea malo. ¿Quién ha inventado, pues, estos tormentos?

Entró Luisa, y, antes de llegar a mí, me enseñó una carta sonriendo. Se la quité de la mano. Luego, me dejó sola. Temblando rasgué el sobre, y leí... ¡Oh, eso, jamás, jamás! Por primera vez me sentí herida en mi decoro, y una llamarada de indignación brilló en mis ojos. «Mis hermanos—dije para mí, indignada—pueden tener queridas; pero las hermanas de mis hermanos no acostumbran tener queridos». Hice pedazos la carta. Me acerqué a la estufa, tomé una cerilla, y los quemé hasta reducirlos todos a ceniza. Iba a decir: ¡miserable! pero no pude. Al fin, la indignación se trocó en llanto. Y lloré allí, de pie, mirando el papel carbonizado, lágrimas de dolor, de cólera, de indignación y de pesadumbre. Sentí pasos. Me enjuagué los ojos y traté de dar al semblante una expresión risueña. Nona corrió hacia mí y la abracé. Luego, se me quedó mirando y dijo:

—¿Qué tienes, Katy? Tú has llorado.

—¿Yo, mujer? Sueñas, prendita mía.

—¿Sabes que me he aprendido dos lecciones?

—Es que tienes mucho talento.

—Ven y verás como no me equivoco.

Y bajamos, ella tomándome el brazo y yo acariciándole la cabeza.

Como nada nuevo ocurre aquí, nada te digo. Adios.

V

Transcurrieron días y semanas. Le veía pocas veces, y sus cartas empezaron a escasear. Excuso decirte que ya no me doblé más. Una fuerza, de que nunca me creí capaz, me mantuvo firme en mi resolución. Me hubiera degradado a mis propios ojos. Katy ama, pero no se enloda. Preciso es que lo sepa. Por desgracia mía, ya no soñaba. Tenía mis sentidos bien despiertos. Y ahora empiezo a conocerme un poco, sin que mi amor haya perdido nada de su divino poder. Lo que sería de mí, eso sí que no podía saberlo.

Porque llegó un día terrible: el día en que un signo fatal me llenó de espanto. Cuando tuve la certeza de que era inútil esperar, me desplomé dentro de mí con el vértigo del que cae en el vacío. Al principio ví cerradas todas las puer-

tas. Luego, me así a dos esperanzas. La una, que bien podía suceder que más adelante se restableciera la normalidad; y la otra, que era imposible que no estuviéramos casados antes de que se revelara el secreto. En mis noches de insomnio, pasaba de la una a la otra, llena de fiebre, descomponiéndome los cabellos, agitándome en la cama. Otras veces, me quedaba inmóvil, como muerta. A medida que el tiempo pasaba, crecía mi inquietud. Me llegué a figurar que era una extraña en mi casa. Ningún hilo me ataba a ella. Personas, muebles, habitaciones, todo se había separado ya de mí, y se había ido muy lejos. No tenía ojos más que para mi afrenta.

La primera esperanza se la llevó el viento. Fué como si me hubieran dado un golpe terrible en la cabeza. ¡Nada! ¿Tienes tú alguna idea de esta cosa que nos hunde sin poder asirnos a ninguna parte? No; para tí fueron esos primeros síntomas una delicia, un regocijo secreto, una turbación encantadora que sale por los ojos de toda la que es madre por primera vez. ¿Comprendes? Para mí era la muerte si él me desamparaba. Tú dices que no me desampará, que llegará a tiempo, que confíe en Dios. Pero en-

tonces, no sé por qué, quizás por el mismo miedo, me creí enteramente perdida.

Recuerdo que varias noches, entre inquietudes desconocidas, me palpaba el vientre para ver si había aumentado, y noté con estupor que se redondeaba más que de costumbre. Luego dejaba la mano quieta esperando sentir algún latido. Nada noté: completa quietud, a no ser el blando movimiento producido por la respiración. Un mes más y ya sería visible. ¿Qué hacer? Le escribí, y en aquella carta le expuse el tormento de mi alma. Si no venía a mí, si no me juraba salvarme, y pronto no me daba pruebas, mi suerte estaba echada: ir con los ojos cerrados a la muerte. Lo que hacía poco no fué más que una tentativa, se había de convertir en terrible realidad. El dolor humano tiene un límite. Aún así, tenía yo el presentimiento de un largo martirio, en el que todos me habían de perseguir sin compasión. Al fin, recibí su respuesta. Me juraba apasionadamente que pronto serían nuestras bodas, que tuviera confianza en él, que antes moriría que abandonarme, que me amaba ahora más que nunca, ahora que sabía el dulce secreto de mi transformación. Había en sus palabras profunda sinceridad. Y, aunque no me fi-

jaba fecha, ni me indicaba decisión alguna, aquella carta me tranquilizó. ¡Si yo hubiera podido hablarle!

Inútil decirte que registré todas las estanterías de la biblioteca para ver si encontraba algún libro de medicina que tratara de mi estado. Dos había ¡y estaban en latín! Yo había oído hablar a mis amigas de abortos provocados. Pero esta idea me daba horror. ¿A quién dirigirme? ¿a quién consultar? No había que hacerse ilusiones: estaba irremisiblemente perdida. Sólo Dios podía salvarme. De rodillas en la iglesia, con los ojos clavados en el crucifijo de un altar, le pedía que me ayudara. Iba temprano porque quería estar sola. Una mañana, ví a mi confesor que venía hacia mí. Era un anciano bondadoso que gozaba de mucho prestigio. En el mismo instante me sentí impulsada a confesárselo todo. Pero al pasar junto a mí, tuve tal miedo que me puse a temblar, y permanecí muda e inmóvil.

Una de aquellas tardes estuvo en casa la Torreiro, mi mejor amiga. Comió con nosotros. Nos acompañaba también nuestro abogado, hombre de unos cincuenta años, a quien mi padre había costeadado gran parte de su carrera, por

ser hijo de un antiguo colono que había venido muy a menos. Era arrogante y vanidoso. A mí me fué siempre repulsivo. Había en sus miradas un descaro que yo no podía soportar. Después de la comida fuimos a mi cuarto Julia y yo. Mi pensamiento daba vueltas en torno de la herida. El alma no podía ya con su secreto. Realmente, yo estaba desmejorada y no había medio de ocultar la inquietud que me poseía. Ella lo notó. Al fin, no pude más. Se lo conté todo. ¡Pobre Julia! La ví palidecer y abrir los ojos con espanto. Hubiérase dicho que ella era la culpable. Yo caí en sus brazos sollozando. Nuestras lágrimas se confundieron. Serenas ya, me dijo que ella quería hablarle, que si ese hombre no me hacía su esposa inmediatamente, ella buscaría quien le arrancara el corazón. ¡Ah, los malvados! Le supliqué que aguardara a más adelante.

Mi padre tenía la costumbre de dar un paseo en el breack, de vez en cuando; y aquella tarde nos mandó a decir si queríamos acompañarle... No había medio de excusarse. Me vestí, y salimos. El cochero, de librea, con el sombrero de copa en la mano, orlado de una ancha toquilla verde y una roseta roja a un lado, mantenía

abierta la portezuela, en donde lucía brillante nuestro escudo. Poco después, salía el caballo al galope para dar vueltas por el gran paseo de la Constitución. Había muchos carruajes y mucha gente. Por todas partes nos saludaban con el abanico, o con la mano, sonriendo. Mi padre guiaba; el cochero iba detrás rígido como una estatua egipcia. En una de las vueltas nos paramos. Un caballero correctamente vestido a caballo, se acercó a nosotros. Mi padre le tendió la mano, que él estrechó efusivamente, y nos lo presentó. Se llama don Julián Cerdeña, y hacía poco que había llegado a Europa de Buenos Aires, su país. Se inclinó con mucha cortesía. Luego, fuimos nosotras presentadas debidamente. Me fué simpático desde el primer momento. No parecía tener más de treinta y pico de años.

—Tienen Vds. un paseo admirable, nos dijo.

—¿Le parece a V.? replicó Julia.

—Oh! sí. Y luego una alegría que sólo se ve en pueblos de nuestra raza. Vengo de Londres cansado de seriedad. Aquí, en los ojos hay sol, lo mismo si son jóvenes que si no lo son.

—Pues nosotros siempre nos quejamos de todo—volvió a decir Julia sonriendo.—Dando vueltas, como V. ve, pasamos horas distraídas.

—Nos complacería mucho—dijo mi padre— si nos hiciera V. el honor de comer mañana con nosotros. La una y media es nuestra hora.

—La honra es para mí...

—Entonces, aceptado, dijo mi padre tendiéndole la mano.

—Aceptado, replicó estrechándose.

Nos saludó muy amablemente, se apartó un poco, teniendo aún el sombrero en la mano, y el caballo volvió a partir al galope.

Hoy he sentido frío. Sufre con paciencia la pesada historia de tu Katy.

VI

Cuando me dieron la noticia creí volverme loca. ¡Se había marchado! Unos decían que a Madrid, otros que a Filipinas. La hora suprema debía llegar muy pronto. Yo me estrechaba cuanto podía el vientre, sin calcular el peligro que corría. Pero una mañana quedé aterrada, al notar que su 'volúmen, sin ser exagerado, había tomado proporciones de todo punto visibles. Se iban a cumplir ya los cuatro meses. Desde hacía algún tiempo, mi semblante no era el mismo. Además de mi constante palidez, mi semblante

no era el mismo. Además de mi constante palidez, mis facciones empezaban a transformarse. Julia me lo hizo notar varias veces. Mi madre me había preguntado ya si estaba enferma, su mirada de acero me perseguía por todas partes. Llegó un momento en que me faltó valor para levantar los ojos ante ella. Entonces vino una cosa horrible. Una noche, antes de cenar, me dijo secamente: «Ven conmigo». Me puse a temblar. La seguí. Entramos en su habitación, contigua a la alcoba, con una ventana de ajimez a la calle. Cerró las dos puertas. Se sentó en un sillón, y me hizo sentar en otro, frente a ella. Me clavó su mirada fría y estuvo algunos momentos sin abrir los labios.

Es hermosa todavía mi madre. El óvalo de su cara es perfecto. Su piel blanca y suave se mantiene tersa. Tiene los labios finos, poco dispuestos a sonreír, pero siempre serenos. Sus ojos azules tienen algo de agresivo, de colérico, de tenacidad implacable. El cabello, todavía negro y brillante, peinado hacia atrás, deja al descubierto una frente hermosa. Viste con extremada corrección. Sus movimientos tienen la serenidad de una gran dama. Cuando habla no seduce, pero deja una placidez agra-

dable. Nunca ha sido afectuosa conmigo. Había una sombra, no se cual, que nos separaba. Aquel corto silencio me dejó helada. Al fin, dijo imperiosamente:

—Quiero saber lo que tienes. Habla.

Una nube pasó por mis ojos, me zumbaron los oídos, y perdí el conocimiento. Cuando volví en mí hallé a mi juez en la misma actitud severa. Quise evitar su mirada como quien evita un acero. Mi primer impulso fué huir, sustraerme a su presencia, porque me era imposible resistir el terrible mirar de sus ojos. Después sentí subir un nudo a mi garganta. Mi alma se llenó de una infinita angustia. Una ola de lágrimas inundó mis ojos, y caí como desvanecida a sus pies, con la cabeza oculta entre mis manos, sin poder decir más que: ¡Madre! Después de un momento me levantó con sus manos la cabeza y dijo:

—Tú has faltado a tu deber.

Mis ojos la miraban con espanto.

—Responde.

Hice con la cabeza signo de que sí, sollozando amargamente.

—Tú estás encinta...

No oí más, por que caí sin sentido sobre la alfombra. Al volver en mí me hallé en mi cama.

A mi lado estaba Luisa abanicándose. Como seguramente creyó que sólo había sido un disgusto entre madre e hija, no me dijo una palabra. Yo la miré con honda pena. Le tomé una mano, la abracé, y sin rodeos le dije la terrible palabra. Se quedó como de piedra. Luego me echó los brazos al cuello y lloró la infeliz verdaderas lágrimas de dolor. Yo le decía a cada instante: «¿Has visto como me ha abandonado?» Ella no tenía palabras para consolarme. «¿No es un crimen eso? seguía yo diciendo. ¿Pero y la justicia? ¿Donde está esa justicia?». Mis ojos se revolvían, la lengua se me pegaba al paladar. «Las leyes se hacen para eso. ¿Verdad Luisa? Y las han escondido, se las han llevado. Nosotras iremos a buscarlas. ¿Sabes quién nos dirá algo sobre eso? El notario. Al fin, las encontraremos. Pero como yo estoy encinta no podré correr mucho. ¿No sabes que yo estaba encinta? Es de él. Ve y llámalo para que se cumpla la ley. Lo primero de todo es la justicia. Ayl mi Luisa, yo me voy a morir». Y caía en continuos desvanecimientos. Si no con las mismas palabras, esos eran los desvaríos de tu pobre Katy en aquellas horas de angustioso delirio. Vino el médico de casa, hombre ya viejo, trató de con-

solarme, me recetó y se fué. Tres días después estaba restablecida; pero el cambio de mis facciones se hizo más profundo.

Para colmo de desdicha, Julia, mi única verdadera amiga, había marchado con su familia para Biarritz. Me quedaba, pues, bien sola. Mi madre huía de mí, y evitaba siempre hablarme. Cuando comíamos, un silencio inquietante se cernía sobre todos nosotros. Nona abría los ojos, nos miraba y no sabía qué decir. Al encontrarse sola conmigo, se abrazaba a mí y me besaba. Me decía que ella estaba segura de que su Katy estaba malita. Yo la consolaba diciendo que no era más que un constipado muy fuerte. ¡Pobre Nona mial! ¡Cuanto tiempo hace que no la veo! Ni mi padre ni mis hermanos me dijeron una sola palabra; pero las miradas de mi padre eran siempre dulces. El americano iba a comer varias veces a casa. Luego ya no le ví más. Empezaron los primeros cuchicheos entre los criados, cosa en extremo mortificante para todos. Así es que, a los pocos días, mi madre me mandó a decir por Luisa que me preparara para ir al Rodrigal a la caída de la tarde. Llegada la hora, bajé. El carruaje me esperaba. Nadie fué a despedirme. Me acompañaban Luisa y una

cocinera. Subimos, miré mi casa con tristeza, por entre las lágrimas que temblaban en mis ojos, y salieron al trote los caballos con la misma fantasía que si me llevaran a una fiesta. Dos horas tardamos en llegar. El medianero y su familia estaban ya avisados. Yo iba envuelta en un pañolón, aunque el calor molestaba. Pero en una *enferma* esto no había de extrañar a nadie. Aquella noche dormí profundamente. Me levanté muy tarde. No quise salir de casa en todo el día. Me daban miedo las cosas nuevas.

Yo no he recibido aquí más visitas que las del cura. Aunque tosco, su franqueza y su carácter animoso me son muy agradables. El no pierde la esperanza de que la oveja vuelva al redil. He salido con él varias veces, acompañados siempre de *Caín*, que no se separa nunca de mi lado. También he salido sola. El perro me sigue dando saltos. Como la casa está algo apartada del pueblo, no veo nunca a nadie por el camino. Y esa soledad me hace mucho bien. He mandado a buscar libros. Leo a ratos, aunque pronto me siento fatigada. La compañía de Luisa es la que alumbra un poco la negrura de mi aislamiento. Estamos a mediados de Octubre. Frío no hay ninguno; un poco de fresco, nada más.

Al caer de la tarde, me siento junto a la ventana y contemplo la luz rojiza del crepúsculo que exalta la honda tristeza que me consume. ¿Dónde estará? ¿Por qué ha huido de mí? ¿Qué le ha hecho esta pobre Katy? ¿No le he dado todo, mi vida, mi honra? ¿Acaso conocerá él en el mundo un amor como el mío? ¿Entonces no había más que mentira en sus labios que yo adoro? Y nadie me contesta. Un silencio cruel me envuelve por todas partes. Si me asomo al patio, veo por entre el follaje las dos imponentes estatuas de mármol amarillento, en una quietud que vierte en mi alma la desolación. Parezco una sombra.

Pero no quiero entristecerte más. Muchos besos a tus dos angelitos. Katy.

VII

Grave acontecimiento es el que tengo que contarte hoy. Mi cabeza arde. Tiembla mi mano. Vale más morir de una vez. Ayer por la mañana llegó mi padre. Aunque ha hablado poco lo ha hecho con dulzura. Tomó la escopeta y no volvió hasta la hora de comer. Por la tarde recorrió el campo con el medianero, cosa que hasta

aquí no había hecho nunca. Los ví venir juntos al anochecer. Se paraban ante los olivos, desmenuzaban la tierra entre los dedos, como quien la examina, señalando a distintos puntos, retrocedían y tornaban de nuevo hacia adelante. Al fin llegaron. La cena fué silenciosa. Después del rezo me retiré a mi cuarto. Yo estaba inquieta sin saber por qué. Me parecía que mi padre no hubiera hecho este viaje sin un motivo poderoso, sobre todo, sabiendo que pensaba marcharse al día siguiente, es decir hoy. Cuestión de intereses, pensaba yo. En estas cavilaciones estaba metido mi pensamiento, cuando, de pronto, oigo llamar a la puerta. Me levanté asustada y abrí. Era mi padre. Entró sin decir una palabra, y se sentó. ¿Qué iba a decirme? Yo temblaba. Su figura alta, seca y grave me imponía. Al fin dijo:

—No voy a reconvenirte. Se trata solamente de ver si es posible arreglar este asunto con decoro. En caso de que se presentara un remedio sería preciso aceptarlo sin vacilar. ¿Digo bien? Porque nuestra honra ha de quedar a cubierto; esto es lo principal. De él, creo que no debemos esperar gran cosa. Según dicen, ahora está en Madrid gestionando para que le den un

empleo en Filipinas. Ya sabes que lo necesita todo. Bien. Si consigue lo que desea, y vuelve, y se casa contigo para marcharos juntos todo está arreglado; nada tengo que decir. Yo lo dudo; te lo digo sin rodeos. Pero si, como yo temo, se marcha solo, o no viene más por aquí, ¿qué solución te parece a tí que ha de tener el problema? Aquí está la cuestión. Pues bien, para afrontar este peligro, más o menos lejano, hasta ilusorio, si tú quieres, te propongo lo que vas a oír.

Tú conoces ya a mi amigo Cerdeña, el americano, persona muy rica y de excelentes prendas, como tú misma habrás podido observar... No te alarmes y déjame concluir... Como puedes suponer, ya está enterado de todo. Pero tan prendado está de ti—tú lo mereces, no digo que no,—que sabemos cierto que ha dicho a una persona de confianza, que si te abandonaran, es un suponer, él se casaría contigo...

—¡Padre mí! exclamé atormentada.

—Comprendo tus escrúpulos y hasta tu repugnancia. Apruebo y alabo tu delicadeza. Abunda tan poco! Pero has de pensar que sin un motivo poderoso, muy grave, yo no te hubiera hecho nunca esa proposición, y sólo para el caso de que, como ya te he dicho, te abandonaran. El

motivo grave es el siguiente: Estamos al borde de la ruina. Te sorprende ¿verdad? No puedo ahora entrar en explicaciones, que serían largas y enojosas. Basta que sepas que si dentro de unos meses no encuentro el dinero que necesito, algo más de lo que tú puedes figurarte, nos quedamos en la calle; así, hija mía, lo que se llama en la calle. ¿Te fijas en esto? Oh! tú no puedes querer nuestra muerte, por que eso sería, por lo menos, la muerte de tu padre. Soy ya viejo, y no resistiría un golpe semejante. Si aceptas, siempre en el caso de que ese... hombre te... No llores, pobre Katy, esto no es más que una suposición... Pues en ese caso está dispuesto a salvarnos... No, no es esto una condición. Compréndelo bien. Es sólo si tú quieres. Porque, si rehusas, aún podemos conseguir que nos ayude. Es más, el ofrecimiento ha partido de él, de uno o de otro modo. Pero ya ves, aquí se trata también de nuestra honra. Y esto explica mi posición. Tu desgracia le ha afectado mucho, porque en realidad, eres muy desgraciada Katy. (Yo hice con la cabeza que sí inundándoseme los ojos de lágrimas). Y como parece muy superior a todas las convenciones sociales, ¡dichoso éll desea ampararte, servirte de hermano, de amigo,

de... ¿Es una quijotada? Yo creo que es por que tiene un gran corazón, tan grande que nosotros no podemos comprenderlo. Estos son hombres nuevos, libres de toda clase de ataduras. Nosotros no podemos ser más que esclavos.

Ahora te toca a tí meditarlo. Pesa bien las razones. Ténlo todo en cuenta. No pierdas la serenidad. Lo que tú resuelvas eso será. Volveré dentro de algunos días. Estoy rendido y me voy a acostar. Buenas noches, Katy. Tu padre piensa en tí.

—Y se fué, y me quedé sola otra vez, sin saber a punto fijo si había sido todo un sueño. ¡Dios mío! ¿Qué complicaciones son éstas? ¡Mis padres arruinados! ¿De modo, que también nosotros podemos arruinarnos? ¿Sujetos nosotros a las mismas contingencias que un mercachifle? Es verdad que yo misma he asistido a la ruina de varias familias de las nuestras; pero yo creí siempre que todo eso no era más que apariencias, arreglos de abogados para evitar la zarpa de las leyes. Sobre todo, creía yo que, como sucede con la muerte, esas cosas no llegarían nunca hasta nosotros. ¿Será quizá, un ardid para que acepte al americano? ¿Será cierto que él me abandona? Y me perdía en un laberinto de

confusiones, y sigo perdida en él sin dar con la más pequeña luz que me diga: «por aquí». Una cosa me parece inconvencible: Pero, ¿y si me abandona...? Oh! lo mejor será morir. Mi sueño fué intranquilo. Hoy por la mañana se marchó mi padre. Le besé la mano, subió al carruaje, y partió. Iba el tronco al trote largo. Desde mi ventana los ví durante mucho tiempo, porque el camino es recto y parece interminable. Al fin, tras un grupo de árboles, desapareció el coche. Otra vez la soledad.

Dame un consejo, Sola mía; dime una palabra. ¿No será un sueño la visita de mi padre? ¿Será posible que yo haya oído lo que oí? He necesitado que Luisa me hablara de lo que hizo y de lo que ordenó para creer que fué realidad. ¿Y por qué pasan todas estas cosas en el mundo? ¿Qué fin tienen? ¿Será todo un juego de la fantasía? ¿Tejerá Dios por puro entretenimiento esta red de dolores, estos sobresaltos y estas angustias? Mis labios blasfeman; ¡pero tengo el corazón tan dolorido...!

Ruega a Dios que me guíe en esta amarga tribulación. Y ayuda tú también a la pobre-Katy.

VIII

Ya han pasado quince días y mi padre no ha vuelto. Nada sé de los de mi casa. Pero hoy he tenido una gran alegría. Con un día de sol confortante, a eso de las once, salí de casa acompañada de *Cain*. Sentía verdadera necesidad de moverme, de andar, de respirar el aire libre. Al principio seguimos la carretera; pero poco después nos metimos por un atajo que conduce a un viejo castillo situado en lo alto de una colina. Después de los olivos venían almendros y algarrobos, que proyectaban su sombra en el suelo salpicándola de pequeños círculos luminosos. Unos pajarillos, al acercarnos, levantaban el vuelo y se volvían a posar un poco más lejos. La vereda sube suavemente. Cerca de nosotros trabajaban los labradores, encorvados sobre la tierra. Se pusieron de pie y me saludaron con mucho respeto, y siguieron mirándome, aunque yo ya había pasado. Esto me clava una espina en el corazón. Al fin, llegamos al castillo. Todo él está en ruinas. Media torre está en el suelo. Por todas partes, montones de piedras.

Sobre una de ellas me senté a descansar. ¡Qué bien se respiraba allí! Pocas amigas mías aman el campo; yo deliro por él, y por él deliro más aún, ¿me comprendes? Un azul puro en el cielo; una serenidad inmensa en el espacio; en la tierra, un silencio de cosas lejanas. El aire venía cargado de aromas. De una chimenea subía el humo perezosamente, casi en línea recta, como una faja blanca, a penas ondulada.

De pronto sonó un tiro. Di un salto. Volví la cabeza. Allá abajo, al pie de la colina, corría un cazador. *Cáin* sintió el fuego de la caza y corrió de un lado para otro, pero no se atrevió a alejarse de mí. ¿Quién podía ser? Me puse la mano junto a la frente, a manera de pantalla y lo miré con fijeza. Me pareció que yo conocía aquel personaje. Efectivamente, era el novio de mi temida rival, el condesito de Arica, el que pretendía cazar a las mujeres como a las perdices, a tiro limpio, derecho al bulto, como dicen ellos. Le ví pararse, hizo, como yo, la pantalla, y se quitó el sombrero con mucha prosopopeya. Yo le contesté con sólo un movimiento de cabeza. Y me volví a sentar. Es casi seguro que lo mandó su compasiva novia para que observara el grado de mi enfermedad. Comprendo que se

tengan ganas a veces de sacarle los ojos a ciertas personas. Son ruines hasta la repulsión. El, al menos, tuvo la caridad de marcharse. Se lo agradezco, pero no por eso lo estimo más.

Volvimos a ponernos en marcha; y, como casi todo era bajada, llegamos a casa en mucho menos tiempo. Apenas entré en mi cuarto y me senté para descansar, entró Luisa con la cara muy risueña haciéndose la misteriosa y la interesante. Fué tal el ansia de mis ojos que no pudo contenerse y levantó la mano enseñándome una carta. Me fuí hacia ella, y se la arrebaté. Me hizo una caricia y salió. Yo no leí aquel pliego, lo devoré. Lo volví a devorar una y otra vez, y no me saciaba nunca. Oh! sí, me ama, me ama. No quiero creer a nadie, a nadie. Sólo él es mi dueño, mi señor. El dice la verdad. El manda, yo obedezco. Que haga de mí lo que quiera. Mienten todos. Jamás le ha pasado por la mente abandonarme. Aquí está escrito con su alma misma. No hay una sola palabra que incline a la duda. Y para que veas que no es una cándida ilusión de enamorada, te la copio íntegra. Lee, y juzga.

«Mi Katy, *madrecita mía*, quien pudiera besarte de modo que también besara el tesoro que

llevas en tu seno! ¡Nuestro tesoro! Ya pienso en el nombre que le hemos de poner. ¿César? No; no quiero nombres de estatuas, y de cosas que se desmoronan. Basta con esas dos que tienes en el patio. Le pondremos... Pero tonta, y tonto, ¿por dónde sabemos que será niño? A mi me parece que será una niña; un puñadito de hermosura, como una desconfiada que yo conozco, que cree todo lo que le dicen los demás, menos lo que le dice su *él* adorado. Eso no tiene nombre».

«¿Sabes lo que quieren de tí? Pues, clarito, venderte al americano. Los fondos se van, parece, y hay que reponerlos. En cuanto a mí, ya los estoy oyendo; soy un facineroso, de esos que es preciso dar garrote más bien hoy que mañana. Todo es cuestión de *mónises*. No le des más vueltas. Yo dudo que se atrevan a decirte algo en ese sentido; pero si llegaran a atreverse, el dinero es un autócrata, por mi parte, no necesitas pensar mucho para adivinar lo que yo opino: que los mandes bonitamente a paseo. ¡Qué frescura tienen ciertas personas! ¿No saben que tú no eres libre? ¿No ven que tú eres la mujercita mía? (*Fijate mucho en esto Sola*). Y vuelvo la hoja».

«¡Alegrate! El asunto de mi empleo en Fili-

pinas va como una seda. Gracias a mis amigos, sólo falta ya la firma del ministro. Este caballero tiene un talento extraordinario para inclinarse ante una cartita con corona ducal. Es verdad que, como *hombre nuevo*,—ya sabes mis ideas—al mismo tiempo que nos da la mano, nos deja atrás sin el menor escrúpulo. Estamos destinados a desaparecer, como la poesía. Somos unos degenerados. Estamos todos paralíticos. Somos completas nulidades. Pero mientras yo vea delante de mí una lucecita, de cuyo nombre no quiero acordarme... ¿Una lagrimita? Ahí va un beso para enjugarla... Mientras esa luz nos alumbré el alma, todas las catástrofes me son indiferentes».

«Quedamos, pues, en que será niña. Te mandaré una lista de nombres para que tú escojas; pero es casi seguro que muy pronto te la llevará en persona un facineroso sin corazón;—tenía uno, y ese me lo ha robado una facinerosa muy fea,—que tiene una sed devoradora de beber en tus ojos toda tu alma. ¿Y Nona? Tu *él*».

Dime ahora, mi buena amiga, si tengo o no tengo razón. ¿Encuentras tú ahí una sola palabra que huelga a engaño? La mentira es como el corcho, que siempre tiende a subir a la superfi-

cie. ¿Hay siquiera en sus palabras la sombra de la sombra de una mentira? ¡Oh, que absurdo pensar en abandonos! Será todo una trama para venderme *decorosamente*. Ya está, pues, tomada mi resolución: No acepto. Pero como yo no quiero que digan que obro a la ligera, le he puesto hoy mismo dos líneas a mi padre para que me dejen volver a casa, con el fin de poder consultar a mi confesor y a otras personas que me quieren bien. Mientras tanto llegará *él*, y podremos vernos.

Espera con ansia tu juicio y tus consejos la *facinerosa* Katy.

IX

«Como se pedía»;—palabras de nuestro antipático y repulsivo jurisconsulto. ¡Que alegría volver a ver las paredes queridas de mi casa! El jardín, la verja... Ah! no puedo mirarla sin estremecerme; el espacioso patio, la escalera con su pasamano gótico, los vastos salones llenos de cuadros, los tapices, las alfombras, nuestras camas a la antigua usanza con sus columnillas salomónicas y sus vestiduras azules o moradas, la luz tibia que adormece, la biblioteca solitaria

que limpian los criados para lectores invisibles, los grandes armarios con lunas purísimas, cuajados de trajes y joyas; mi cuarto en fin, en donde no hay un solo objeto que no esté empapado de mi antigua felicidad y de mi presente desventura... Todo inundó mi alma como una gran ola de regocijo. Había perdido la esperanza de volver a ver todas estas cosas. Me parece que he resucitado.

Juana, la otra camarera, lloró de alegría al verme. Me dió cuenta de todo: «¿Sabe la señorita que se nos ha marchado el cocinero, aquel bruto que nos llenaba de improperios cuando, por casualidad, entrábamos en la cocina? Otra cosa. Don Tomás, el señor abogado ha estado enfermo. La señora condesa le ha ido a ver varias veces en carruaje con la señorita Nona. ¡Y que no debió de aburrirse V. poco en aquel desierto! Atienda: el señorito don Pablo ha comprado un caballo nuevo. Le voy a decir una cosa: El mismo día que se marchó la señorita le eché la llave a la biblioteca y la puse sobre su mesa. Yo dije: hasta que no vuelva, ninguno pondrá los pies allá arriba. Le advierto que el americano viene muchas noches. Es un buen caballero, con un hablar tan así... muy dul-

ce. El señor conde habla mucho con él en su despacho, y con el notario también. Abríguese, porque ya tenemos bastante frío. *Tito* anda buscando a la señorita por todas partes...» Y así seguía charlando para darme gusto. Me pareció oír el canto de un pájaro que hemos visto en su jaula desde niños.

Al día siguiente, vino a verme la Barbosa. Es la más suelta de lengua de todas mis amigas. Por ella supe que mis dos hermanos han tenido en el casino una violenta disputa por una mujer a quien los dos persiguen. Estuvieron a punto de llegar a las manos. Los amigos se los llevaron. Ella se deja flirtear de los dos, y de los dos saca todo el partido que puede. Se pierde de vista. Sus padres la dirigen para que el filón no se agote. El amor paternal no reconoce límites. Parece que ellos le regalan vestidos, sombreros, joyas... Piensa en el detalle del cuadro y te explicarás el enigma. Si siguen así, nos quedaremos sin un lienzo en pocos años. En toda la capital no se habla de otra cosa. ¿Quién quedará dueño del campo? Haga Dios que no se encuentren en casa de esa mujer. Son violentos, irascibles, y pudiera suceder una desgracia. Todo lo miran con soberana altanería. Aún con

sus iguales son orgullosos y secos. No permiten la más mínima contrariedad en asuntos propios. Todo lo demás les es en absoluto indiferente. Para ellos, la familia es como si no existiera. Sólo se les ve en casa a la hora de comer, menos en los días de grandes crisis económicas, porque entonces se van no sé a donde. Las noches las pasan fuera. Así viven. No recuerdo haber recibido nunca de ellos una caricia. Vivimos juntos, nada más.

Por la noche, vino Luisa a decirme que había un gran alboroto en casa. Mi padre, al fin, no ha podido contenerse. Ha notado la falta de un Murillo, cuadro de pequeñas dimensiones, y ha puesto el grito en el cielo. Nadie sabe donde ha ido a parar. Amenaza a todos con llevarlos a la cárcel. Los criados tiemblan. El busca el cuadro por todas partes. No lo encuentra. Me dice Luisa que se paseaba por el salón de las pinturas como una fiera a quien le han robado un cachorro. Lo peor es que, tras ese Murillo, seguirá un Juan de Juanes, y luego un Ribera, y después un Zurbarán, y... esa cocotte se tragará el museo. ¡Pobre padre mío! Yo empiezo a comprender que todo esto es irremediable. Entreveo las anchas grietas de nuestra fortuna, cuidadosamente ocultas por los esplendores de una fa-

chada regia. En el abismo van cayendo las piedras roídas, las vigas llenas de carcoma, una tras otra, silenciosamente, hasta que el edificio se venga todo abajo de una sola vez. Y eso es lo que se quiere evitar a todo trance, aunque me cueste a mí la vida. Ah! eso no.

En un instante se volvió todo negro alrededor de mí. Esta casa que había vuelto a ver con tanta alegría, me da ahora miedo. A veces, creo que se me van a hundir los pies en una grieta oculta, o que me levantaré una mañana y no encontraré más que las paredes limpias. Creo oír voces coléricas tras los regios cortinajes, entre las sombras. Hasta manchas de sangre veo sobre las alfombras. Me refugio en mi cuarto, y echo la llave, temerosa de que todo eso llegue hasta mí. Ahora voy comprendiendo para que sirven los notarios y los abogados. Antes me eran indiferentes. Desde hace poco, me hacen el efecto de cómplices de robos y asesinatos, siempre con la ley en la mano para no caer en sus redes, y dar el golpe de mano sobre seguro. El notario nuestro es un hombre rechoncho, que tiene la particularidad de que toda la cara se le amontona en los ojos, con muchas arrugas, cuando le preocupa una idea, seguramente una

de sus tenebrosas fechorías. Mi padre, cuando lo ve así, está como en suspenso. Espera la salvación. El jurisconsulto—¡jurisconsulto!—así se llama el pedante,—al contrario, despliega todas sus facciones, como el pavo real, la cola; enarca las cejas, levanta la mano con el índice extendido, y nos pronuncia unos discursos que a mí me excitan los nervios. Me parece que, en caso de tener alma, que lo dudo, serán más negras que el hollín. No puedo ser amable con esos tipos. Hace doce años se roían las uñas; ahora son capitalistas. La Barbosa los llama *cefalópodos*, haciendo alarde de sus grandes conocimientos de historia natural. Lo cierto es que yo no puedo imaginármelos sino como grandes pulpos siempre dispuestos a lanzar sus rejos a la presa y a soltar la tinta para escurrirse. Y no hay casa de las nuestras que no crie con regalo su par de estos *cefalópodos*. Así estamos.

¡Con qué ansia espero el día de *su* llegada!
Te besa tu Katy.

X

Sí, maldigo el instante en que puse de nuevo los pies en esta casa. Antes debiera haber muer-

to en el solitario caserón del Rodrigal. Anteayer salí de mi cuarto con ánimo de hablar a mi padre, pero no estaba en casa. Al volver por el saloncito del piano, sentí voces apagadas en el salón contiguo. Me detuve junto a la puerta. No sé que genio maligno me impulsó a hacerlo. Tantas cosas extrañas pasan aquí que en todo veo abismos, y tú sabes que el abismo atrae. Eran mi madre y el abogado. Hablaban en voz baja, pero no debían de estar lejos de la puerta, porque yo pude coger palabras y frases que ojalá no hubieran llegado nunca a mis oídos. Primero, fué el nombre del americano, luego el mío, después, préstamo, ruina. «Si rehusa»..., le oí decir a mi madre, y adiviné el siniestro mirar de sus ojos. Pude comprender que nuestro abogado trataba de calmarla, y hasta que le ofrecía su fortuna, pero en un tono que me llenaba de vergüenza. Puse el oído atento. Se oían los latidos de mi corazón. Después de un instante en que no pude oír más que un rumor ininteligible, llegaron hasta mí, como puñaladas traicioneras, palabras de una melosidad repugnante. Me quedé helada, sin aliento. Al fin, pude huir. Llegué a mi cuarto, caí de rodillas y lloré. ¿Eran lagrimas de amargura? Fueron de indignación, de

cólera, de altivez, de afrenta, de ignominia. ¡Ah, el infame! ¡Ah, el traidor! No le basta robarnos el dinero, sino que nos arrebatara la honra. ¡La honra! dije retorciéndome las manos, llenos de terror los ojos, con la terrible angustia de una gran pecadora. Ah! sí, ahora siento la mordedura de la víbora, porque viene de *otra*. Ahora siento su veneno en la sangre. ¡La deshonor! ¡Cómo quema esa palabra! Pero no, no es lo mismo. Yo caí libre, enamorada, creyendo en las palabras de un hombre a quien adoro siempre, mientras que *ella*... ¡Padre mío! ¡Pobre padre mío! ¿Lo sabe él? ¿Lo sospecha? Pues yo quiero decírselo. No puedo soportar que lo engañen de ese modo... ¡Imposible! Esas cosas no pueden decirse. Sería su muerte. ¿Quién nos vengará entonces? Ven tú, mi bien, ábreme tus brazos y déjame morir en ellos, porque esta pobre alma no puede ya con su dolor. Yo quiero huir de esta casa. No quiero verlos más. ¿Y a mi me hablan de deshonor? Estamos todos apestados. Ahora vuelven a mi oído ciertas palabras sueltas, ciertas reticencias, que nada me decían entonces. ¡Los malvados! Tiraban a herir cautelosamente. Y yo, inocente, tal vez reí como los demás. Por eso ví que mi madre se sourojaba y

disimulaba hablando con alguien que tenía a su lado. ¡Si era como leer en un libro abierto! ¡Y cómo se reírían de mi candidez! Pero entonces, ¡todo es pura mentira! ¿También se desmoronan nuestras almas como nuestras fortunas?

Yo te hablo a ti como a un confesor. Perdóname si de mis labios salen tales horrores. Se desbordan de mi alma. La vida se me presenta ya con tales negruras que realmente me espantan. Un dolor no viene nunca solo; forman cola a nuestra puerta. Y casi siempre nos cogen con las manos atadas. Que hagan, pues, lo que quieran de nosotros. Pero ah! la suerte me dió poco después una satisfacción inesperada. Una media hora después de mi repugnante descubrimiento, llaman a la puerta de mi cuarto. Abrí. Era el abogado. Necesité un gran esfuerzo para no escupirle a la cara. Entró y se sentó. Yo me quedé de pié. Al fin, me dijo, con su tono de pedante:

—Deseo hablar a V. Katy, de un asunto que a todos interesa.

—Puede V. hablar, le repliqué secamente.

—Se trata de... ¿Recuerda V. la proposición que tuvo a bien hacerle el señor conde en el Rodrigal hace algunos días? Pues...

—Eso, le interrumpí yo vivamente, se ha de tratar sólo entre mi padre y yo. Están demás los intermediarios.

—¡Katy!

—Se equivoca V.: *señorita*.

—¿Qué significa eso? Yo...

Que está V. demás aquí. Y le señalé la puerta. Se puso lívido. Levantóse y quedó de pie. Le costaba mucho trabajo obedecer.

—Hablaré de esto al señor conde.

—¿Y a la señora condesa no? le repliqué sonriendo con verdadera ferocidad.

—No entiendo lo que V. quiere decir.

—Qué está V. demás aquí. ¿Me explico?

—Oh! ya veremos esto. Y se dirigió a la puerta.

—Salga V... pronto.

En el momento mismo de salir, le dije temblando de cólera,

—¡Miserable! ¡Gentuzal!

Y cerré la puerta tras él. Yo sé que la cólera de mi madre es terrible. Se vengará de mí sin piedad. No importa. Estoy satisfecha de mi conducta. ¿Tú, qué dices? ¡Oh, no poderle escupir a la cara...! Con ese hombre vil no me rebajaría yo a batirme si fuera de su sexo. Se le abo-

fetea, y en paz. Cuando él lo sepa... No, no quiero que se dé un escándalo. Debemos callar. Este callar es como la fachada de nuestras fortunas. La cuestión es que no se vea demasiado la carcoma, la podredumbre. ¿Y qué otra cosa podemos hacer nosotros? Ese malvado se creía ya ser como de la familia. ¡El baturro! ¡Con qué satisfacción me llamaba Katy! Esa lección no se le olvidará nunca. Y si se le olvida, te juro que se la volveré a dar, así esté delante del rey. ¡Imbécill Perdóname. No me puedo contener.

Sé cierto que esta escena va a cambiar el curso de mi vida. No sé como será, pero será. Después de todo, el sufrimiento es ya un buen amigo mío. Seguiremos juntos. ¿Pero has visto como le dije ¡miserable! a ese hombre, yo que soy casi una muñeca? De pronto he recordado la broma del desafío en el coche cuando íbamos al baile. Te aseguro que esta vez no tuvo nada de broma, porque aún tiemblo de indignación.

Necesito un poco de reposo. No me siento bien. Adios. Katy.

XI

Después de lo ocurrido, no quise retardar la contestación que debía dar a mi padre. Le mandé recado con Luisa. Al poco rato volvió diciéndome que él mismo vendría a mi cuarto. Le esperé llena de emoción. No sabía como empezar a hablarle, ni qué palabras emplear para suavizar el amargor de la negativa. Mis ideas se confundían. El respeto que yo tenía a mi padre me quitaba el valor, y me parecía que yo sola iba a ser la sentenciada. Pero yo también quería a mi padre, lo quería a pesar de su seriedad y de su carácter poco comunicativo, y por esto sentía una gran pena. Tal vez iba a amargar para siempre sus días. Si por lo menos, yo sola recibiera el daño... Tú misma no ves más solución que la que yo he tomado, y muy terminantemente me lo has dicho en tus dos últimas cartas. Es preciso, pues, llegar hasta el fin. Me entrego en manos de la Providencia, ya que no se mueve una brizna sin su voluntad. Yo hago todo lo posible por discurrir bien. Quisiera acertar en todo.

Al fin, sentí sus pasos, graves y lentos. Corrí a la puerta. Al entrar le tomé la mano y se la besé. Se inclinó sobre mi frente y me besó también. Aquel beso fué para mi alma un gran consuelo. Nos sentamos.

—Puedes hablar, me dijo.

—Padre, perdóneme... Yo hubiera querido... Pero V. comprenderá que ese casamiento es imposible.

—¿Lo crees tú así?

—¡Imposible! Mi afrenta ha de ser para mí sola. La sola idea de que un día pudiera avergonzarse de su mujer, me espanta. ¡Qué vida la nuestra entonces! ¿Imagina V. ese martirio?

Mi padre bajó la cabeza.

—Por lo mismo que tiene un alma buena, generosa, yo no debo exponerlo a suplicios morales que no tienen cura.

—Tienes razón, dijo sin moverse.

—Además. Yo tengo una carta de Madrid en que me dice que vendrá pronto, uno de estos días, para hacerme su esposa. Y yo... le amo, padre, le amo con todo mi corazón.

—¡Pobre Katy! exclamó alzando hacia mí sus ojos.

Me enjuagué las lágrimas con el pañuelo.

También él estaba emocionado; pero seguramente, para ocultar su emoción, se levantó y dijo:

—Dios lo ha dispuesto así.

—¡Padre míol exclamé levantándome también.

—No te hago ningún reproche, no. Queda en paz.

Le besé la mano, me besó en la frente, y salió. Me dejé caer en un sillón, sin fuerzas. Poco a poco me fuí serenando, y al fin, quedé sumida en profundo ensimismamiento. Y oí una voz que decía muy quedo a mi oído: «¡Mala hijal Has decretado la miseria para tus padres. Esta casa, que a todos los vió nacer, será vendida a un extraño, y los tuyos echados ignominiosamente. Tendrán que huir y esconderse en un villorrio apartado, lejos de todo trato social, para vivir en él de la limosna que quieran hacerles sus parientes. ¡Qué días tan crueles les aguardan! ¡Qué vejez tan horrible va a ser la suya! ¡Cómo suspirarán por el bienestar pasado! Y tú, la hija feliz, la mujer afortunada, junto a tu esposo y a tu hijo, vivirás como si hubieran muerto, como si jamás los hubieras conocido. Pero no: su sombra severa irá a turbar tu sueño, te remor-

derá la conciencia noche y día, tus alegrías se tornarán negras como los pesares, nunca habrá ya paz para tí. ¡Sacrificalos! Y mis ojos abiertos, sin ver nada, estaban como hundidos en el infinito. Calló la voz. Tenía conciencia de mí misma y al mismo tiempo no la tenía. Me parecía hallarme en medio del espacio, de pie, con un dedo en los labios, inclinada a un lado la cabeza, como quien oye una voz lejana. Y volvió a decir la voz: «No, no le llamarás nunca esposo, porque te engaña. Palabras dulces, promesas, juramentos, nada más. Los hombres son todos así. Serás madre sin poderte llamar madre. Tendrás un hijo y no podrás llamarle hijo. Todos huirán de tí. Y él, con la cabeza reclinada sobre otro seno, contará los latidos de un corazón que no es el tuyo, porque él ama hoy a una y mañana a otra. Busca labios que no hayan recibido nunca un beso de amante. Ya está cansado de los tuyos. Ese será tu castigo. ¡Sacrificalos!»

Y desperté ahogándome de angustia. ¡Qué horrible pesadilla! ¿Otra mujer, otro corazón, otros labios, otros besos? Antes dame la muerte, Señor. ¿Pero dónde encontrará un corazón y unos besos como los míos? Si este amor que yo

guardo para él no cabe en pecho humano; si... ¡Sacrificalos! Oh! no, yo no los sacrifico, yo quiero su bien, su felicidad. Los sacrifica alguien que no soy yo. No sé. Dios quizás. Ningún destino puede estar en mi mano. Todos estamos cogidos en la red del dolor. Cada cual tiene su cruz. ¿Es acaso más pesada la suya que la mía? ¿Y quien puede escogerla aquí abajo? Además, tengo muchas dudas sobre esa ruina inminente. El semblante de mi padre no tenía hoy expresión de semejante peligro. Cuando me habló en el Rodrigal sí. Había muchas sombras en él, y una inquietud que temblaba en sus labios y en sus palabras. Yo creo que ha encontrado auxilio. ¡Dios lo quiera!

Las cosas se complican de tal modo que espero grandes males para el porvenir. Algo secreto me dice que voy a entrar en un vía crucis muy largo. ¿Quién estará a mi lado para confortarme? Porque sola no tendré fuerzas. Y mi madre no tendrá piedad de mí; de esto estoy bien segura. Después de la escena con el infame, una sola vez se han cruzado sus ojos con los míos. Una espada hundida en el corazón no me hubiera aterrorizado tanto. El miserable se lo habrá dicho todo. Lo conozco. Le herí en su estú-

pida vanidad, y eso no me lo perdonará nunca. Son dos enemigos sin entrañas, y estoy desarmada entre sus manos.

Tu juicio sobre *su* carta me ha llenado de alegría. Ya ves que, aunque una mujer delire de amor, no por eso pierde del todo la serenidad. Debe de ser atroz tener un hijo enfermo; pero ya no tienes nada que temer. Te escribo tarde de la noche. Se me cierran los párpados... Adios. Katy.

XII

Es casi seguro que me he equivocado, porque hay en esta casa muy malos síntomas. Los criados empiezan a quejarse en alta voz por que no se les paga desde hace tiempo. Murmuran a todas horas, y algunos han llegado a insolentarse. Ha habido necesidad de despedir a los más descarados. Luisa me dice que todos los días vienen a presentar cuentas que no se pagan. Es preciso mentir a todas horas. Hay en el ambiente un malestar sordo, nuncio de catástrofes próximas. Yo seré para mis padres la causa de sus desdichas. En silencio me pedirán cuenta de mi conducta. Por mí se derrumba la casa.

¡Mala hija! Pero todos callan. Y este silencio es para mí más terrible que la cólera de todos contra mí. Además de deshonrarlos los arruino. ¿Será preciso retroceder? ¿Deberé yo misma cortar la escala que me salva del incendio? Y sí, al menos, así nos salváramos todos... Pero poco les importa a los demás que yo quede sacrificada.

El americano ha venido dos o tres veces estos días, y ha pasado mucho tiempo en el despacho de mi padre. Es seguro que se busca un préstamo para salir del grave peligro en que nos encontramos. ¿Llegará a tanto la generosidad de ese hombre? Son pocos, en verdad, los que se exponen a perder su dinero para pagar deudas ajenas, y deudas contraídas principalmente para mantener el lujo y el despilfarro. No, si yo también tengo ojos para verlo. Sería una abnegación sin ejemplo. Pero la cuestión es alejar la catástrofe. Después, Dios dirá. También acaba de decirme Luisa que, dentro de pocos días, quedará embargada una de nuestras mejores fincas. Se lo ha dicho la camarera de un procurador que tiene aquí mucha fama e interviene en todos los grandes asuntos. Nuestro notario, uno de los cefalópodos, llegó esta ma-

ñana con los ojos rodeados de arrugas; lo cual quiere decir que la situación es realmente grave. Muchas horas duró la conferencia. Mi padre, sale o entra siempre con papeles en la mano. Y todo esto se hace muy callandito, en la sombra, como quien se cura un tumor repugnante.

La verdad es que estos asuntos me producen a mí náuseas. En eso nos distinguimos del vulgo. ¿Qué puede haber de común entre la flor y el abono que sostiene su hermosura? Es una fatalidad tener que hundir algunas raíces en el fango. Parece que la vida se complace en ir acompañada de algo odioso y repulsivo. ¿Serán imposibles las existencias immaculadas? Ah! en nuestras casas nobles nunca pensamos en el dinero. Nos parece que brota naturalmente para nosotros como el agua de una fuente inagotable. Y así ha debido ser siempre. Lo miramos con desdén, hasta con repugnancia. Ante el deseo de una cosa bella, de una joya deslumbradora, de un traje hermoso, de un mueble de gusto exquisito, el dinero se anula, se desvanece como una sombra que nada tiene que ver con nosotros. Sólo cuando no llega, sufrimos un choque inesperado. Nos asombramos de que esto suceda, y miramos a todas partes seguros de

que lo hemos de encontrar junto a nosotros para servirnos. En esto somos superiores a los otros. Nuestro lujo y nuestros gustos refinados, son la prueba de nuestro desdén por ese tan bien llamado vil metal. Pero ahora, al ver que nos falta, parece que me asfixio y que no puedo dar un paso. Ah! jamás creí que fuéramos sus esclavos.

¡Pobre padre mío! La corriente de nuestra vida te ha arrastrado siempre como en un sueño. Yo estoy segura de que has visto más de una vez abierto el abismo bajo tus pies. Yo te he visto angustiado y lleno de inquietud, unas veces inmóvil sentado en un sillón en nuestra gran sala de los tapices, o paseando horas enteras en el salón de los cuadros, con la cabeza baja y los brazos a la espalda. ¿Lo sabrías ya también entonces? Tiene razón mi *él*: las otras gentes se nos echan encima, se nos imponen y hasta nos pisotean. ¿Y qué hacemos nosotros? Seguir siendo ignorantes, holgazanes, endiosados con nuestros escudos, nuestros pergaminos y nuestra sangre azul. Pero te lo confieso, yo no podría vivir fuera de nuestra clase. El busto del cardenal, allá en el solitario salón de nuestra biblioteca, me conforta y me hace amar nuestra clase y

compenetrarme con ella, a pesar de sus grandes defectos. No puedo soportar la vulgaridad, las maneras toscas, el hablar plebeyo, los gustos sin distinción ni delicadeza... Pero basta de filosofía. Cosas realmente amargas tengo que contarte. Y no serán las últimas.

Escribiéndote estaba, cuando llegó Juana de parte de mi madre, para decirme que me vistiera, porque había de salir con ella. ¡Salir! Era preciso llevar a los labios este brebaje amargo. Era preciso ver y que me vieran. Era preciso soportar miradas de todas clases y quizás alguna sonrisa de negra perversidad. De pronto se me presentó la imagen de nuestro jurisconsulto echado de mi cuarto con todo el desprecio de que me sentí capaz; y sentí como una risa irónica detrás de mí que me hizo estremecer de miedo y de cólera. Me vestí casi sin saber lo que hacía, y esperé. Poco después llegó Juana para decirme que la señora condesa me esperaba en el carruaje con el gran tronco de caballos grises enjaezado de guarniciones de plata. Era el favorito de mi madre. Bajé la escalera con la mayor soltura posible, entré en el coche, me senté y partimos.

Atravesamos una plazoleta en cuyo centro

hay una hermosa fuente rodeada de bancos de piedra. En uno de ellos tomaban el sol tres viejecitos encorvados, y tuve tiempo para observar que uno de ellos hacía figuras en el suelo con su bastón. Entramos en una calle algo frecuentada. No vimos ninguna cara conocida. Me pareció que visitábamos una ciudad extraña. Habituada al silencio de nuestros viejos caserones, el ruido de las calles me ensordecía. ¿A dónde iríamos? ¿Qué se proponía mi madre? No me dirigió ni una palabra. Con la cabeza alta, su mirada de acero parecía mirarlo todo con absoluto desprecio. Era más que una reina. Ni sus iguales obtenían más que una ligera inclinación de cabeza. A su lado no se estaba nunca bien. Parecía la diosa de la sequedad y de la altivez. Nunca tuvo para mí ni una mirada, ni un gesto cariñoso. Hoy, ni siquiera le soy indiferente, soy su enemiga. Es mucho menos que no tener madre. Yo siento ese vacío con verdadero dolor. Y entonces se desborda el hondo cariño que le tengo a mi desgraciado padre, tan bueno y tan incapaz de regeneración, víctima de ella y de sí mismo.

Estoy cansada. Adios. Katy.

XIII

Ante el gran portal gótico de la catedral se paró el carruaje. Abrió el lacayo la portezuela, sombrero en mano, descendimos y entramos en el grandioso y suntuoso templo. Sólo ví mujeres arrodilladas. Algunas volvieron la cabeza al oír nuestros pasos. Un imponente silencio reinaba en las altas naves. Nos arrodillamos a pocos pasos del altar mayor. En la hornacina alta, la Virgen de los Dolores con un rico manto de terciopelo carmesí, y sobre el altar, un Cristo con un par de lucecillas al pie. Mi madre me dijo: reza, y permanecemos con la cabeza inclinada murmurando unos apagados rezos. Yo tenía sed de devoción y de amparo de aquel emocionante Cristo y de aquella Virgen traspasada de dolor. Una ola de emoción hizome estremecer el alma. Y por algunos instantes me creí sola. ¡Qué dulces son para la mujer estos instantes de deseada protección y de dulce confianza. Nosotras sentimos, no analizamos, aunque por desgracia, son muchas, muchas, que ni sienten ni analizan.

Tal vez *él* tiene razón. Para nuestra clase la religión no es más que un distintivo de la nobleza, como el escudo, como los pergaminos, sin que tenga nada que ver con la verdadera religiosidad. No cumplir con la Iglesia es despojarnos de algo esencial a nuestro nacimiento, sería aplebeyarnos, y eso nunca. Pero llegaré día, dice enardecido, exaltado, en que eso y todo lo demás lo perderemos, para ser únicamente lo que cada uno valga, y no este estúpido ostentar títulos por méritos ajenos. Ese Madrid lo trastorna todo. De allí trae todas esas ideas que quieren trastornar hasta lo más sagrado. ¡Pero en sus labios son tan hermosas! Te confieso, amiga mía, que algo de eso ha penetrado en mi alma. Ha sido para mí como una luz nueva. Libros con este pensar rebelde y este descontento de nuestras cosas, no los encontrarás en nuestra biblioteca. Muchos han pasado por mis manos; pero con ninguno he dado que muestre tanta enemiga a lo que han aprobado y defendido todos los tiempos y todas las naciones. Es que hace años que no entra en nuestra biblioteca ningún libro moderno. Todos huelen a vetustez y estancamiento.

Una sensación de cansancio me sacó de

mi éxtasis. La realidad me hirió dolorosamente. No era aquel estar en la iglesia como eran los demás. El dolor se convirtió en amargura, y estuve a punto de llorar; pero al sentir a mi lado a mi madre, las lágrimas no brotaron y mis ojos permanecieron secos. Al fin, se levantó mi madre, hice yo lo mismo, tomamos agua bendita, salimos de la catedral y, ya en nuestro coche, sin decirnos una palabra, volvimos a emprender la marcha. Los escaparates lujosos de las grandes tiendas me sorprendieron como si no los hubiera visto nunca. Las novedades más *chic* de la estación estaban espléndidamente expuestas. Como no íbamos de prisa, pude observarlo todo con cierta detención. Algunas damas, ya vestidas de invierno como que estamos a mediados de Noviembre—o se detenían ante los escaparates, o entraban a hacer sus compras. Aunque a nosotras nos traen de París nuestros trajes, recuerdo con placer las horas pasadas junto a los mostradores, husmeándolo y revolviéndolo todo, comprando chucherías y esperando ver a alguien que nos interesaba. Esas alegrías pasaron ya para siempre. No vi a nadie conocido. Al llegar al extremo de la ca-

lle, volvimos a recorrerla en sentido contrario, mucho más despacio todavía. «Ahl dije yo, quiere exponerme a la vergüenza pública. Espera encontrar quien nos conozca para que se fijen en mí. Entendido.» Efectivamente, poco después, salía de una tienda la marquesa de Ocampo, con su niña menor de la mano. Como estaba frente a nosotros, tuvo que mirar y nos conoció. Corrió a la portezuela y la abrió. Su mirada fué para mí compasiva. Aunque creí ser fuerte, me sonrojé. Después de una charla de cosas indiferentes, mi madre tuvo a bien decirle que, un poco más tarde, iríamos a casa de nuestra modista. Primero, compraríamos unos guantes y unos gemelos de teatro, porque Nona había roto los mejores que teníamos. Y se marcharon, pero no sin volver la cabeza cuando estuvieron un poco distante de nosotros. Más lejos, ví que se paraban con las del capitán general, y observé el mismo movimiento de curiosidad en todas ellas. Ya estaba encendido el reguero de pólvora. Sabe Dios hasta donde llegaría. Yo era de mármol.

Volvimos de nuevo atrás, y nos paramos ante una tienda. Me mandó mi madre que bajara. Así lo hice, y ella bajó después. Al pisar la ace-

ra, una italianita, con su acordeón en una mano, me tendió la otra mirándome con sus grandes ojos negros. Como le diera a comprender que nada tenía que darle, se dirigió a mi madre, pero ésta le volvió la espalda de mal talante y entramos en la guantería. No había nadie, felizmente, aunque las señoritas aquellas nos conocían, como puedes suponer. Su primera mirada fué de sorpresa. Luego disimularon tan bien que yo les dí las gracias desde el fondo de mi corazón. Hay personas que son tan delicadas por temperamento, y tienen esta delicadeza con tanta naturalidad, que la que no tenga una mirada penetrante creería que lo ignoran todo, o que son tan cándidas que nada creen. En cambio hay otras que no pierden ninguna ocasión para poner al descubierto su alma ruín. Y, como llegan hasta creer que no se las entiende bien, van hasta la grosería y la brutalidad. Sólo el que lleva un estigma como el mío, puede tener siempre los ojos abiertos a todas las generosidades y a todas las bajezas de las almas. Cuando íbamos a salir, nos cruzamos con una señora y su hija, familia endiosada de un banquero que no sabía que hacer para llegar hasta nosotros, y con el fin de conseguirlo ponía en juego

toda clase de adulaciones. Mi madre las saludó con mucho agasajo; pero yo no hice más que inclinar la cabeza con ese gesto magnífico de desdén, que ellas tan torpemente imitan con sus inferiores. La suerte favorecía en todo a la señora condesa, que siempre se distinguió por su despego hacia mí sin saber yo por qué.

Subimos al carruaje, y cruzamos diferentes calles hasta pararnos junto a la entrada de la casa de la modista. ¡Oh, Señor, dame fuerzas para esto! Sentía que mi ánimo empezaba ya a desfallecer. Me costó algún trabajo llegar al primer piso. Aquella visita iba a ser como poner un anuncio en la *Correspondencia de España*. ¡Y era mi madre la que me ponía en la picota! Pero, además de mi madre, era otra cosa que me quema los labios. Entramos. La pobre Angeles no se atrevía a mirarme. Sus mejillas se colorearon ligeramente. Nos condujo al saloncito de pruebas. Sólo que mi madre, haciéndose la distraída, entró en el salón donde trabajaban las muchachas. Yo la seguí sin vacilar. Y detrás nos siguió Angeles llena de turbación y en silencio. Pasamos. Una vez en el saloncito, mi madre le encargó un vestido de invierno para Nona, y otro para mí, *en condiciones*. Mis ojos decían a

Angeles: «Apiádate de mí, mi buena amiga.» Yo creo que estuvieron a punto de saltársele las lágrimas; pero la actitud severa de mi madre las contuvo en el borde de los párpados. Me sentí quedar pálida. Guardé silencio. Y, al fin, salimos, y tornamos al carruaje, y nos pusimos de nuevo en marcha, ahora en dirección de nuestra casa.

Cuando puse el pie en mi cuarto, me pareció que encontraba un amigo que me tendía los brazos para protegerme contra las crueldades de todos. ¡Qué calor de hogar y qué amparo dulce encontré en él! Sin quitarme el sombrero ni los guantes, me dejé caer en un sillón, y me quedé inmóvil, como en éxtasis. En la vaguedad de mi pensamiento creí ver la imagen de un martirio lento, sufrido con la sonrisa en los labios, y creo que sonreí en aquel instante. Luego, me sentía desfallecer; y más tarde, me erguía altiva desafiando los más terribles suplicios. Y cuando ya creía próxima la muerte, de entre brumas lejanas le veía a él agitarse, luchar, y correr, y llegar a mí con los brazos extendidos, y juntos, huir muy lejos, hacia una región llena de luz donde las almas son puras y felices.

Por la noche, soñé que servía de blanco

en un tiro de pichón. Todos tiraban, y me herían en el vientre con grandes aplausos y carcajadas. De mis entrañas salía primero un humo espeso que me sofocaba. Luego criaturas aladas con el rostro de la Vallehondo que me miraban y se reían volando a mi alrededor. Por último, de las heridas manaba un licor negro, corrompido, del cual huían hasta las moscas. Desperté aterrorizada. Tuve que encender luz. No podía respirar. Entonces, subió en mí una verdadera ola de angustia, y me dejé caer sobre la almohada humedeciéndola con mis lágrimas. Lloré mucho y mucho tiempo. El día me encontró sollozando, día lluvioso, triste, en armonía con el acento de mi alma. Luisa, tan apenada está, que casi no se atreve a hablarme. No he vuelto a recibir cartas de Madrid... ¡Y ha sido una madre, una madre!

Te abraza y te besa tu Katy.

XIV

Hoy hemos tenido en casa convidados. Todos son amigos, pero, aún así, no he podido menos de impresionarme. Por mucho que se hizo para animar la conversación, no fué posible

conseguirlo. Largos y enojosos silencios la interrumpían, y nadie encontraba medio de reanudarla por temor a que pareciera forzada. Mi padre estaba de caza hacía varios días. Mis hermanos no se dignaron ocuparse de mí, como de costumbre. Al parecer, se ocupaban muy poco de aquella escena; y, con seguridad, les fué de todo punto indiferente el malestar que los demás experimentábamos. Todos evitaban hablar de amores, noviazgos y matrimonios, con lo que, abundando las mujeres, los temas de la conversación quedaban reducidos a muy poca cosa. El arte y la literatura, y la ciencia, además, están desterradas casi por completo en nuestras reuniones. Tenemos en mucho a los grandes pintores, porque de algunos poseemos cuadros más o menos notables, y esto da realce a nuestro rango. Lo demás no nos preocupa gran cosa. De libros no hay que hablar. Nada sabemos de ellos. Por lo que hace a la ciencia, con asombrarnos de algún invento reciente ya tenemos bastante. Las cosas de religión y de guerra, y, en último término, de política, son las que animan la conversación entre los hombres; más entre mujeres, si nos quitan los amoríos y las modas, las fiestas y las juntas benéfico-religiosas,

ya no tenemos de que hablar. Y no habiendo ahora ni juntas, ni fiestas, muy poco nos quedaba, o les quedaba que decir. Yo sufría por mí y por ellos.

A mi madre parece que le bastaba lo penoso, que, sin duda, había de tener para mí aquella inacabable escena. No se dignó dirigirme ni una sola mirada. La única persona—había pensado no mencionarla—que me dió cruel tormento, fué el abogado pedante y villano, el infame cefalópodo que se lo quería llevar todo. Aunque había una señora entre él y yo, me colmaba de atenciones sirviéndome vino, agua, entremeses, con una sonrisa tan llena de hiel que me hacía daño. De mí no recibió más que imperceptibles inclinaciones de cabeza, con sequedad marcada y visible repugnancia. Si hubiera sido posible dejar caer sobre él todo mi desprecio, me hubiera considerado feliz. Pero yo estaba segura que aquellas palabras *señorita* y *gentuza* que le eché a la cara para hundirlo, las tenía él clavadas en lo más hondo de su orgullo y de su pedantería, como un puñal envenenado. Esta era mi única satisfacción. Por lo demás, no paraba mientes en él.

Apenas terminada aquella para mí eterna

comida, de pie ya algunos, me levanté, pedí permiso para retirarme, y salí con el corazón oprimido, refugiándome como siempre, en mi santuario. ¿Podría yo sostener hasta lo último una lucha semejante? Mi pobre cuerpo debilitado y con su preciosa carga no resistiría. Me miré al espejo. ¡Qué cambio ya! Todos los rasgos de la madre se acusan en mi rostro, realzados por una palidez constante. Oí decir el otro día a Luisa que nunca había estado yo tan hermosa. Si te he de decir la verdad, dejando a un lado la modestia, a mí también me ha parecido lo mismo. Ah! quisiera que no se marchitara nunca esta hermosura para ofrecérsela a él todos los días. Pienso en aquellas horas venturosas, perdidas ya para siempre, en que sus ojos no se cansaban de mirarme. ¿Qué hacer para que eso sea eterno? El sabe que yo tengo prendida mi alma en sus miradas, y que me desvivo por saber que buscan y qué desean para ofrecérselo antes que pronuncie una palabra. Pero ya nada puedo hacer, ni por él ni por mí. Ahora está en sus manos nuestra salvación.

Gracias a tu esposo por las cariñosas frases que me dirige. Adios. Katy.

XV

Aunque he dejado pasar bastantes días sin escribirte, necesito aún tomar alientos para referirte lo pasado en aquella noche cruel. Yo no creí que llevaran hasta ese punto la venganza. Todo me parece una pesadilla. Asómbrate. Mi madre tuvo el... valor de llevarme al teatro, a platea. ¡Mi madre! ¡Qué escándalo! Con lo que sufrí, yo no sé como aún estoy viva. Al entrar en el palco, si no me siento en seguida, caigo sin sentido. El desvanecimiento duró poco. Cuando volví en mí y abrí los ojos quedé como espantada. ¡Figúrate! Un público entero devorándome con los ojos, cuchicheando, riendo, señalándome, asestando sobre mí sus gemelos de todas partes, crucificándome con palabras de libertino, con la curiosidad y la exaltación de una multitud que va a divertirse durante unas cuantas horas... Aquellos minutos fueron eternos. Un poco más tarde observé que algunos amigos apenas me miraron. Se los agradecí. Al principio sentí verdadero terror, como si a media noche hubiera visto el puñal

de un asesino levantado sobre mí. Quise huir. ¡Imposible! Quedarme: también imposible. Me encontraba en la misma situación que el soldado al entrar por primera vez en batalla. Ni huir ni quedarse está en su mano. Al fin, acorralada lo mismo que una fiera, escarnecida por la humillación y la vergüenza, tuve valor para rehacerme. De tal modo me llené de indignación que una fuerza sobrehumana me levantó sobre aquella ruín muchedumbre. Con heroico desdén afronté aquellas miradas. Dejé caer sobre todas aquellas cabezas perfumadas, sobre todas aquellas pecheras blancas, un desprecio soberano, y me mantuve en mi sitio altiva como una reina. ¡Y era mi madre la que me había llevado a aquel suplicio!

Saciada el hambre de pisotear a los caídos, dejaron de mirarme con ensañamiento. Pero hubo una persona que no me dejó tranquila un sólo instante. Ya lo puedes suponer: la Vallehondo. Ha nacido para odiar. Sus gemelos de nácar y oro giraban en torno del teatro para venir a clavarse siempre en mí. Yo le pagaba con una sonrisa de desprecio. Y estaba hermosa. Entorna los párpados con una gracia incomparable. En sus labios húmedos se perciben

los estremecimientos del deseo. Su seno es abultado; estrecha, la cintura. Es arrogante y desenvuelta, animada toda ella por una seductora coquetería. Habla en alta voz, como la que se cree siempre en casa. Estaba con dos amigas. A veces se juntaban sus cabezas, y parecían hablar en voz baja. Era de presumir que se trataba de la pobre Katy. Yo permanecí impassible. Ni siquiera intenté cubrirme el rostro con el abanico. El desdén era mi única arma.

Mientras tanto mi madre, rígida y severa, estaba allí como un carcelero. A penas cruzamos dos palabras. ¿Sería posible que no hubiera en ella un sólo átomo de compasión? Aquellas terribles amarguras mías, ¿no le despertarían alguna vez el remordimiento? Ni el mármol podía ser tan frío. Lo que no podía comprender es como mi padre pudo permitir semejante iniquidad. Tal vez la inminencia de nuestra ruina le hayan hecho insensible a todo lo demás. Porque yo sé que tiene un corazón bondadoso. Tal vez no supo nada hasta después. ¡Ah, cómo lo trastornan todo las exigencias sociales. Nadie puede saber nunca donde están los sentimientos buenos y donde los malos. Lo cierto es que a mí me habían llevado al suplicio; y que bien podía

suceder que de él saliera la muerte. ¡Quién sabe! tal vez era eso lo que querían. Por momentos decaía mis fuerzas. Algunas veces sentí agolparse las lágrimas a mis ojos, pero pude contenerlas. Hubo instante en que perdí de vista el teatro. Tenía las manos frías.

¡El drama! ¿Acaso pude yo saber lo que pasaba en la escena? Lo único que creí comprender fueron las miradas de algunos actores: a mí se dirigían también. En realidad, allí no había más drama que el mío. El principal personaje, de carne y hueso, estaba a la vista de todos. Mi palidez y mi silencio abrían más surco en las almas que todas las exaltaciones juntas de los poetas. Los que han nacido para conmoverse con el dolor, no tenían más que mirarme para sentir el ascua sobre la carne viva. Y creo que, una hora después, todos se habían conmovido declarándose a mi favor. Yo sentía un cambio en el tono de las miradas, cada vez más raras. Una ráfaga de ternura y de compasión había humanizado las almas. Fué para mí un gran consuelo.

Antes de terminar el acto, mi madre se levantó y tomó el abrigo. Se lo tomé de las manos y le ayudé a ponérselo. Luego, me puse el mío

sin prisas, lentamente. Saludó mi madre varias veces con el abanico, y salimos. ¡Salimos! Esto no era una palabra, era la vida. Solas atravesamos los pasillos, solas bajamos las escaleras, solas cruzamos el vestíbulo y solas nos acercamos al carruaje. En todo el camino, silencio. Sentí escalofrío. En aquel momento temblaba. Llegamos. El lacayo abrió la portezuela, y se quedó con el sombrero en la mano, en actitud respetuosa. Subimos como dos sombras, pausadamente. Un criado nos abrió la puerta, y entramos. Nos separamos en silencio. Poco antes de llegar a mi cuarto, Luisa me salió al encuentro. Me tomó una mano y me la estrechó. Entramos juntas. Ya no pude más. Me abracé a ella y rompí en llanto. ¡Qué lágrimas aquellas!

¿Te has formado bien idea de mi tormento? ¿Has visto en el mundo cosa igual? ¡Una madre! No, no puede ser. Todo debe de haber sido una horrible pesadilla. Mis ideas van y vienen confusamente, encendidas, llameando. Empiezo a estar enferma. Un cuerpo como el mío no puede sufrir tales conmociones sin exponerse a graves daños. ¿Pero cómo se han atrevido a esta iniquidad? ¿Son de mármol o son fieras? ¡Pobre hijo mío! Aún tus ojos no se han abierto a la

luz, y ya te mece el pesar en tu escondida cuna. Cuando el amor me dió su primer beso, ¿quién creyó ver nunca sino eterna dicha? Por una gota de ventura he apurado un océano de dolor. Pero con tal que la gota sea siempre mía, dadme a beber todos los pesares de la tierra. Seré feliz.

Inútil decirte que durante quince o veinte días no se habló en la ciudad más que de *mi* escándalo: en los cafés, en los casinos, en el paseo, en las fondas, en las familias, en los teatros, hasta en la cárcel, según me dijeron, en todas partes estábamos en la picota. Y la que salía más asaeteada, no era yo, no, era mi madre, a la que le decían fiera, salvaje, mala madre, corazón de granito, más cruel que la misma crueldad; y añadían lo *otro*, envolviéndola en el mayor desprecio y a toda la familia en una deshonra mucho más grande que la mía. ¡Pobre padre mío! Luisa y Juana me lo han contado todo, porque los criados lo oían todo y lo sabían todo. Y mi madre siempre tan altiva, tan serena, tan endiosada, y siempre tan seca y tan llena de un orgullo inaguantable. Para ella nada hay censurable en su conducta, porque ella puede y tiene derecho a hacer lo que hizo. Se cree por encima de

todos en estos asuntos de familia. Nada le importan las murmuraciones de la gente de la calle. Ni siquiera respecto a su vergonzosa e innoble caída. Es como una diosa invulnerable. A mí me llega a dar miedo.

Aunque estoy abrigada, siento frío. Tú Katy.

XVI

Otra semana sin escribirte, y otro gran acontecimiento. Se suceden con tal rapidez que parece que el mundo tiene prisa en descargarse de lo que le pesa. ¡Ha vuelto! Cuando Luisa me dijo que lo había visto, fué como si me dieran la vida. Todo al olvido. Esas dos palabras han sido para mí como la creación de la luz. *Fiat*, fué hecha, y vió Dios que era bueno. ¡Qué si era buena para mí su llegada! Para Dios también debió de serlo, porque mi alma era noche y tinieblas. Ya ven si yo tenía razón. No huía de su Katy, no. El deber lo retenía en la Corte. Si él fuera rico, ya estaríamos unidos desde hace tiempo. Mi corazón no me engaña. Es que todos se complacen en pensar mal del prójimo. Se regocijan

cuando alguien queda cogido en la red de los pesares. ¡Ah, qué diferente es esta vida de como yo la soñé! Contenta con mi felicidad, yo quería que todos fueran felices. Hoy soy desventurada, y tampoco deseo el mal de las personas...menos ese que... Prefiero no nombrarlo. ¡Ha vuelto! Toda mi vida está aquí.

Le dije a Luisa: «Búscalos, háblales, dile que mañana por la noche le espero, aquí en mi cuarto. Tú le abrirás la puerta del jardín, tú lo guiarás hasta mí. Es preciso que le vea. De esa entrevista depende nuestra suerte. No es ocasión de andar con escrúpulos. Dile que no dormiré hasta que venga. Por Dios, Luisa, no me traigas excusas, que serán mi muerte; tráeme la seguridad, si quieres que viva». Al ver mi ansiedad, la pobre se enjugó algunas lágrimas. Después de lo sufrido, yo no podía con el peso que llevaba en el alma. Sólo en sus brazos podía fundirse mi congoja. Desde aquel momento, la inquietud no me dejó. Contaba las horas; y hasta una vez, como una idiota, intenté adelantar el reloj. Me alejé confusa, avergonzada. Ríete cuanto quieras: Katy trató de hacer eso. Si Nona hubiera estado en casa me habría hecho mil preguntas sobre aquella intranquilidad que me era impo-

sible esconder. Los demás como no se ocupaban de mí, nada notaron. Luisa me trajo la vida.

Llegó la noche, una noche fría, negra, en la que el viento empezaba a desatarse con alguna violencia. Yo me afané por que en mi cuarto todo quedara limpio y arreglado. Cambié la alfombra por otra nueva que aún no habíamos usado. Arreglé con toda la gracia que supe los pliegues de las cortinas. Puse sobre el velador un libro que a él le gustaba, Werther... Luisa me ayudó en todo aquello que a mí me era difícil hacer. A las nueve, después de haber cenado, ya estaba todo listo. ¿Qué hacer en las cuatro eternas horas que aún quedaban? Me asaltó el temor de que el tiempo se parara de pronto y no llegara nunca el instante de mi ventura. Abría mi armario, arreglaba mis vestidos, mis encajes, mis joyas. Luego lo cerraba y más tarde lo volvía a abrir sin saber a punto fijo con qué objeto. Otras veces, me ponía detrás de los cristales, y, con los dedos, daba golpecitos sobre ellos hasta contar dos o tres centenares, lo mismo que una chiquilla. O me quedaba contemplando la negrura de la noche hasta ver si se descubría una estrella al desgarrarse las tempestuosas nubes.

¿Qué hacía entre tanto mi familia? Lo de costumbre: jugar al tresillo, mis padres, un canónigo, un tío mío, y el notario que alternaba con el clérigo. Los criados, en sus habitaciones. Y las grandes salas, unas a media luz, otras cerradas, todo en el más absoluto silencio. Luisa, la pobre, estaba tan intranquila como yo. ¡Si lo llegaran a sorprender! ¡En nuestra propia casa! Yo la tranquilizaba. ¿No éramos verdaderos esposos? Y después de lo que habían hecho conmigo, después de aquellos terribles escándalos, ¿qué le quedaba al mundo que decir? Mi suerte estaba en sus manos. Se había de cumplir el destino. ¡Las doce! El viento traía las lentas y graves campanadas del gran reloj de la catedral. ¡Todavía una hora! Así es nuestra naturaleza. Queremos que vuele el tiempo cuando las horas del deseo son las más hermosas. ¿Quién sabe cuántas decepciones nos ha de traer la realidad? No olvido, no, tus reflexiones de colegiala. Yo me quemo esperando, y busco presurosa la dicha soñada, creyendo que no puede ser más que dicha, tal como yo la deseo y la imagino. Si me engaño una vez, no por eso dejo de esperar lo que espero como si no me hubiere engañado. Cinco minutos antes de la

una ya estaba Luisa en mi cuarto. Al sonar la campanada, salió de puntillas. Yo me puse el dedo en los labios.

Unos minutos después caía en sus brazos. Ya puedes suponer con que emoción. Mis ávidos ojos le interrogaron.

—¡Oh, cómo te han hecho sufrir! me dijo besándome.

Yo sonreí con amargura.

—Lo sé todo. Esa madre tuya es una hiena. Pero hay un personaje en la sombra que la azuza. Déjame. No merecen compasión. Quieren escándalo, pues tendrán escándalo. Todo el mundo está indignado. No eres tú, son ellos los que están en la picota. Yo también tomaré un látigo para cruzarles la cara.

—¡Oh, es mi madre!

—¡Incomprensible naturaleza humana! ¿Por qué hemos de ser como no queremos? ¿Qué culpa tengo yo de ser un inválido, un cuerpo sin voluntad, un inútil? No, no puedo quitarme de encima la herencia de tantas generaciones. Así lo quieren. El trabajo nos humilla, y los vicios nos hunden. Dime todo lo que quieras, pero la culpa es de todos, de todas. Tuya también. No me hubieras amado plebeyo. Es una fatalidad.

Te he abandonado porque busco solución a mi vida, y estoy a punto de encontrarla. Pero, te lo confieso, también han influido mis vicios, siempre despiertos. De una cosa puedes estar segura, y es que te llevo dentro de mí como una luz salvadora. Te hablo a solas de mis esperanzas y de mis remordimientos. Unido a tí quisiera salvarme del envilecimiento de nuestra raza. Tú sabes lo que yo también he sufrido. Para el mundo soy dichoso, joven, noble, rico también, o como si lo fuera, que se divierte sin freno ni medida como elegido del destino. Pues, bien, no, mentira. Llevo a todas partes el amargor de la nulidad, de la ineptitud, de la impotencia. Por eso me embriago con el hachis del vicio para que me sonría el placer a todas horas. Quiero olvidar mi baja... ¿Lloras? Todo lo merezco.

—Oh! no. Te amo, te amo.

—¡Pobre Katy mía! ¡Hacerte sufrir tanto quien tanto te ama! Es incomprensible. Y me besó en la frente.

—Juntos seremos dichosos.

—Lo seremos. ¡Si vieras que dulce calor siento a tu lado! Se me ensancha el alma cuando estoy contigo, lejos de aquella juventud corrompida, de aquella crápula, de aquella baja.

Nuestra casta está paralítica y corrompida además. De allá vengo. ¿Hay manchas aún en mi cuerpo? Atame en tu nido, *madrecita*, no me dejes salir de esta jaula donde está mi amor. La libertad es para mí un peligro. Solo, caigo siempre. Tú me ayudarás. Tendrás dos hijos. Yo el más débil. ¿Verdad?

Oh! qué música fueron para mí sus palabras! Lo escucho en éxtasis.

—¿Pero qué quiere de tí esa gente? continuó. Cualquiera diría que aquí no hay más deshonra que la tuya.

—¡Oh, calla!

—¿Lo sabes? ¡Desgraciada niña! Por todos lados amarguras. Yo escupiré a la cara de ese hombre vil. Le abofetearé en público.

—No, por Dios.

—Es un cobarde, tan cobarde como ruin. ¿Quién tiene aquí derecho a condenarte? Perdona, Katy. Defendiéndote abro sangrientas heridas en tu corazón. Casi todas nuestras familias son así. En el casino, en los paseos, en todas partes, oirás cosas terribles. Nuestra piel está llena de verdugones. ¿Crees tú que todo es oro en la Vallehondo, por ejemplo? Cuéntamelo a mí, cuéntaselo al condesito de Arica, que no

respetaría ni a su hermana. Ya me dijeron cómo se ensañó contigo esa coqueta.

—¡Dios mío! ¡Qué cruel pesadilla!

—La santa realidad, Katy. No valemos dos cominos. Yo menos que ninguno.

—Valgas lo que valgas, mi corazón es tuyo. Nos salvaremos. No temas. Seremos fuertes. Yo seré para ti tu madre, tu hermana, tu amiga. Verás como te salvas sin sentirlo. Déjame a mí guiarte. Y vámonos lejos, muy lejos, donde no haya tentaciones. Ya verás que dulce ha de ser una vida así. Confía en tu Katy.

—¡Qué buena eres! No soy digno de tí. Porque yo no creo en mi regeneración. No puedo salvarme. Esto me llena de angustia. Imposible es ser feliz conmigo. Tómame como soy. No pidas más. Y de una cosa te has de acordar siempre: de que te quiero para mí yo bueno, para que seas mi refugio, para que me ames como si fuera la suma perfección, para que me hagas olvidar al *otro*, al que yo detesto, porque soy su esclavo, y me tiendas tus brazos amorosos sin lágrimas ni reticencias. La paz y el cariño en mi casa; los besos de nuestro hijo y tus besos. No me hables nunca de otra cosa. Mi salvación depende de lo que halle en el hogar. ¿Me compren-

des? Son tontos los que creen que es porque no queremos. Porque no podemos. Yo no sé que se ha hecho de mi voluntad: la he perdido. No tengo fuerzas para querer nada. Cuando pienso que es preciso determinar algo, el vértigo se apodera de mí. Me parece que se hace el vacío en mi cabeza. Esto es una enfermedad, Katy.

—Oh! no. Son aprensiones tuyas. No pienses más en eso. Yo seré tu médico. Nadie te cuidará como yo. Tu trabajarás.

—Trabajaré.

—Pero tengo una congoja.

—¿Qué congoja?

—La ruina de los míos. Tenemos encima cuentas, demandas, embargos. ¡Oh, la miseria! El dolor mudo de mi padre me llega al alma. Y nadie le da la mano. ¿Qué dirán de mí? ¿Cómo soportaré sus miradas? Siempre seré para todos una mala hija. Me parece que estoy hundida en un abismo.

—Pero si ellos se han labrado su ruina. ¡Lo que ha derrochado tu padre...! Ahora lo compadezco, porque es viejo. ¿No observas como todas nuestras casas se derrumban, cómo se deshacen todas nuestras fortunas? Ah! esa clase media se nos echa encima. Se apoderan de to-

do. Los cargos más altos, de ellos son. Los talentos privilegiados, entre ellos están. Las riquezas, a sus manos van a parar. Con ellos se casan muchas de nuestras mujeres. Es una ola de sangre nueva que se desploma sobre nosotros y nos ahoga. Pronto estaremos en su poder y les pediremos misericordia. Yo quiero rehacer nuestra fortuna en las tierras lejanas. Me haré fuerte también. Lucharemos, porque el trabajo me devolverá la voluntad perdida. Mantendremos nuestro rango. Allá serás una reina, Katy.

—Aunque me da miedo lo que me dices, ¡ir tan lejos! me regocija el alma, porque estaremos juntos siempre, sea cual sea la tierra a donde vayamos. Ah! no me dejes, porque eres para mí el aire que respiro.

—¡Dejarte! Nunca. Y me tomó de nuevo las manos.

—No podría vivir.

—Estás calenturienta.

—No. Me siento muy bien.

—Arden tus manos.

—Más arde mi corazón.

—Siento dejarte así.

—¿Volverás pronto por mí? Demasiado tiempo he estado sola.

—No lo dudes un momento. Todo lo tengo arreglado. La credencial no puede tardar mucho. Me lo prometió el ministro. Te avisaré en seguida. Hablaré con tu padre uno de estos días. Pero prométeme que el americano no acudirá jamás a tu pensamiento, porque...

—Oh! ¿Dudas de mí?

—No dudo. Sólo que el temor de esa ruina pudiera hacerte vacilar.

—¿He vacilado después de tantos suplicios?

—Tienes razón, mi Katy adorada. Eres una mártir.

—Piensa más en ti que en mí.

Quedó como pensativo. ¿Qué duda, que incertidumbre habría pasado por su mente? Yo lo contemplaba inquieta, pero feliz de poder contemplarlo a mis anchas. De mi alma se desbordaba la compasión. No, no tenía él la culpa. Se rebela, pero es impotente. ¡Qué noble es! Cuando esté a mi lado, yo lo salvaré. Seré más fuerte que el vicio. Mi amor y el trabajo me lo devolverán sano. Tenía la cabeza apoyada en una mano, la mirada vaga, incierta. Yo no quise despertarle para seguir devorándole con mis ojos. Pero, al fin, un temor desconocido, quizás los celos, me impulsaron.

—¿En qué piensas? le dije.

—Pienso en la cobardía de los hombres. Si tus hermanos no fueran lo que son, yo no te hablaría en estos momentos. Otros que no fueran ellos me habrían matado hace tiempo. Están más degradados que yo.

—No hables así, por Dios.

—Ni una mirada de odio, ni un gesto agresivo, ni una palabra insultante. ¡Nada! La más indecorosa indiferencia. Esa mujerzuela que se disputan les ha suprimido el sentido moral, si es que alguna vez lo han tenido. A su lado, yo soy la virtud misma.

—¡Qué daño me hacen tus palabras! Olvídalos.

—Mientras me acuerde de mí he de acordarme de ellos. Merecerían que fuera yo el que los abofeteara... ¿Y cómo has sabido lo de...?

Me cubrí el rostro con las manos.

—¿Quién te lo ha dicho, infeliz?

—Nadie. La fatalidad hizo que los sorprendiera hablando, hace más de un mes, dos quizás. No lo sé.

¡Pobre Katy!

Entonces acudieron a mis ojos las lágrimas. Lloré a mis anchas. Me tomó la cabeza y la hizo

reclinar sobre su seno, como la madre que quiere consolar a su hijo. Sólo se oían mis sollozos. Pero así refugiada, yo me consideraba feliz en mi dolor. ¡Tenía tanta sed de sus caricias! Estuvimos mucho tiempo adormecidos. Cuando despertamos me pareció que sólo había transcurrido un segundo. Al fin, llegó la hora de separarnos. En el silencio de nuestro dulce reposo oímos tres campanadas traídas por el viento. Se levantó. Recorrió mi cuarto mirándolo todo. Bien hice yo en ponerlo como una tacita de plata. Se acercó al velador, tomó el libro y lo hojeó. Al ver que era su favorito, vino a mí y me dió un beso largo y profundo, de esos que dejan huella para toda la vida. Yo sé cuantos me ha dado de ese modo.

—Adios, mi Katy.

—Adios. No tardes. Vuelve pronto por mí.

Y después de un fuerte abrazo y de otros besos, salió. Luisa acudió al momento, en cuanto abrimos la puerta. Y desaparecieron. Yo era feliz.

Si has tenido valor para leerme, muy cansada debes de estar. Un abrazo de tu Katy.

XVII

Muy mala debo de estar, amiga del alma. Tres médicos me visitan, los más renombrados de la ciudad. Contestando a mis preguntas, mi padre me ha dicho que, al fin, todo estaba ya arreglado. Un amigo ha tenido la generosidad de dejarle una cantidad importante, y a todos se ha pagado religiosamente. Esta gran alegría me pondrá muy pronto buena. Ahora me siento mucho mejor. Sólo me molestan unas punzadas en la cabeza, muy agudas algunas veces; pero no será nada. Los médicos se ríen delante de mí, y dicen que parezco una niña. Tienen razón. Las cosas se me confunden. No sé si es verdad lo que he soñado, o si es sueño la realidad. Algunas veces decía: «¿Conque también la Valle-hondo?» En ocasiones creo estar en el teatro. Y todo me marea, me da vértigo. Ah! la modista me ha traído ya el vestido. Me lo han enseñado. Es muy elegante.

Cuando esté bien y salga de *todo*, haré un viaje para verte. Los médicos me han dicho que me convendría mucho viajar. Cuando nos veas

a los dos tan majos, con el ama de cría y el chiquitín te vas a quedar como una boba. Mi padre me ha dicho también que ya él le había hablado, y que, en cuanto me levante, nos casaremos. Bien decía yo que no podía engañarme. Lo que hay es que todos le quieren mal, porque le tienen envidia. Mi madre viene a verme alguna vez. Y me parece que me miraba con cariño. ¡Pobre madre mía! También a ella le ha tocado sufrir. Esos negocios trastornan la cabeza. Y, luego, las mujeres somos niñas siempre, y el corazón es un déspota. Una de las cosas que más debieran educar en nosotras es la voluntad. La pasión nos arrastra, y no tenemos freno para detenernos a tiempo. Así son tantas las caídas. Muy pocas son malas. Es la ocasión, el vértigo de un instante, las palabras seductoras, la ilusión de que todo quedará oculto, o, quizás, la venganza, o la rebeldía de una esclavitud vergonzosa, ¡qué se yo! un mundo de enemigos que nos turban y nos arrastran. Mi único enemigo fué el amor. A veces es un peligro tener demasiada alma; otras, lo es no tener ninguna.

Lo más frecuente es que mi madre sólo pregunta por mí. En cambio, mi padre viene a verme con frecuencia. Se pasa ratos a mi cabecera

sin hablar, pero sus ojos me miran siempre con dulzura. Una sola vez han entrado en la habitación mis hermanos, y, sin sentarse, me preguntaron como estaba, marchándose en seguida ¿Pero de dónde me ha venido esta enfermedad? Sólo recuerdo que sentí un dolor muy agudo detrás de la cabeza y caí en mi cuarto. Muy extraño es que haya ocurrido ahora, después de la dulce entrevista, y no antes, apenas pasado mi martirio del teatro. Nuestro cuerpo no parece ajustarse a nuestra lógica. Lo único que puedo decir es que, desde hace algún tiempo, presentía yo una enfermedad grave, de esas que derriban de un golpe, sin piedad ninguna. A Luisa y Juana les he visto enjugarse las lágrimas a escondidas. Yo no quise decirles nada.

Mis amigas todas han preguntado por mí. Y él me ha escrito dándome ánimos, diciéndome, además, que vendría a verme uno de estos días. Los médicos lo han prohibido. La verdad es que todo ruido me molesta. Y como habían pasado días sin escribirte le dicto esta carta a Luisa, muy despacio, para no fatigarme. No quiero que estés sin noticias mías, porque pudieras alarmarte. Lo dejo porque no puedo más. Adiós. Katy.

XVIII

Al fin he podido abrazar a Nona. Pedí que me la trajeran, y me han hecho este favor. Yo no hacía más que mirar a la puerta. Cuando la ví entrar, me recliné sobre un brazo. ¡Con qué fuerza nos estrechamos! ¡Qué grande y hermosa está! Mis besos debieron de hacerle daño. Venía vestida de gris, con su abrigo de cuello y boca mangas de piel. Sus cabellos castaños, suaves y brillantes como el raso, le caían sobre la espalda en perfumadas ondas. ¡Qué cabeza tan hermosa! Me pareció una flor. Nada tan puro como su mirada, nada tan inocente como su sonrisa. También fuí yo así. ¿Por qué pasa tan pronto esa edad encantadora? Se salta como un cabritillo, se vive alegre como una golondrina. Todo es immaculado en estos cuerpecitos que se mueven como si no pesaran, a penas rozando el suelo. Todo eso lo perdí yo para siempre. Mi hermosura y mi juventud están ya marchitas, y la enfermedad se come mis carnes lentamente.

—¿Por qué estás mala, Katy? me dijo acariciándome cariñosamente.

—No lo sé, mi hermosura.

—Porque has hecho algún pecadillo, dijo riendo.

—Puede ser, niña mía.

—Pues no lo vuelvas a hacer y te pondrás buena.

—Te juro que no lo volveré a hacer.

—Si hubieras ido a la fuente con nosotros estarías como yo. ¿Irás?

—Sí que iré.

—¡Hay un agua...! Parece hielo. Y más árboles... Tú les tienes miedo a las vacas. Yo no. Juego con ellas y me miran con aquellos ojos tan grandes...

—Porque tú eres valiente, y además, te conocen.

—Las cojo por los cuernos, así, y no me hacen nada. Ah! yo cuido las gallinas y los conejos. Todas las tardes les doy de comer. Tengo una amiga que se llama Juana y jugamos a muñecas. Se enfada porque las mías son más bonitas que las suyas, y quiere cambiarlas.

—¿Y tú se las cambiaste?

—¿No te digo que son más bonitas?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—¡Vaya! ¡Cómo no son tuyas...!

No sé cuanto tiempo la tuve a mi lado. Su charla viva y graciosa me llenó el alma de regocijo. Estas son las medicinas que yo necesito. Me levantan las fuerzas abatidas. Quedamos en que volverá dentro de unos días, y en que yo iré allá tan pronto esté buena. Las monjas la quieren mucho. ¿Habían dicho algo de mi en el colegio? Estas cosas se filtran en todas partes y rozan los labios más puros y los oídos más inocentes. Bien me acuerdo de mi vida de colegiala, ¿verdad? No, ella no sabrá nada por que nada puede entender todavía.

Mi buen cura del Rodrigal ha venido también a verme. Sus zapatotes grandes y recios hundían la alfombra chillando. En su cara morena y tosca hay una franqueza que me encanta. Es un amigo que conoce todos mis pensamientos, todas mis amarguras. Me anima siempre. Me dice que lo que Dios tiene decretado, duela o no duela, eso es lo justo, aunque nosotros no lo entendamos. Que yo no soy culpable sino en muy poquita cosa. Que soy una tonta en cavilar como cavilo. «A curarse, a curarse —me ha dicho—. Ya verá V. que paseos vamos a dar por el campo. Las alfombras de por allá es la hierba fresca y viva. Se pondrá V. unas

botas como las mías y treparemos por los riscos como cabras. Mucho aire puro: esa es la salud. Déjese V. de pamplinas y alégrese. Ah! le he traído a V. un ramo de florecillas del campo. No hay otras. Las verá V. ahora, pero se las llevarán, porque siempre marean, aunque no sea muy agradable su perfume. Otra cosa. Caín la busca a V. por todas partes. Está de muy mal humor. Hay momentos en que no hay quien le pase la mano por el lomo. Un día se lo traeremos para que lo vea V. saltar de alegría. Habrá que sujetarlo por que la pondrá hecha una lástima. Y toda aquella gente es como el perro». Y así continuaba mi buen cura produciéndome su charla el mismo bienestar que un baño de mar en días calurosos.

Me parece que estoy bastante mejor. La luz que entra por la ventana me trae alegría. Las estufas están encendidas. Así es que el ambiente es tan tibio como en primavera. Estar postrada en cama en invierno es doble tristeza. Aun no quieren los médicos que entren en mi alcoba. Me parece que es una exageración. Luisa, que es la que escribe, me suplica que lo deje, porque debo de estar cansada. No quiero disgustarla. Adios.—Katy.

XIX

Ya ves cuanto tiempo ha transcurrido sin ni siquiera poder dictar dos líneas. He pasado noches muy malas, algunas delirando. ¡Qué terribles escenas! Todavía me acuerdo de la siguiente: Me llevaron a un desierto y allí me dejaron sola sobre un suelo ardiendo. Por todas partes oí rugidos espantosos. No podía gritar. Y llegaron fieras hambrientas, cogieron con sus garras mis cabellos y me arrastraron dando saltos por entre zarzas que me desgarraban las carnes. Se detuvieron al borde de un precipicio, y me dejaron sola otra vez. Yo estaba asida a una mata, para no caer. De pronto, empezó a salir de aquel abismo, muy despacio, el único hombre que aborrezco. Reía a carcajadas, que después se convertían en truenos. Se me heló la sangre en las venas. Luego, se inflamó el aire y multitud de llamas se enroscaban en mi cuerpo. Pude gritar. ¡Qué gritos tan horribles! Nadie vino en mi ayuda. Y desperté. Luisa estaba a mi lado con las lágrimas en los ojos. Al principio, no supe donde estaba. Cuando recobré la razón,

observé que me habían puesto hielo en la cabeza. ¿Por qué será?

Tengo el corazón apretado. Me cuesta mucho respirar. Alguna vez he sentido sollozos junto a la puerta. ¿Tan enferma estaré? Los médicos siguen diciéndome que estoy mucho mejor. Los creo, porque, realmente, yo no me siento mal. Lo que sí estoy es abatidísima. No, yo no quiero morir. ¿Qué sería de mi hijo, que sería de él? ¿Estar eternamente sin verlos, sin haber más que noche bajo mis párpados cerrados...? Imposible. Oh! un sudor frío brota de todo mi cuerpo. Me arde la cabeza. ¿Qué estaba yo diciendo? Por eso no quieren que nadie me hable. La pobre Luisa me dice que se le ha roto la pluma para que no dicte más. Otro poco y concluiré. Es que me consuela mucho. ¡Qué cambiada me hallará cuando venga! Están devorando mis carnes para que huya de mí. ¡Yo que era tan hermosa! Dicen que mis ojos hacían olvidar los pesares por grandes que fueran; que mi sonrisa hacía abrir las flores. Yo me acuerdo de estas palabras y de otras muchas que tanto halagaron mis oídos. Para *él* lo guardé yo todo, todo. Y ahora ¿qué soy? Una piel de cera cubriendo sólo huesos. Me doy miedo a mi misma.

Pero yo quiero vivir... ¡Oh, vivirl... Que me den a beber vida y me salvarán. ¿No conocen eso los médicos? . . Sí, trabajaremos como dos héroes y seremos felices. El me ha enseñado a amar el trabajo...

¡Vienen! Ruega por tu amiga Katy.

XX

He estado tres días entre la vida y la muerte. No recuerdo casi nada de lo que pasó por mí. ¿Verdad que es un misterio como el alma puede olvidar? Si en ella está todo lo que es nuestro ¿por qué no ha de estar siempre presente? ¿Es posible que yo haya podido pasar todo ese tiempo sin pensar en él? Yo no lo concibo. Porque es algo más que tenerlo dentro de mi alma: es mi alma misma. Yo recuerdo que la primera vez que le ví—venía de la Corte con su familia — me pareció que me cambiaban la vida. Mis ojos vieron cosas nuevas; mis labios pronunciaron palabras desconocidas; oí el timbre de voz más dulce que el nombre de madre; mi corazón empezó a latir sin que yo supiera por qué; mi pensamiento no pudo ir más que por un solo camino. «¿Qué han hecho

de mí?» decía yo llena de confusión y de inquietud. Iba de corto todavía. Cuando me dijo que me amaba y me preguntó si yo le quería, creí caer sin sentido en su presencia. Tan pálida me puse que él se asustó. No le pude contestar. Mis amigas acudieron y me llevaron al jardín. Una de ellas me puso una rosa en los cabellos y me dijo al oído: «Te la manda él». Guardada la tengo todavía entre mis más ricas joyas.

¡Oh, mis recuerdos, mis más dulces recuerdos! A vosotros me abrazo y en vuestro seno quiero dormir. Cuando os ponéis delante de mis ojos, empiezo a hablar y a sonreír como antes hablaba y sonreía. Me inclino para besaros, alargó la mano para tocaros. Ah! el vacío nada más! ¡Todo engaño y mentira! Mi ojos se llenan de lágrimas, el corazón late con violencia, y siento la terrible congoja de una madre que busca en vano a su hijo en la cuna vacía. Pero siempre me hacen bien esas visiones que fueron el encanto de mi vida. Serenan mi espíritu y me fortifican para los pesares del porvenir.

Realmente, estoy mucho mejor. Ahora dicen los médicos que cuando me levante, dentro de una semana o poco más, conviene que vuelva al campo para reponerme pronto. Mi padre me

ha anunciado para mañana o pasado la visita del americano, que volverá pronto a su país. Yo admiro la generosidad, la abnegación de ese hombre, porque no puedo admitir que lo sacrifique todo por la tonta vanidad de casarse con una noble. No puede ser. Hay en su conversación, siempre amable y delicada, un acento de decoro y dignidad tan claro, tan transparente, que no hay que pensar en un remedo hipócrita. ¿Será él quien nos ha salvado de la ruina? ¿Qué dirán de nosotros en su país? Callará, tal vez. Me parece grande su nobleza de alma. Ahora veo que también hay ricos *de los otros* que merecen que les estrechemos la mano. Lo que me acongoja es la antipatía que él le tiene. Le han engañado seguramente. Yo quisiera que tuviera ocasión de hablarle, y lo conocería. Entonces podrían separarse como buenos amigos.

Hoy he recibido carta suya. Me dice que iremos juntos al Rodrial ¡Oh, si ese sueño se realizaral Cree que la credencial ha salido ya de Madrid. De manera que será cosa de pocos días. Si no estuvieras tan lejos, estoy segura que vendrías a nuestra boda. Tu marido si que trabaja. ¡En esas Audiencias debe de haber tanto que hacer...! Y, luego, no pueden abandonar su puesto.

¡Qué feliz eres tú! Obligaciones, deberes.. ¡Cuánta falta me hace a mí todo eso! Es decir a *él*.

Todavía necesito descanso. Besos a tus niños. Katy.

XXI

Mi convalecencia va por buen camino. Ahora ya puedo tomar la pluma, pero como es muy molesto escribir en la cama, sigo dictándole a Luisa. El americano ha cumplido su palabra: vino ayer a verme. Su conversación ha caído sobre mí como un rocío, como una brisa saludable. Por primera vez, quizá, se me reveló la estrechez de nuestras cosas de provincia. Mientras él hablaba yo veía a mis hermanos, ignorantes, engreídos, degradados, llenando todas sus horas con el juego, las queridas, la murmuración, dando vueltas por nuestras calles en busca de *caza*, sin ideas, sin aspiraciones, despreciándolo todo con la sonrisa de un dios idiota. ¡Ah, que vergüenza! Y aquel hombre culto y generoso azotaba nuestra vanidad con la música de sus palabras y la grandeza de sus ideas. Parecióme que *él* me hablaba transformado en otro, como en sueños. Porque su alma también es noble y

buena, y quisiera levantarse de la degradación en que los nuestros viven. Y yo creo que lo conseguirá.

Estas ideas mías se han formado lentamente. Mis constantes lecturas las han desarrollado encarnándolas en mi espíritu. Por eso soy entre nosotros una rebelde, que mira con cierto desdén la vida que llevamos hembras y varones. Es tal la pobreza de nuestro pensamiento, de nuestros gustos, de nuestras ansias, que me parece muy natural que nos degrademos. No es que nos falten hombres de talento. Lo triste, al menos para mí, es verlos cortados todos por el mismo patrón, pensando lo mismo, haciendo lo mismo, como si todos tuvieran la misma maquinilla dentro. Una de las cosas que más me sedujeron en él fué su independencia de carácter, la originalidad de su pensamiento, lo levantado de sus aspiraciones. Los demás llamaban a todo esto excentricidades, plebeyismo intelectual. Y he aquí el punto en que coincidimos los dos en cosas de democracia. Un hombre de grandes ideas, sano de alma, me parece hoy un mensajero divino. Por eso el americano se ha llevado todas mis simpatías.

Pero, a pesar de todo, esas palabras de de-

mocracia y de clase media me son antipáticas. No podría consentir en despojarme de nuestra distinción, de nuestra clase noble, de la seducción de nuestros apellidos, de las gloriosas tradiciones de nuestra raza. Sí, yo amo nuestra nobleza. Por algo superior pertenecemos a ella. ¿Verdad? Pero debo callar.

Como ya estoy casi del todo bien, Luisa, contestando a mis preguntas, me ha enterado de muchas cosas desagradables. Al fin, mis dos hermanos se embistieron en casa de la mujer que se disputan, al parecer, con verdadera saña. Ella cayó con un síncope junto a ellos. Todo pasó a puerta cerrada, en silencio. El mayor, que ya tiene canas, quedó herido. Manolo salió sin cuidarse de él. ¡Y todo por una mujerzuela! Así somos. ¿Crearás que ha desaparecido otro cuadro? Un Mengs precioso, retrato de una niña con entonaciones nacaradas, y una expresión tal de inocencia que me llenaba de emoción. Mi padre lo ha echado también de menos; pero no ha desplegado los labios. Se pasea silencioso con la cabeza baja. Luisa lo ha visto. A veces se detiene, levanta la cabeza, se pasa la mano por la frente, como si quisiera borrar algo que le hace sufrir, y, luego, emprende otra vez la

marcha, lentamente, de uno a otro lado de la inmensa sala de los retratos. Y pasa como una sombra ante los viejos tapices y los cortinajes, en la semi-oscuridad que es como la pátina de nuestras regias habitaciones. Así pasa horas enteras sin permitir que vaya nadie a interrumpirle. Juraría que en esos momentos se acuerda alguna vez de su pobre Katy.

Tiene el cabello casi blanco, y lo mismo el poblado bigote que tantas veces siendo niña sentí sobre mi frente al besarme. Es alto y fuerte y se mantiene erguido como un hombre de cuarenta años. Con todo el mundo se muestra afable, pero marcando siempre la distancia y haciendo recordar el respeto debido. Su vida ha sido igual a la de todos los nuestros: juego, caballos, perros, escopetas, mujeres solteras y casadas, y algún viaje, más bien hecho por vanidad que por gusto. La única nota que da a su vida relieve es un desafío, de hace ya muchos años, en el cual mató a su adversario. Fué por una palabra irrespetuosa dirigida a su madre. Esto le da una aureola que impone y admira. De ese lance no habla nunca. Ha visto venir nuestra ruina con una impasibilidad desconcertante y admirable, a la vez.

Y ahora vas a conocer la terrible duda que desde hace algunos días me atenace. ¿Será Nonna hija de mi padre? No sé como tengo valor para decirlo. Una noche, esa duda se presentó a mi pensamiento como si saliera de un abismo. Me quedé aterrorizada. Un ser invisible, tal vez el espíritu de un muerto, la murmuraba en mi oído. ¡Pobre niña de mi corazón! Ahora la quiero mucho más. ¿Habrá pronunciado ya su nombre la maledicencia? Estas fatalidades de nuestro destino son el manjar preferido de los difamadores. Se está seguro de hacer un mal irremediable, y hacerlo es para esos desdichados el placer de los dioses. ¡Oh, prenda mía! Te aseguro que mis besos te harán más daño ahora.

Permíteme que termine. Tengo apretado el corazón. Tu Katy.

XXII

Oye el gran acontecimiento. El te dirá si tengo o no motivo para estar alegre. Me parece que ya estoy libre de toda mancha. Ya hacía yo bien en quererle. Y luego, ¡tan inesperado! Yo estaba embebida en mis eternos pensamientos. Nadie me acompañaba. Aquella soledad me era

dulce. Al caer de la tarde, cuando el crepúsculo descendía como una lluvia de tristeza, ví a mi padre en el marco de la puerta. Se adelantó pausadamente y se sentó a mi cabecera.

—¿Cómo estás? me dijo.

—Me siento muy bien, le repliqué.

Tenía unos papeles en la mano; los guardó en el bolsillo interior de la americana, y quedó en silencio. Yo estaba inquieta, buscando en su mirada la revelación de su pensamiento. ¿Iría a decirme algo doloroso? En sus facciones noté huellas de secreto dolor, sufrido a solas demasiado tiempo. Aquel semblante severo, tan querido para mí, empezaba a alterarse, más por los pesares que por la vejez. El árbol se rendía a la violencia del vendaval. Había llegado el momento en que el pasado se une al presente para hundirnos. Ya la vida, a su edad, no tiene encanto alguno. Viaja en ella como dormido. Sólo el pensar debe de estar en él despierto.

—¿No ha venido hoy a verte *ella*? dijo al fin.

—No ha venido, le repliqué.

Y de nuevo volvió a su inmovilidad y al silencio. El corazón me decía que iba a pasar algo solemne en aquella hora melancólica. Sus latidos se aceleraban. ¿Cómo es que tenemos estas adi-

vinaciones repentinas, que nunca engañan? Son, tal vez, muchas cosas pequeñas, que cada una en sí, nada dicen; pero que, reunidas en un instante, señalan un camino, una dirección. Volvemos la cabeza, se rasgan entonces las sombras que ocultan lo venidero, y allá en el fondo de la lejanía vemos la imagen pálida de un dolor, o la sonrisa alada de una alegría, es decir, lo mismo que esperábamos. ¿Será, tal vez, misterio de un orden sobrenatural que nos envuelve sin darnos cuenta? A nuestra pobre inteligencia le está vedado penetrar en estos abismos del alma. Nos creemos libres y quizá no somos más que guiados. ¿Quién sabe hasta donde llega el poder de lo que no conocemos? De mí sé decir que, en aquel instante tuve la intuición de que lo que iba a pasar no era doloroso. No razonaba, sentía. También es posible que haya una comunicación invisible entre dos seres, poco precisa, vaga; pero que puede poner al unísono dos almas en un momento dado. Sea lo que sea, yo estaba entonces bajo una de esas influencias desconocidas que nos impulsan en una dirección sin saber por qué. Un enternecimiento vago se apoderó de mí, y tuve ganas de llorar.

Mi padre, con asombro mío, me tomó una

mano y la guardó en la suya. Aquel contacto dulce me produjo un ligero temblor, y un fugaz desvanecimiento. Luegó alzó los ojos y dejó caer su mirada blanda sobre mis ojos sedientos de cariño, y, sin apartarlos, dijo al fin:

—Te han hecho..., te hemos hecho sufrir mucho, mucho, hija mía.

Yo acerqué mi otra mano a la suya y se la estreché llena de emoción, sin poder articular una palabra. Mis ojos se quedaron abiertos, llenos de asombro, estremecidos de ternura. No podía dar crédito a mis oídos. ¡Era aquello tan desusado! ¡Tan pocas veces me habían acariciado sus manos venerables y queridas! Y mi asombro y mi ternura eran mayores al pensar que yo le había negado algo muy grave que me había pedido, tan grave que podía llevarlos a la miseria. Y, olvidándolo todo, él estaba allí con su mano entre mis manos, vertiendo un consuelo en mi alma dolorida.

—Sí,—continuó—mucho te hemos hecho sufrir todos.

—¡Padre! dije yo levantando el cuerpo. El lazo que sostenía mis cabellos se deshizo, y cayeron por mis hombros y mis espaldas sus crenchas desordenadas. Mis ojos empezaron a nu-

blarse. Una ola de angustia invadió mi corazón. Cogí entre las mías su mano temblorosa y la cubrí de besos, besos de congoja, ansiosos de salir de mis labios, mezclados con mis ardientes lágrimas que debieron quemarle la piel. Todo lo que había en mí de pecadora estaba en aquel instante prosternado ante el que me dió la vida. Perdí la noción del tiempo.

—Pues bien, sí — dijo inclinando su cabeza sobre la mía, yo te perdono, Katy....

Dí como un salto, le eché los brazos al cuello y lo estreché hasta quedarme sin aliento. Cayó mi cabeza sobre uno de sus hombros y un mar de lágrimas empezó a correr de mis ojos. ¡Dios mío! ¡Jamás fuiste tan bueno con esta infeliz criatura! Si el amor es mi vida, el perdón de mi padre es algo más que la vida, porque parece que la naturaleza toda se apiada de mí, y me levanta tan pura como cuando nací.

—Hija mía, no culpes a tu padre.

—Oh! no, no, jamás, dije entre sollozos.

—Porque yo he sufrido tu martirio tanto, más que tú misma... Yo también llevo mi silicio.

Quando le oí este grito de dolor, más amargo que la hiel, lanzado quizá por primera vez en su vida, ante su pobre hija aniquilada por el

amor y la enfermedad, se abrieron las cataratas de mis ojos, y lloré como nunca pudo llorar criatura humana. ¡Oh, desdichado padre mío! En tu corazón vive desde hace muchos años el tormento. Has callado como se callan los grandes dolores. ¿Por qué no te eché antes mis brazos al cuello? Evité poner el dedo en su sangrienta herida, y dije llena de emoción:

—¿Me perdona V., es cierto que me perdona?

—Sí, Katy, todo te lo perdona tu padre, y Dios también, porque has hecho una cosa que en esta casa no hizo nunca nadie.

Mis ojos lo interrogaron ansiosamente.

—¡Amar! contestó visiblemente conmovido. Y sentí caer sobre mi brazo una lágrima. Mis labios la besaron.

—Oh! que viva yo eternamente—pude decir—para adorarte, para consagrarte todos mis pensamientos, toda mi vida. Mi amor es demasiado grande, padre mío. Ya ve V. como me ha consumido, como ha chupado toda la sangre de mis venas; como ha dejado a su pobre hija, que dicen que fué hermosa. Oh! no, yo no soy mala, yo no soy mala!

Y los sollozos me ahogaron las palabras.

—¿Mala tú? ¿Quién sería entonces bueno en esta casa? ¡Pobre Katy!

Y me pasaba una mano por los cabellos, como lo hubiera podido hacer con Nona. ¡Siempre juntaba su dolor al mío! Es que dos almas que sufren se acercan, se abrazan, se confunden. ¡Y hay miserables que echan a la cara este dolor como una vergüenza! Perdónalos, Señor, que no saben lo que hacen. Nuestras almas se habían fundido en una. Pero aquella sola lágrima de sus ojos me escaldó a mí más que todas las mías. Era el llanto de muchos años condensado en una pequeña gota. Abrasaba.

—Es V. el mejor de los padres, dije y le besé la frente sudorosa.

Se quedó como abismado, con la vista fija en el suelo, altas las cejas, con todos los signos de un dolor que no se esconde y se sufre con heroica resignación. Yo miraba sus nobles facciones con verdadero éxtasis. Ocultos instintos de madre me impulsaban a acariciarle y a llevar consuelos a su alma atribulada. Cogí entre mis dedos un mechón de sus cabellos blancos y los besé con efusión infinita. Hubiera querido tener cien almas para inundarlo de cariño y animar sus ojos. Yo estaba sentada en la cama, con mis brazos alrededor de su cuello; y él tenía uno de los suyos enlazado a mi espalda. ¡Per-

donada! Ahora sí que puedo desafiar a todas las almas ruines. Sentí por primera vez, desde que sufro, entrar la vida en mi cuerpo aniquilado, y latir la sangre en mis flácidas venas. Parecióme que mi cuerpo, por un bautismo providencial, había quedado limpio de toda mancha, y se envolvía en una luz de redimida, celestial vestidura de los santos. Dentro de mí algo sonreía.

De pronto, apareció en la puerta mi madre. Volvimos la cabeza. Yo me quedé sin aliento, temblando. ¿Qué iba a pasar allí? Turbóse al vernos, y no se atrevió a dar un paso. En sus labios finos circuló un ligero estremecimiento de cólera, que pronto se convirtió en una sonrisa que me dió miedo. Había en su actitud un no sé qué de agresivo, de odio reprimido, de venganza no satisfecha. Sus ojos se clavaron en los míos con irritación enconada. Tenían delante una alianza y una acusación. Mi padre se deshizo de mis brazos, se levantó y blandamente me reclinó sobre la almohada. Me besó en la frente y dijo al marcharse:

—Duerme ahora. Piensa en que tu padre te quiere y..

—¿Y...? dije yo levantando la cabeza.

—Y te perdona.

Mi madre le hizo paso, y él salió. Ella se quedó un momento sin saber qué hacer; y al fin, volvió la espalda y desapareció. Largo rato me quedé con la cabeza levantada y los ojos clavados en la puerta. Luego, caí desfallecida y cerré los ojos como para huir de una visión que me hacía daño. Me pareció que estaba soñando. Volví a mirar temerosa. ¡Nadie! La noche había cerrado. Todo quedó en el más profundo silencio. Me incliné de nuevo, levanté un brazo, miré arriba, y salió de mis labios este grito salvador. ¡Perdonada! Y volví a caer sobre la cama con el corazón abierto a la esperanza. Tu Katy.

XXIII

Yo echo cuentas. Será para dentro de mes y medio, o cosa así. Cuando estoy sola me pongo a escucharme dentro de mí. De vez en cuando una ligera sacudida en las entrañas me hace estremecer de gozo. Vida de nuestras vidas, creada en el misterio y en el misterio sostenida. El vientre me abulta menos de lo que yo creía. Yo palpo en uno y otro sitio para ver si descubro una forma perceptible. Una sacudida inesperada me sobrecoge de sorpresa, pero nada

más. Y cuando pienso en el instante supremo me dan escalofríos. ¿Resistirá este pobre cuerpo tan duro trance? He oído decir que las primerizas corren gran peligro. Y mi debilidad es tan grande que yo no sé de donde sacaré las fuerzas. ¿Quién estará a mi lado? ¿Tendrá valor mi padre? ¡Si al menos estuvieras tú aquí...! Tengo miedo que me dejen sola.

Anoche tuve un sueño horrible. Al despertarme, el corazón se me quería salir del pecho. Iba yo por las calles en camisa y con mi sombrero puesto. En todas las esquinas se arremolinaba la gente para leer un gran anuncio pegado a la pared. Me acerqué y leí esto: «Esta noche, a las ocho en punto, la señorita *soltera* doña Katy de Monpicar dará a luz un robusto niño en el teatro de Calderón. Habrá bandeja. El producto íntegro se destinará a la adquisición de una tumba para niños bastardos». Los ojos se me querían saltar de las órbitas. Tanto palidecí que empezaron a mirarme. No era mi extraño traje lo que les llamaba la atención, sino mi palidez de muerta. Se decían unos a otros: «será para ella». Un frío glacial circuló por todo mi cuerpo. Acercóse a mí una mujer y me dijo al oído: «dícales que es V. madre». Y des-

apareció. Poco después oí una voz a mi espalda, que decía: «¡Hola! Ya viene esta a ganarse el jornal.» Volví la cabeza. Era el abogado de brazo con mi madre. Me enseñó alzándola al aire una esquila mortuoria, y dijo riendo: «se rifa.» Quise escupirle a la cara, pero no salió saliva, sino un hilo de sangre que empezó a correr por una pendiente que daba al mar, hasta parecer un río. Y en aquella sangre se estaba ahogando un hombre. Me miró angustiado. ¡Era él! Dí un grito terrible y desperté. Aún tiemblo. ¿Tendrán un sentido oculto estos sueños que llenan de espanto? ¿Nos querran advertir algo los invisibles? Yo lo que sé es que me turban como todas las cosas que vienen de la eternidad.

Oye la noticia que Luisa me acaba de dar: Parece que el Rodrigal lo ha comprado el americano. Según dicen, ha dado por él ochenta mil duros. Y la verdad, ya se conoce bien en casa, porque tenemos nuevos criados, un tronco de caballos nuevo, un servicio de comedor espléndido, otra vez maestro de esgrima para mis hermanos, más perros y más escopetas, en fin, un tren más aparatoso que antes. Se han pagado, a lo que dicen, cuarenta mil duros de deuda. De modo, que hay para gastar cuarenta mil,

por lo pronto, y luego, otros cuarenta mil en deudas futuras. Y a esto, sin duda, llamamos nosotros estar salvados. Pero ¿y después? Ese *después* es una cosa tan vaga que no nos preocupa. Si quieres que te diga la verdad, yo también respiro. La pequeña impresión que me producía *eso* ha desaparecido. Es imposible cambiarnos.

¿Será verdad lo que *él* dice? ¿Nos hundiremos, al fin, todos? ¿Conque el trabajo es y debe ser una cosa santa? ¿Dónde ha ido a sacar esas ideas? ¡Y qué hermosas son en sus labios adorados! Me extasío escuchándolo. Trabajar, luchar, conquistar, llegar a la cima por nuestro propio esfuerzo, únicamente por el poder y el mérito de nuestra voluntad y de nuestra inteligencia, sin deber nada al pasado, ni pergaminos, ni blasones, ni escudos. ¡Oh, cómo se anima y se entusiasma cuando predica esta buena nueva. Sí, sí, le digo yo. Trabajemos, luchemos juntos, hasta conquistar una gran posición. Pero cuando se va, cuando me quedo sola, huye el encanto, se desvanece la ilusión, soy Katy de Monpicar, la noble Katy de Monpicar, y el trabajo no es más que el trabajo, una cosa propia de los otros, nacidos ya para eso. Yo no diré jamás palabras tan duras, pero ¡qué quieres!

las siento dentro de mí con esa misma dureza; y no puedo destruirlas ni cambiarlas. Me las dicta una fuerza superior a mi razón y a mi voluntad, que tal vez no sea mía solamente sino de todos nosotros. Mas como él es mi dueño y mi señor que haga de mí lo que guste.

Lo que yo no puedo comprender es con qué fin ha comprado el Rodrigal el americano, sabiendo que no ha de volver más a Europa. Aquí debe de haber algo oculto. ¿Será preciso desconfiar de ese hombre que tan bueno me pareció siempre? Tanta doblez sería una cosa repugnante. Y hay maneras de hablar, miradas y gestos, que no engañan nunca. Cuando una persona oculta algo traidor, todo se altera al pasar por encima de esa mancha. Los ojos miran mal, huyen de la línea recta, hay como sombras en las pupilas, cuyo acento es tembloroso, inseguro, como inseguro y tembloroso es el acento de la voz y del ademán. Son cosas imperceptibles. pero, como son muchas y nunca duermen, hablan aunque se quiera que callen. Mi caída me ha enseñado a leer en los rostros lo que no se puede decir teniendo hambre de decirlo. Y he llegado a no ver más que este lenguaje de signos fugaces, siempre envenenados. Pues bien, el

americano habla la verdad; es un hombre honrado.

Mi madre no ha vuelto a verme desde aquel día memorable que yo llamo de mi perdón. Se contenta con preguntar por mí. A decir verdad, no me da pena ni alegría. Y, después del terrible sueño de anoche, prefiero pasar algún tiempo sin verla.

¿Saldrá cierto lo que me dices? Te besa tu Katy.

XXIV

Estoy sola en casa. Hoy se han marchado todos a Constanza, la única hacienda algo importante que nos queda. Se han ido en un carruaje nuevo con el magnífico tronco que acaba de comprar mi padre. Los criados les acompañan en uno de los coches que teníamos. Van de fiesta para celebrar la entrada del dinero por esa venta misteriosa del Rodrigal. Tres o cuatro familias invitadas han ido en sus carruajes propios. Ah! yo conozco esas fiestas, esas excursiones, esas comidas, esos bailes. De todo eso salimos embriagadas, con el cuerpo palpitante de

emociones. Está la Vallehondo. Ella, mejor que ninguna, sabe gustar de ese delirio que arde en los ojos, en los labios, en las manos que oprimen, en los alientos que se confunden, en las palabras que hacen estremecer los sentidos, en los cabellos que se desarreglan, en los pliegues que moldean las formas, en el olor que se exhala de los cuerpos... Porque yo no olvidaré tan pronto lo que ví y lo que oí en esas fiestas que la juventud adora. Y la juventud nuestra, la nuestra, está tan corrompida que el descaro y el atrevimiento son moneda corriente. Nosotras nos habituamos. Pero yo te juro, Sola mía, que salí siempre pura de aquel mar de tentaciones. Era de mármol. Mis ansias, mis anhelos, mi vida toda estaba en otra parte. Esperaba un acontecimiento, una aparición, que había de disponer de mí para siempre.

El rodar de un coche, el ruido de una puerta, una voz desconocida, todo lo inesperado me hacía volver la cabeza y latir fuertemente el corazón. Para lo demás yo no existía. Era una enfermedad, ya lo sé. Pero en esa situación, nada extraño podía penetrar dentro de mí. Estaba libre del contagio. Mis amigas, no. Ellas bebían a grandes sorbos aquel delirio que les hacía pasar

noches de insomnio, o tener sueños de voluptuosidades a penas entrevistas. Unas a otras se lo decían. A mí me lo confesaban, y yo no sabía que responderles. Sí, ya conozco esas fiestas. Estoy muy bien sola.

Poco a poco, apoyada en el brazo de Luisa, he subido por primera vez después de tanto tiempo, a la biblioteca. Me dejé caer en mi sillón de cuero con clavos dorados, junto a la mesa en donde estaba abierto el último libro que leí. Luisa me dejó. Mis ojos recorrieron las viejas estanterías ante las cuales pasaba yo como una mariposa en busca de mis flores predilectas. ¡Qué triste está ahora para mí aquella sala inmensa! La soledad y el silencio caían sobre mí como la agonia de un crepúsculo en alta mar. Junto al libro estaba aún un pañuelo mío. Las horas allí pasadas, antes de venir él, de inquietud y desasosiego, y desde que le ví, de sobresaltos de amor, han huido ya para siempre. Un pesar negro me envenena ahora el alma. Ni lo veo, ni lo oigo, ni su mano acaricia mi mano. Quisiera aborrecerle porque me deja envilecida, deshonrada, y cada día le amo más, mucho más. ¿Es una maldición, o una gracia venida de lo alto? ¿Me protege Dios o me condena?

Tenía frente a mí la ventana abierta. Sobre el dilatado caserío se alzaban esbeltas las altas torres de la catedral, bañadas en luz. La estufa ha entibiado el ambiente, y me hago la ilusión de estar en primavera. ¿Sabes qué leía yo entonces? *Corina*, de madama de Stael. Ahora, la lectura me fatiga, y, lo que es más, no me interesa. Tus cartas son mi único alimento espiritual. Una pequeña alegría tuve en aquel momento. Cuando más absorvida estaba en mis eternas cavilaciones, sentí que me tiraban del vestido. Era *Tito*, mi gato, blanco con manchas negras. Traía su lazo azul al cuello. ¡Mi buena Luisal! Ella me lo mandaba bien peinado y en traje de fiesta. De un salto se subió a mi falda. No me cansé de acariciarlo. Ya ves, el compañero de mis lecturas, de mis sobresaltos, de toda mi locura de amor. Sus ojos dulces me miraban y parecían decir: «No te apures, Katy. Todo se arreglará» ¡Buen arreglo ha tenido todo, pobre Tito! Y ruega a Dios que este sillón no quede pronto vacío. Entonces, irás de un lado para otro buscándome y no me encontrarás. Tu Katy se habrá ido para siempre.

Me puse a contemplar el busto del cardenal. Tiene el semblante ceñudo, algo de inquisidor.

Allí está desde hace muchos años. Yo lo encontré lleno de polvo, rodeado de papeles viejos, uno de ellos con una gran mancha de tinta, y sobre él un tintero volcado. En el suelo había libros abiertos. Del techo cuelga una gran lámpara de cristal con adornos dorados, hoy ya reluciente, antes cubierta de polvo. Dicen que el cardenal se estaba allí estudiando hasta las altas horas de la noche. Muchos de los libros están en latín. Algunos tienen marcas escritas de su puño y letra. Yo encontré una que hablaba de Godoy y de la revolución francesa. En una semana lo dejamos todo limpio como un espejo. Me pareció que el busto se alegraba un poco. Los colgantes de las lámparas se llenan hoy de los colores del iris. Los libros quedaron limpios y en su puesto. Había sonado para el busto la hora de la reparación. Llegué a ponerle cariño, y, de cuando en cuando, suspendía la lectura para mirarlo: era como un verdadero amigo. El no se sonreía, pero parecía decirme: «Haces bien, Katy, los libros elevan el alma y la consuelan». Y era verdad.

Sentada así en mi sillón de cuero, recordaba la época en que mis amigas se burlaban de mí por estas aficiones, y me decían burlescamente:

«¿Pero es verdad que estás estudiando para obispa?» Lo cierto es que allí aprendí muchas cosas que ignoraba completamente, y sin las cuales me parece mutilada nuestra vida. Entonces me aficioné más a la música, trabajé mucho en el piano, y pude interpretar bien y saborear con deleite a Beethoven y Chopín. Yo he tenido siempre un sentido artístico bastante delicado, cosa que, en unión de mi belleza, me ha envidiado siempre mi rival. Allí dejaba correr mi pensamiento, unas veces cerca, y, otras, hasta el último confín de las cosas posibles y de las imposibles también. En aquellos instantes el busto se alejaba, se alejaba hasta no ser más que un punto en el espacio, de tal modo, que yo no creía volverlo a ver jamás. Y cuando despertaba sentía verdadero regocijo al contemplarlo delante de mí tan serio y tan grave. Una vez, Tito le puso las dos patas en las mejillas, lo miró un rato fijamente, y luego, de un salto se echó al suelo, como si el terror se hubiera apoderado de él. Desde entonces no se acerca mucho al enojado cardenal.

Muchas veces, al fijarme en el entrecejo de mi ilustre antepasado, acudía a mi memoria, sin saber por qué, el célebre papa Borgia, y trás

él, la hermosa y pervertida Lucrecia, amante, según dicen, de su padre, de su hermano, y de todos los que la cautivaban, siempre con la venganza en el corazón y el veneno en la mano. Es indudable que mi pariente no pertenecía a semejante familia de mónstruos; pero lo cierto es que yo lo tenía atado a ella por un hilo oculto que no he sabido nunca de donde podía proceder. Dios me lo perdone.

Y como esta carta es demasiado larga y tiene una segunda parte de mucho interés, te dice adios con un fuerte abrazo tu Katy.

XXV

Hubiera podido hacerte gracia de mi anterior y empezar por la de hoy; pero es que preferí guardar el acontecimiento dentro de mí por algunos días para que mi alma se impregnara bien de él. Para mí las cosas tienen más relieve y se iluminan mejor cuanto más se alejan. En el primer momento todo se me presenta vago y confuso, hasta las ofensas. Después es cuando empiezan a surgir los detalles, ahora uno, luego otro, hasta que el cuadro se completa. Yo pongo poco de mi parte en este trabajo misterioso.

Los recuerdos manan como de una fuente desconocida. Yo no soy más que un simple espectador. ¡Pero cómo me agitan y emocionan!

Verás. Sumida estaba yo en aquellas dulces *reveries*, cuando, de pronto, entra Luisa, corre hacia mí y me dice en voz baja:

—¡Señorita, está aquí!

—¿El? dije yo.

—Sí, señorita. Sube, va a entrar. Yo los dejo.—Y salió de prisa.

Me quedé pálida. Al fin, oí sus pasos, que no olvido nunca, y que resuenan en mi corazón tan dulcemente. A penas apareció en la puerta, corrió hacia mí. Me levanté y quedamos confundidos en un estrecho abrazo. Sentimos el latido de nuestros corazones. Al fin me dejé caer en el sillón. Se arrodilló a mis pies, me tomó las manos y ocultó la cabeza en mi falda. Me quedé contemplando sus hermosos cabellos ondeados. *Tito* saltó al suelo. El busto nos miraba severamente. En aquellos momentos yo era para él madre, hermana, esposa y amante. Todos los grandes afectos humanos se juntaban en mí para adorarle. ¿Por qué arrepentirme de haberle entregado mi virginidad, mi honra, mi porvenir, mi vida? No, no. Bien dado estaba todo. Y si

más que darle tuviera, más le daría. Yo no quiero nada para mí. ¿Acaso no me basta con este amor que me consume? Feliz o desdichada, lo mismo me dá.

¡Y me condenan! Entonces ¿qué es lo que hay grande y noble en la vida? ¿Qué es lo que querrá Dios que hagamos las criaturas si no es amarnos hasta la abnegación y el sacrificio? Ya sé yo que también nos contentamos a nosotros. Si el amor fuese repugnante no amaríamos. Pero como Dios lo hizo bueno, tan bueno, tan bueno como su propia bondad, no es egoísmo correr tras él y sacrificarle la vida. Yo veo esto con tanta claridad que me parece imposible que los demás no lo comprenden. El mundo me ha hecho sentir la vergüenza de la deshonra, y, sin duda, lo ha hecho con placer, con satisfacción y deleite. No importa, yo amo siempre con amor inmenso. ¡Y yo tenía entre mis manos aquella cabeza adorada, cuyos labios me las cubrían de besos y de lágrimas! La levantó, al fin, y dijo mirándome con sus grandes ojos:

—Haga lo que haga, diga lo que diga, yo te amo Katy, te amo.

—¡Ya ves, estoy desamparada!

—Oh! no. Yo velo por tí. ¿No me tienes a tus

pies? ¿No he acechado el momento propicio para verte? Doy vueltas, vueltas, como un hombre ebrio, como un loco. No sé que hago, ni se a donde voy. Pero, al fin, veo una luz, mi luz, la que en las noches más oscuras me alumbraba y guía, y vengo a ti para calmar la sed de mis ojos, y oírte, y besarte y quedarme dormido entre tus brazos...

—Y cuando se han saciado tus ojos, y tus oídos, y tus labios, Katy se queda de nuevo aquí sola, con el dolor en el alma, consumiendo su vida, apagándose como una luz que se extingue en la noche de un desierto. ¿Mereces acaso que yo sea la madre de tu hijo? ¿Mereces acaso que yo lleve ese nombre con la vergüenza que lo llevo? ¡Ah, sí, estoy abandonada, abandonada!

—¿Abandonarte yo? Jamás. No sabes lo que dices. Si pensara abandonarte, ¿para qué venir en busca tuya? Me hubiera marchado lejos, muy lejos para no saber más de tí. Pero yo tengo aquí mi alma, y vivir es estar donde tu estás. He hablado con tu padre.

—¿Cuándo?

—Hace dos o tres días.

—¿Y qué te ha dicho? dije con ansia.

—Me ha dicho que serás mía.

—¡Oh, padre mío!

—Ahora comprendo que te quiere.

—¡Me ha perdonado! dije sin poderme contener.

—¡Katy mía!

—Y pueden todos creerlo. Yo soy digna de perdón.

—Así, hiéreme sin piedad, dame cuantos latigazos quieras.

Guardé silencio.

—Sí, ensáñate. Es natural que hables de ese modo.

—¿Puedo yo acaso decir otra cosa? le dije enojada.

—Dime cuanto quieras. Yo no puedo defenderme. ¿Y quien me ha de defender a mí?

—Eso es una burla.

—Es la fatalidad.

—Y la fatalidad te da a ti la vida... y... y la vanagloria; y a mí, la deshonra y la muerte. Tienes razón, yo no merezco defensa. Tú solo la mereces... Oh! debí morir antes que mis ojos te vieran.

—¡Katy!

—¿Por qué no has ido con ellos? Te hubieras divertido. Allí las hay también jóvenes y hermo-

sas. Yo estoy bien en mi soledad con mi mártirio. Te juro que me voy acostumbrando. Ve, busca más placeres. Quedan todavía muchos en el mundo. ¿Para que llamar a la puerta del dolor?

—¡Katy!

—No, no hay una como yo. Estás a mis pies, tienes mis manos entre tus manos, y es lo mismo que si estuvieras en el fin del mundo. Déjame de una vez para siempre. Yo sabré morir sin quejarme. Pero, por Dios, no juegues así con mi infortunio, te lo suplico.

—¡Burlarme yo de tí! ¡Jugar con tu dolor!—dijo levantándose—sería una fiera. Pero...la verdad es—añadió después de una pausa—llevándose una mano a los cabellos—que yo... si, yo... soy un mal hombre. No merezco ni una mirada tuya... Y vivo aún, ya lo ves.

Ya sabía el pérfido que ésta era su mejor defensa. Pero yo tenía demasiada hiel en el corazón para concluir, como siempre, suplicándole que me perdonara. Un cansancio profundo se apoderó de mí. Voló hasta el último átomo de esperanza. ¡Qué inmensos deseos tuve de descansar! ¿Para que recriminarle? Todo estaba ya perdido.

—Y seguirás viviendo—le respondí.—Esa

confesión no tiene ya para mí ningún encanto. No es más que una máscara. Te conviene hacer-te el sincero para ocultar tu falsía. No soy tan niña que vuelva a caer en el lazo. Sí, eres un mal hombre. Déjame.

—¿Me echas?

—Tengo necesidad de estar sola.

—Pronuncias quizás mi sentencia.

—¿Y que tiempo hace que has pronunciado tú la mía?—Bajó la cabeza.—Ah! si hubiera tenido yo alguien capaz de volver por mi honra.

—Aún estamos a tiempo.

—Ni padre, ni hermanos...

—Esos aman la vida más que yo.

—El abandono más completo...

Y quedé muda, en una profunda meditación. Todo se desvaneció ante mis ojos. Sólo el busto del cardenal me quedó en la retina, pero lejos, muy lejos. Yo me decía en la más absoluta inconsciencia: «¡Cuanto han debido degenerar los nuestros! Antes, por un nada, desafío y muerte. Ahora, ni la más terrible ofensa al honor hace mover un solo músculo. No, esos hermanos no son hombres. Las mujerzuelas les han chupado el decoro. Es una degradación irremediable. Porque? quién no se levanta airado y escupe y

mata al vil que ha seducido y abandonado a una hermana? ¿Pero qué es lo que hacen cuando se encuentran? ¡Cobardes! La indignación me hizo estremecer. Sentí esa cólera ciega del honor ofendido, y me sentí arrastrada a la venganza. Mi mano se apoderó de una plegadera que junto al libro estaba, alcé la mano para herir en un pecho invisible, y... dí un grito y caí sin sentido.

Cuando volví en mí, él me tenía la cabeza entre sus manos. Mis ojos estaban secos. No pude articular una palabra. Había perdido de tal modo la sensibilidad que me creí muerta. Le miraba como espantada. ¿Dónde nos hallábamos? Ni un solo recuerdo conservé de mi calvario. ¿Por qué estaba aquel hombre delante de mí? ¿No estaba yo leyendo *Corina* un momento antes? De pronto dije: «*!Que c'est beau, madame!*» Y sonreí. Me pareció tener a mi lado a mi antigua profesora de francés, que hacía más de dos años que no había visto. La voz de él llegaba tan confusa a mis oídos que no pude entender ni una sola palabra. Además, su acento me era del todo desconocido. Se había borrado de mi memoria todo lo que a él se refería. Fué como si no hubiera llegado aun para mí. Volví a sentir aquella inquietud de otro tiempo tan grabada en

mi memoria. «Ahí, dije, viene un carruaje. ¡Es éll!» y traté de levantarme, pero no pude, y caí de nuevo en el sillón. Luego, puse la mano sobre el libro abierto y dije: «Soy obispa». Me quedé con los ojos fijos en el espacio, y, al principio, ví un ténue girón azul que se mecía en el aire graciosamente. Poco a poco empezó a tomar forma humana, y, al fin, tuve delante de mí una niña que sonreía. «¡Mi visión!» dije reconociéndola. Y le tendí los brazos. Me dió un beso volado y desapareció.

—Desperté. Un fuerte olor de eter fué lo primero que sentí. Sobre la mesa estaba el frasquito. Volví los ojos de una parte a otra como para reconocer donde me hallaba. Instantáneamente se agolparon los recuerdos en mi memoria. Mis ojos se volvieron a él. Estaba pálido. En el movimiento de sus cejas se cernía una sombra de cruel desesperación. Parecía esperar una sentencia. Sus ojos parecían tener sed de una sonrisa de mis labios y yo no pude sonreír. Luisa nos dejó.

—¿Te sientes mal aún? dijo al fin.

—Un vahido. Ya pasó.

Pero estoy ya fatigada. Lo demás irá en la próxima. Adios. Katy.

XXVI

Sigo sola. Tres días hace que están de fiesta. Ahora sí que me parece un convento esta casa. No se oye una sola voz en estas grandes salas donde a penas se distinguen los objetos. Parecen inmensos oratorios dormidos. Dan ganas de arrodillarse y rezar. Cuando paso por ellas me imagino ser una de aquellas figuras desprendidas de los grandes cuadros, cansadas ya de estar inmóviles. Separo las pesadas cortinas de terciopelo, con franjas de plata, y me quedo allí un instante creyendo que me llama en voz baja alguno de mis antepasados. Porque también ellos me mirarán con malos ojos. Otras veces, me dejo caer en uno de los sillones de molduras doradas, y, con las manos juntas sobre la falda, dejo correr el tiempo sin sentirlo. Pero no quiero hacerte esperar.

—Yo no debo vivir—dijo después de un corto silencio.

Levanté la cabeza y lo miré fijamente.

—Mejor dicho: no merezco vivir.

—¡Ah! dije yo.

—Porque es claro que debo, aunque no lo merezco.

—¿Te parece?

—Sí. Y también que no tienes piedad de mí.

Clavé los ojos en él con asombro, con amargura, con indignación. Hubo una pausa. Al fin dijo:

—Has de oírme. Katy. Es que me da horror condenarte a la miseria. Yo nada poseo. Tú eres pobre. Mas, aunque fueras rica, yo moriría antes que vivir de lo tuyo. Contra esta cosa horrible, yo me declaro vencido.

—¡Es claro! Ante esa cosa horrible mi honra es una pequeñez. ¿No es así? Parece mentira que no lo haya comprendido yo antes.

—No. Es otra cosa horrible. Ahí tienes mi lucha.

—De modo, que entre mi deshonra y la miseria no sabes que elegir.

—¡Katy!

—¿Y lo haces por mí o por tí?

—Sólo por tí.

—Y no se te ha ocurrido una sola vez que yo soy de las que eligen la muerte antes que la deshonra? Gracias por el juicio que te merezco.

—Oh! no, eso no. No quiero decir eso.

—¿Pues qué quieres decir?

—Yo... te juro... Es un suplicio esto.

—¿Para quién? le repliqué con entera calma, acariciando a Tito que de nuevo había saltado sobre mi falda.

—¡Perdónamel dijo cayendo de rodillas y besándome las manos.

Tito huyó atemorizado.

—Te perdono de corazón, porque bien sabes que te amo, le respondí tranquila—pero adviérte que, casi casi, es el perdón de una moribunda.

—¿Qué estás diciendo? ¿Morir tú?

—¿Crees que es mejor vivir como vivo? Ya hace tiempo que estoy muerta.

—No, no digas eso.

—Y me besó las manos con delirio.

—Sí, te perdono. Mi alma es tuya, y quisiera podértela entregar con mis propias manos. Ya iré a ti cuando yo no exista. Ahora sepárenos.

—¡Separarnos! Eso nunca.

—Y para siempre, añadí tranquila.

—Antes me daré la muerte a tus pies.

Sonreí, sin poder decir como fué mi sonrisa.

—Ya basta un solo muerto, le repliqué. Vive para tus placeres, para otras...

—¡Katy!

—Que yo voy a mi fin resignada y fortalecida. He luchado desesperadamente para que no me arrebataran mi felicidad. Hoy ya está todo muerto dentro de mí. Nada tengo que hacer en el mundo. Tú mismo me pareces ya un muerto. ¡Oh amor! ¡Oh, delirio! ¡Oh esperanza mía! Todo me lo arrebató el destino. De nuevo entro en la noche de su ausencia... ¿Qué digo? Aquella noche era todavía para mí luz, porque lo esperaba. Ahora es noche toda tinieblas porque ya no puedo esperarlo. ¿Ves? Hoy es el primer día que siento la muerte de todo dentro de mí; el primer día que conoce mi alma la serenidad; el primer día que, por más que busco, no encuentro ni cólera, ni odio contra nadie. ¿Me has traído tú este inmenso bienestar? No lo sé. Separémonos sin pena. Me parece que he sentido a Dios dentro de mí.

Y era la verdad. ¿Quién sino Dios habría podido transformarme de ese modo? A fuerza de padecer me hice insensible al sufrimiento. Aquel delirio parece hoy dormir en brazos de una paz que no me parece de aquí abajo. No le mentía, no. Al principio, creí que era una pausa, un descanso de mi locura de amor; pero no, había

echado raíces en mi alma. Aunque hubiera querido no hubiera podido arrancármela.

El había dejado caer la cabeza entre mis manos, sobre la falda. Lloraba. Yo sentía correr sus lágrimas ardientes. Aquel dolor era sincero. Oh! sí también él me ama. ¿Para qué pedir más? ¿Es poca dicha esa? ¿No fué su cariño toda mi ambición? ¿No estaba allí, a mis pies, acongojado, sediento de perdón? Aquellas lágrimas fueron para mí como un rocío. Nuestras almas se habían fundido en aquel instante. Era un éxtasis que ninguna palabra puede expresar. El con su dolor, yo con mi serena paz, quedamos allí unidos al amparo del que todo lo ve. ¿Qué habían de importarnos a nosotros las fórmulas de los hombres, y sus juicios, y sus burlas, y su desprecio? Nada de eso nos alcanzaba. Porque debe de haber un orden en todas las cosas, inmutable, supremo, que nada tiene que ver con las opiniones humanas de éste o del otro país, de ésta o de la otra época; un orden que yo siento que ha de ser bueno, como es buena la luz, como es buena la vida. Y nosotros estábamos allí en brazos de ese orden universal, bueno y justo, que santifica el amor de las criaturas, cuando ese amor es tan grande y tan puro como el nuestro.

¿Por qué, pues, los hombres lo han de haber trastornado todo en el mundo? ¿Por qué inventar deshonras y crear vergüenzas que matan? ¡Ah, Dios mío, qué dichosos hubiéramos sido los dos si tū hubieras querido pronunciar una sola palabra! Con decir: Este es el orden. Obedeced y callad,» hubiéramos pasado sonriendo todo el camino de la vida, como dos niños que corren tras una misma mariposa. ¡Nadal! Por eso hemos llorado tanto. En el fondo de todos los corazones está escrito ese orden, pero nadie le hace caso. El que impera es el otro, el falso, el ruin. Dicen: «Venid que ahora pasa la deshonrada. Clavadle los ojos, señaladla con el dedo. Sonreid de modo que entienda nuestra sonrisa». Y la infeliz pasa con la muerte pintada en los labios, buscando con sedientos ojos una sola alma que se apiade de su infortunio. Y no encuentra ninguna. Ese cáliz lo he bebido yo hasta las heces... A todos, a todos los perdono. El amor ha formado en mí un instinto de bondad que no se ha de agotar nunca.

Llora, llora, que tus lágrimas van a Dios. Mi recuerdo te consolará en la agitación desordenada de tu vida. Tú has dicho la verdad: nuestra raza se hunde. Sólo el trabajo puede redimir-

la. Ni para ti ni para mis hermanos hay ya salvación. La vejez llegará y, como a mi padre, no os traerá más que dolor y vergüenza. Te lo confieso. En el fondo de mi esperanza había siempre una sombra: que nunca te vería salvado. Ya no hay remedio. Tienes paralítica la voluntad. Ahora lo veo claro. Por más que hagas, por más que forcejees, por más que te irrites, por más lágrimas que broten de tus ojos, ¡oh, tú a quien tanto quiero! seguirás cayendo en ese abismo de corrupción y de cobardía, sin que encuentres jamás una mano que te detenga. Yo he leído en tu frente las huellas del vicio. Una gran tristeza se apoderaba de mí, y te amaba más, y ahora te amo mucho más todavía. Cuando te veo, el corazón se me quiere salir del pecho para ir hacia tí; cuando me miras, tiemblo como una tórtola sorprendida; cuando tu mano acaricia la mía, siento en mis venas como un fluido sutil que me enciende la vida; y si pasas cerca de mí, aunque no te vea, te adivino, y me sobresalto como si, de pronto, oyera tu voz adorada. Oh! es imposible. imposible arrancarme este amor que me da vida y me consume al mismo tiempo. ¡Señor! Mátame ahora que está de rodillas a mis pies sollozando.

Al fin, se levantó, me tomó la cabeza entre sus manos y me dió dos besos largos, profundos, de esos que hacen estremecer la vida en sus más hondas raíces. Luego, poniendo una mano sobre mis cabellos y la otra en alto, dijo:

—Ante Dios, y ante el espíritu de mi madre muerta, juro que nos casaremos, aunque me tuvieran que llevar al altar moribundo. Sólo la muerte puede dejar incumplida mi palabra. ¿Lo has oído, Katy?

Yo sonrei triste y agradecida. Luego comenzó a pasearse con visible agitación. Iba hasta la ventana, volvía hacia mí, se paraba, a veces pasándose la mano por los cabellos, y emprendía de nuevo la marcha con el andar arrogante que es tan propio en él. También tenía algo de fiera acorralada. Creía que no le dejaban ninguna puerta abierta y las tenía todas de par en par. Jamás sospeché que dentro de nosotros hubiera semejantes batallas. Cuando niña, veía las personas ir y venir, hablar, saludarse, sonreír, regocijarse en los teatros, en los paseos, en las reuniones, lucir vestidos y carruajes, y creí,— ¡inocente!—que eso era todo. ¿Todo? ¡Nadal! Es una corteza tan fina, tan endeble, que se rompe al menor soplo. El mundo interior sí que es in-

menso. ¡Y qué mundo! Un montón de cosas horribles, negras, sombrías, que dan espanto. Nunca debiera una abrir los ojos. Pero hay alguien que nos sacude, que nos dice: ¡despierta! Es el dolor. Su mano de hierro rompe el iris de la delicada vestidura, y señalándonos el abismo, nos dice: «No hay más que eso. Te acostumbrarás a lo amargo. Bebe.» Y ya no queda nada de la ilusión de niña. Sólo una cosa es más fuerte que el mismo dolor: el amor. Ante esta roca de diamante, las olas más embravecidas se deshacen en espuma. Es eterno y poderoso, porque es la esencia de Dios.

XXVII

De pronto, entró Luisa, corrió hacia mí, y me dijo en voz baja:

—Señorita, el señor americano está en el salón, quiere verla.

Quedé sorprendida. No supe que contestar. El se paró junto a la mesa. ¿Qué hacer? Le hice signo de que se acercara.

—¿Qué ocurre? preguntó.

—El americano espera abajo. Quiere verme.

—Que venga — dijo resueltamente — lo recibiremos los dos.

—¿Te parece?

—¿Por qué no?

—Pues acompáñalo hasta aquí.

Luisa salió. Nos quedamos inmóviles, en silencio. ¿Qué iba a pasar? Me latía presuroso el corazón. Los dos no se habían hablado nunca. Para él, el americano no era más que un richacho vanidoso que no conocía escrúpulos de ninguna clase. Quería, siempre según él, llevarse una noble a su país sin reparar ni en el precio, ni en la deshonra. La idea de que me querían vender era su pesadilla. Sólo Dios sabe si tenía razón ¿Cómo lo recibiría siendo tan altivo siempre? El temor de un choque me llenaba de angustia. Una mirada mal comprendida podía dar lugar a un conflicto. Y eso había que evitarlo a todo trance. ¿Pero tendría yo fuerza para ello?

—Te suplico, le dije, que le recibas como sé yo que merece. Es todo un caballero.

—¿Se ha hecho ya acreedor a esa galantería?

—Sí, respondí con firmeza.

—Lo celebro, replicó inclinándose.

—Es que no lo conoces.

—¿Y tú?

—Tal vez sí.

—Te felicito, pues.

—¡Por Dios! Dejémonos de cosas pequeñas.

Tú mismo podrás juzgarlo muy pronto. Ignoro qué desea, para qué viene a verme; pero yo tengo la firme convicción que será para algo de interés, o para él mismo o para nosotros, siempre para algo justo y bueno. Si ese hombre me engañara dudaría hasta de mí misma. No te apresures. Dentro de un instante sabrás a que atenerne. Supongo que tú, con más talento que yo, no te dejarás engañar. Ten, pues, calma.

Volvimos a quedar en silencio. El hojeaba un tomo que estaba sobre la mesa abierto, un nobiliario con rica encuadernación y hermosas láminas, y yo temblaba esperando que apareciera en la puerta el temido rival, aquel hombre que había conquistado mi confianza y mi simpatía con las pocas veces que habíamos hablado tete a tete. ¿Qué iba a resultar de aquella inesperada visita? Desde hacía algún tiempo todo me llenaba de temor. El suceso más insignificante era para mí como una puerta abierta en las tinieblas; olfateaba el abismo en todas partes. Una carta me hacía temblar; el anuncio de

una visita me llenaba de inquietud. Pero no, tengo la seguridad que un hombre tan noble como él me evitará un disgusto. ¡Ojalá estuviera tan segura de él!

Al fin, oímos pasos. Yo volví los ojos. El siguió volviendo las hojas del nobiliario sin alzar de ellas la vista. Luisa apareció anunciándole, al mismo tiempo que se presentaba el visitante en el salón. Le invité a pasar. Se acercó lentamente, con agradable desembarazo, y, cuando estuvo cerca de nosotros, se inclinó cortesmente sin la más mínima afectación, y dijo:

—Como el tiempo me falta, me he atrevido a molestarles.

—Oh! no, dije yo, de ningún modo, mi buen amigo. Con mucho gusto le vemos siempre entre nosotros. Pero tome V. asiento.

El le acercó un sillón, amable también, y se sentó frente a mí.

—Muchas gracias. Y esa salud, señorita?

—Katy; prefiero que me llame V. Katy, dije con malicia para hacer rabiar al celoso. Estoy bien, lo mejor posible.

—Estimo mucho esa prueba de amistad, Katy. Se lo agradezco en el alma.

—¿Estamos ya de marcha?

—Aun no. Me quedan algunos asuntos que arreglar, y son de importancia. No sabía que estaba fuera su familia; a saberlo, hubiera esperado un par de días. La verdad es que siempre falta tiempo para todo cuando se está de marcha. Y, menos mal, si no se olvida algo de interés. Precisamente, el asunto que me trae es de éstos, tanto para V. como para... este caballero...

—Mi futuro esposo, dije con valor, pero algo encendido el rostro.

El se inclinó muy cortésmente.

—Don Julián Cerdeña, amigo de casa, añadí presentándolo a él.

Se levantó el americano y se inclinó también.

—Celebro esta presentación, dijo a penas sentado; primero por que es una honra para mí y, luego, por que era necesaria esta entrevista.

Me puse a temblar. ¿Qué le iría a decir? ¿Hacerle cargos tal vez por su comportamiento conmigo? ¡Qué paso tan grave hubiera sido ese! Pronto me repuse y comprendí que eso era de todo punto imposible, sobre todo, no habiéndose tratado antes. Estaba segura de la caballerosidad de aquel hombre. ¡Tenía interés para él!

—Yo hubiera querido dar este paso mucho tiempo hace; pero formalidades inevitables me

lo han impedido ¿Me permiten Vds. hablar con toda franqueza?

—Oh! sí, hable V., dije yo, asintiendo él también.

—Pues es el caso que, como todo el mundo, me enteré, sin quererlo, ya lo comprenderán ustedes, de la situación que les aflige. Como ya tenía el gusto de tratar a su familia, mi primer impulso fué dar cuenta a su futuro esposo del deber que ahora voy muy gustoso a cumplir. Las formalidades de que antes hablé, no terminadas aún, me hicieron desistir de este pensamiento, toda vez que de ellas dependía que yo cumpliera o no mi compromiso. Ante esta imposibilidad, quise ofrecerle un puesto decoroso en una de mis fábricas de Buenos Aires, bien retribuído, lo bastante para que vivieran Vds. dos con la holgura acostumbrada. Oh! no era ese ningún sacrificio para mí, y no hay que agradecermelo. Pues bien, no me atreví, por razones fáciles de comprender. Sus ideas de V. (volviéndose a él) que ya conocía, me alentaban; pero el temor de ofenderle me detuvo siempre, teniendo en cuenta que no nos tratábamos.

—Yo se lo agradezco a V. en el alma, dijo él un poco emocionado.

—Ahora estoy en disposición de hacer algo más.

Yo pendía de las palabras de aquel hombre generoso.

—Y vamos a lo principal. Su padre de V. dirigiéndose a él, tenía al casarse en Madrid un administrador que estuvo a su servicio unos quin ce años. Por una disputa algo viva dejó el empleo y se marchó a América. Yo le conocí hace solo un par de años. Tuve ocasión de prestarle algunos favores, e intimamos. Enfermó, y, como se agravara su enfermedad, me llamó. De esta entrevista resultó lo siguiente: Mi amigo había resuelto, y, por encargo suyo, repito la palabra que usó, *restituir* la cantidad de ochenta mil duros a su madre de V.; y, en caso de que hubiera fallecido, a su hijo mayor, que es V., con la expresa condición de hacer la entrega, no en dinero, sino en una propiedad del mismo valor. Ignoro los motivos de todo esto. Sólo cumplo su voluntad, y así se lo prometí en aquel momento. Pocos días después murió. Yo tenía ya en mi poder ese dinero. Dos meses más tarde salí para Europa. Y ya conocen Vds. mi llegada a esta capital. Después de cumplir las formalidades de que hablé, y, sabiendo que su señor

padre (se dirigió a mí) deseaba vender el Rodri-
gal, lo adquirí sin vacilar, satisfecho de haber
encontrado tan pronto la ocasión de cumplir
este requisito. En la entrevista de que hablé, me
entregó el antiguo administrador este documen-
to perfectamente legalizado, ante notario y con
los testigos correspondientes, mediante el cual
hace entrega de la futura propiedad, como *res-
titución*, a V. por haber fallecido su señora ma-
dre. Como verá es un codicilo, en el que se ex-
presa el deber que contraí, y que con tanto
gusto cumplo ahora. A V. se lo entrego, con es-
te otro documento hecho por mí, según el cual
queda V. instituido legítimo propietario del Ro-
drigal, como restitución cumplida por el difunto
administrador.

Y le entregó los documentos. Yo no respira-
ba. Todo me pareció un sueño. El tomó los pa-
peles, y los miraba sin saber que decir. El ame-
ricano nos contemplaba con un regocijo interior
que trataba de ocultar, pero que yo leía en sus
ojos limpios y en el movimiento de sus labios.
Al fin dijo el celoso.

—Si esto es una realidad, todo es sueño en
el mundo, caballero.

—Quizás tenga V. razón. Pero el Rodrigal es

suyo. Y, ahora, siendo suyo, yo me atrevo a ofrecerle el empleo de sub-jefe en una de mis fábricas. El trabajo es un gran acicate y un gran lenitivo... hasta cierto punto; sobre todo cuando se tiene un alma con cierta grandeza. El me ha sostenido a mí, que, sin él, hubiera ya rodado hasta no sé donde.

No pude hablar. Tanta era mi emoción. Me miró agradecido y continuó.

—Si, me ha sostenido. Estoy solo. Ningún pariente tengo. Una mujer a quien quise me dejó por otro que era rico. ¿Amigos? Los del negocio. Oh! el trabajo tiene su lado negro, muy negro. El oro es nuestra sangre. Los sentimientos no son nada. Cuanto tienes, cuanto vales. ¿Cae uno? Todos le pasan por encima, sin piedad. Busca V. una idea generosa, un arranque del alma misma... Burlas y desprecio por todas partes. ¡El oro! Nada más que el oro. Pompa, vanidad, engreimiento, altivez, sequedad, dureza, esos son sus frutos. ¿Qué hacer? Lo que yo he hecho. Trabajar por trabajar. Ahí está la fuente de la dicha. He prodigado mi dinero a mi alrededor, como quien se deshace de un enemigo, y hace al mismo tiempo un gran bien. Perdónenme estas confesiones. Es que hace años que

las llevo aquí ocultas, y ya me hacían daño. ¿Por qué se las hago a Vds.? Porque tienen Vds. alma, sentimientos, porque sufren mucho, porque aman como pocas veces he visto amar. Vds. han agitado todas las profundidades de mi ser, mis desventuras, mis ansias, mis esfuerzos, mis decepciones. Perdónenme.

—Perdóneme V. a mí, dijo él, porque yo lo ofendí pensando mal de usted.

—No lo ignoro. Está V. perdonado. Y en cuanto a V... Katy, yo la admiro. Tan grande y tan fuerte es su alma que yo me veo pequeño y miserable al lado suyo. Ahora empieza la reparación.

Mis lágrimas corrieron por mis mejillas.

—Si V. quiere trabajar como yo trabajo, hallará la dicha, porque V. tiene hogar. Yo no tengo ninguno. Maldito sea para siempre el afán de hacer fortuna, primero, a costa de los demás, y, segundo, convirtiendo el alma en granito. Eso no. Tener lo bastante para vivir holgadamente; lo demás, para los que ven venir la muerte sin poder conseguir nunca donde reclinar la cabeza, trabajando y luchando tanto como nosotros. Ese trabajo será su salvación. Porque la vida que aquí se lleva, en su clase, sobre todo

conduce a otros abismos. ¿No es verdad?

—Caballero, dijo él levantándose, permítame que le estreche la mano. Acepto lo que me ofrece. Nos casaremos en el Rodrigal dentro de unos días. Le invito a V. para padrino. Después, a América. Trabajaré como V. dice. Quiero conquistar mi hogar con mis propias fuerzas. Lo que me produzca el Rodrigal será mi apoyo hasta que pueda andar solo. Gracias. Katy, estéchale la mano.

Me la tendió vivamente emocionado. Se la estreché con efusión.

—¿Pero saben eso mis padres? dije yo.

—A decírselo vine. Ignoraba que estuvieran fuera. Si tardan en volver, Vds. los pondrán al corriente de todo. Ah! me olvidaba. Un requisito encontrará V. en ese documento. No se podrá vender la finca, ni responder de préstamos contraídos antes de diez años. Serán nulos todos los que lleven fecha anterior a esa.

El sonrió.

—Esa no es cuestión mía, como V. verá. Y ahora, dijo levantándose, me permitirán que los deje. Aún me queda bastante que hacer.

Yo estaba verdaderamente aturdida. ¡Cómo le estreché la mano! No pude hacer otra cosa.

Se despidieron los dos, y salieron juntos. Poco rato después entró Luisa y me dijo:

—El señorito me encarga le diga que sale acompañando al caballero. Mañana volverá.

—Ven, Luisa mía, ven.

—¿Qué pasa?

Estamos salvados. ¡Salvados! El Rodrigal es nuestro, digo, de él. Nos casamos dentro de dos o tres días, y después nos vamos a América. Abrázame.

Se quedó inmóvil.

—¡Cómo! ¿No me abrazas?

—¿Por qué? ¿Por que se van? dijo con tristeza.

—Tienes razón, pobre Luisa. Pero te llevaremos con nosotros. ¿Quieres?

—Con toda el alma, señorita. Ahora sí que la abrazo.

Y salimos juntas, enlazadas, llenas de alegría y de esperanza.

Pronto conocerás el resultado. Te besa tu Katy.

XXVIII

¡Bate las palmas! ¡Bate las palmas! Al fin estamos en el Rodrigal, juntos. ¡Juntos! Así; jun-

tos. ¡Los dos! Bajo el mismo techo; en la misma mesa, paseando juntos; juntos asomados a la ventana a la hora del sol; mirándonos, hablándonos, riendo; a la vista de todo el mundo, en plena luz del día, con la mirada limpia y en el alma una paz dulcísima, sin la más mínima sombra de inquietud. Bendito sea todo mi martirio, que me trae horas como éstas, de suprema felicidad. Yo te bendigo, dolor, compañero mío, porque tu mano amiga me ha conducido a este paraíso. Dulce me parece tu amargor, caricias me parecen las heridas que abriste en mi alma. Yo extendiendo mis brazos a todos y a todos perdono. ¿Quién no lleva clavada alguna espina en el corazón? Los que ríen en una hora se hacen sangre en otra. ¡Qué feliz soy, Sola mía! Me podrán llamar madre, yo podré decirle: hijo de mis entrañas. ¡Bate palmas! ¡Bate palmas! Léete esto en alta voz a tu marido. Y despacio.

Cuando llegaron mis padres de Constanza le dimos la venturosa noticia. *El* estaba también. Le expusimos a mi padre el pensamiento de ir juntos al Rodrigal para allí casarnos pocos días después. Era éste un deseo justo. Nos lo concedió. Mi madre nada dijo, pero me pareció más tranquilo su semblante. Una ligera chispa de

compasión creí ver en sus ojos. Desde aquel momento, no paró nadie a mi alrededor. Mundos, maletas, vestidos, sombreros, abrigos, chismes de todas clases, llenaban las sillas, las mesas, el sofá de mi cuarto y de mi alcoba. Yo abría continuamente mis roperos, los cerraba y los volvía a abrir. Cada cinco minutos llamaba a Luisa y a otra muchacha de la casa. Las maletas y los mundos abiertos iban recibiendo todas las cosas. Como yo no podía bajarme, Luisa lo arreglaba todo bajo mi dirección. En uno de estos momentos me dijo que mi padre había regalado dos mil quinientas pesetas para construir una capilla en una iglesia. ¡Pobre religión! Ya no recibes almas. Tienes que conformarte con monedas... Ah! sí: a América. También me dijo que mi hermano menor se había quedado con la moza. Al cefalópodo jurisconsulto le he visto poco por aquí. ¡Qué trajin, hija mía! Nos habíamos de marchar dos días después. Compramos víveres: jamón, trufas, galletas, conservas de muchas clases, vinos buenos, champaña, ¡qué sé yo! una infinidad de cosas. Yo sé lo que a él le gusta. Allá había de quedar un carruaje a nuestra disposición. El entraba y salía como si toda la vida hubiera vivido en casa. El americano nos

visitó siempre. Mis ojos debieron decirle todo lo que por él sentía mi alma. Será nuestro padrino. Mi padre se paraba algunas veces delante de los mundos medio llenos, junto a mí, y me miraba cariñosamente sin decir una palabra, con las manos a la espalda. Parecía decirme: «tú ya eres feliz, Katy. Yo, ni aún con dinero, puedo tener ni una hora de alegría. Sólo la muerte puede devolverme la paz». Yo me cogía a su brazo y así estaba con él hasta que se marchaba. De mis amigas sólo vino la Torreiro, la única a quien yo podía llamar amiga de veras.

Voló el tiempo. ¿Y Nona? dirás tú. Nona irá directamente al Rodrigal. Se ha creído que era lo más prudente. Yo lo he aprobado. Me la comeré a besos y abrazos. ¡Pobre prenda mía! ¡Tener que separarnos, y sabe Dios para cuánto tiempo! ¡Con que gusto me la llevaría yo! Si leyeras sus últimas cartas te morirías de risa. Nada sabe todavía de nuestro viaje. El tiene todos sus papeles arreglados; y, por su parte, prepara todo lo relativo a nuestro viaje a América. Aún le queda bastante que hacer. Y aunque a cada instante palpo los preparativos de ese viaje, es para mí como la idea de algo muy lejano e incierto. Hasta me parece que, si nos em-

barcamos, no llegaremos nunca. Lo desconocido me llena de temor. Es verdad que el recuerdo del americano me devuelve la tranquilidad; pero, a poco, vuelvo a mis constantes inquietudes. Valga que nuestras bodas me absorben casi todo el tiempo. Lo más importante está ya preparado. El obispo vendrá a casarnos. Aquí se reunirán todos nuestros amigos; no he querido exceptuar a ninguno, porque será día de paz y de alegría. La hija de *nuestro* colono pensaba casarse el próximo mes. Pues bien, se casará el mismo día que yo, en casa también, después de recibir nosotros la bendición nupcial. ¡Qué orgullo para ellos decir que los casó el señor obispo! Ella es una morena muy agraciada. Y él, un mozo muy arrogante. Tienen un buen trozo de tierra, y, por consiguiente, el porvenir asegurado. ¡Lo atareada que está la pobre con lo del casamiento! Cuando nos encontramos sonreimos. En cierto modo vamos a ser hermanas. Nosotros les hemos hecho buenos regalos. Todos se desviven por tenernos contentos.

Quando nos vimos solos en el carruaje para partir, lágrimas de alegría se agolparon a mis ojos. Yo creí que nos acababan de desposar. El sonreía mirándome con dulzura. No, en sus

ojos no había ninguna sombra, ninguna veladura. En ellos estaba toda su alma. Cuando abandonamos la ciudad y se perdió la última casa entre los árboles, dió un ligero suspiro, bajó los párpados y cerró una mano que tenía sobre el muslo. ¿Qué querían decir aquellos signos? ¿Le causaba pesar el adios a sus vicios? ¿Se rebelaba acaso contra nuestras bodas? ¿Le preocupaba el próximo viaje? Yo, nada quise decirle. ¿Tendría algún *compromiso*, como los otros, como mis hermanos? Esta fué la idea que más me preocupó en aquel instante. No, que no me den a beber esa nueva copa de amargura. Levantó los ojos, volvió a mirarme y volvió a sonreír. Guñada, quizás, por aquella misma inquietud, volví también los ojos hacia la ciudad desaparecida. Lo primero que acudió a mi pensamiento fué mi casa, mi padre, Nona. Y, como la recién casada que se aleja, sentí que iba a perderla para siempre. De mi corazón salía algo angustioso que me decía: «no los volverás a ver más». Fué una intuición profunda, una de esas clarividencias a que nuestra alma no puede menos de asentir, sin saber por qué.

—¿Qué tienes? me preguntó.

—Los que dejo allá, dije sollozando.

—Pero eres una tonta. Cualquiera diría que vamos a China.

—No sé. Tengo el corazón apretado. Me da miedo esta felicidad.

—Vamos, Katy, no seas niña. ¿Y esa alma fuerte y grande que decía el americano? Si ahora temes, ¿cuando vas a tener confianza?

—Tienes razón, dije cogiéndome a su brazo y estrechándome hacia él, estando a tu lado nada tengo que temer. No pienso más que en quimeras. La realidad eres tú, tú y nada más que tú ¿Quién podrá ahora separarnos? Y me estrechaba más a él.

Era al caer de la tarde. Los caballos iban al trote largo. El frío empezaba a ser intenso. Tenía el cielo y el ambiente una transparencia encantadora. La silueta de los objetos era precisa; los tonos, vivos, puros, sin las penumbras temblorosas del ardiente estío. Los árboles pasaban, acentuando la impresión del pleno campo. El rojo del horizonte, sobre las colinas lejanas, salpicaba de encendidos reflejos las cumbres, las casas aisladas de los montes, las ramas sin hojas, hasta los cristales de nuestro carruaje. Hora melancólica de amantes, de éxtasis, de recuerdos. Enmudecimos, siempre apretados uno

contra el otro. Yo no puedo sustraerme a estas influencias de la vida de todas las cosas. Mi alma vibra en la universal vibración. Y aquella hora es triste lo mismo para los tristes que para los alegres, porque es una agonía. ¡Y qué agonía! La agonía de la luz. Sólo que yo llevaba en el alma el nacer de otra luz: mi felicidad. Por eso mis ojos lo miraron y sonrieron ebrios de dicha. Estaba yo serena. Mis pensamientos cambiaron. ¡La boda! Toda la escena pasó ante mí vista. ¿Quiere V. por esposa...? Sí. ¿Quiere usted por esposo...? Sí. El anillo, la bendición, los convidados, todo fué desfilando con la viveza de la misma realidad. Y pasaríamos ante todos con la cabeza levantada, sonriendo, y yo con seguridad, temblando de emoción. Como si mi gabán de pieles no me diera bastante calor, aún me estrechaba más contra él buscando el suyo. Pero no, es que volvía mi inquietud, volvían mis temores sin fundamento, y con ellos una gran congoja, que guardé sólo para mí. De pronto, dijo:

—¡Ah, ese hombre!

—¿Qué hombre? dije yo con sobresalto.

—El americano.

—¿Qué?

—Que nos ha pisoteado a todos.

—No te entiendo.

—Ese es el hombre nuevo. Aun pueden salvarse los que vengan.

—¿Lo dices con ironía?

—Con el corazón lo digo.

—Ya ves como no te engañaba.

Me miró de una manera singular.

—¿Por qué me miras así?

—Porque él es más digno de ti que yo

Le tomé la cabeza con mis manos y lo besé, exclamando:

—¡Yo te adoro! También es Dios mejor que tú y por ti lo dejaría.

No sé porqué este corto diálogo aumentó mi inquietud. Guardamos silencio. Empezaban a descender las primeras sombras. A través de los cristales veíamos pasar grandes masas de roca viva. Luego, volvía un claro, y después otras masas, y otros claros más tarde, como desfile de gigantescos fantasmas. Empezó a tener todo para mí la exaltación de un sueño penoso. Hubiera deseado que los caballos volaran. Me pareció estar sometida a la influencia de un poder extraño que no me dejaba respirar libremente. Al fin, entramos en *nuestra* propiedad, y un cuarto de hora después nos apeábamos en el

ancho patio, junto al tronco del gigantesco almez. Toda aquella buena gente nos esperaba. *Cain* por poco me derriba de alegría. Las dos estatuas, siempre en pie. Luisa y tres más de servicio estaban ya allí desde el mediodía. Aquellas paredes y aquellos muebles estaban impregnados aún de mi dolor pasado. Aquella cama que fué sólo mía había de ser pronto nuestra. Sobre la sombra de mi amargura, extendida por todas partes, pasaba ahora una vibración luminosa que procedía de él y hacía sonreír lo que antes me parecía negro y sombrío. ¡Todo *nuestro!* Ahí tienes la causa de esta encantada transformación. Ante la luz que él irradiaba huían las tinieblas que aquí me envolvieron noche y día.

Como deshace la niebla el avanzar del día, así la mañana barrió sin dejar huella todas mis inquietudes, todos mis infundados temores. Cuatro días hace que estamos aquí. Mañana a las doce es la ceremonia. Todo está preparado. Los novios campesinos rebosan alegría. Padrinos y convidados vendrán mañana por la mañana, y mis padres y hermanos también. Pasarán aquí un par de días seguramente. ¡Cuando me vea Nonal Sus preguntas sobre mi demasiado visible enfermedad me llenarán de embarazo. No

importa. Lo que yo deseo es comérmela a besos. Como yo le he escrito varias veces que estoy enferma, me dice que me traerá agua de la fuente milagrosa para que me cure, y asegura que me curará. El tiempo es hermoso. Por la carretera pasan pavos hacia la ciudad, conducidos por campesinos con su caña larga en la mano. Aturden con sus escandalosos gritos. Pronto enmudecerán.

Al saber los colonos que el Rodrigal era nuestro se han alegrado mucho. De nuestro viaje a América no le hemos dicho una palabra. Hoy hemos dado los dos un paseo por nuestra hacienda. Viña, olivos, algarrobos, manzanos, perales, higueras, todo eso podía decir que era también *mío*. ¿Querrás creer que no entendía bien esa palabra? Esos seres que nacen y crecen y se cargan de hermosos frutos y de lindas flores, que guardan el secreto de su vida, que se bastan a sí mismos, que no nos conocen ni nos llaman para nada, ¿cómo pueden ser mi propiedad, como pueden ser cosa mía, hasta el punto de que pueda yo mutilarlos y destruirlos? No lo entiendo. Pero ello es que es así. ¡Ah, si pudiéramos vivir entre ellos siempre! Fuerza será dejarlos también. ¡Y aquí hay tantos recuer-

dos míos! Recuerdos de mariposa y recuerdos de mártir. Ahora que mis heridas se cierran me he de separar de todo. Oh! ese *trabajo* desquicia por completo nuestra vida dulce y serena. ¿Por qué se han infiltrado esas ideas en su cerebro? También aquí podríamos trabajar y hacer bien. Ya sé yo que quiere huir del vicio que aquí le domina, de esa esclavitud cobarde que tanto le desespera. Es un noble propósito. ¿Pero acaso no hay vicios allá? ¿No será mayor la corrupción? ¿Tendré yo fuerzas para contenerlo? ¿Logrará el generoso americano curarlo de su mal? Y después ¿no vendrán los celos a turbar nuestra dicha? Porque él está ya celoso, puedes creerlo. Desde que el otro se ha engrandecido a sus ojos, la víbora le ha mordido en el corazón. Pequeña es ahora esa herida por mil razones; pero luego, solos allá, sometido a ese hombre por su empleo y su inferioridad moral, esa herida enconada manará sangre a todas horas. ¡Qué suplicio! Yo que no respiro más que por él, seré entonces una traidora, cuyos ojos y cuyos labios no saben más que mentir. Y nada de esto puedo decirle.

¡Oigo su voz! Llega con el colono de visitar sus tierras. No quiero que vea estas cartas. Aún

no es tiempo. Después las leerá una por una como tú me has aconsejado. Serán mi mejor defensa en el triste caso que mis temores se realicen. Si ellas no me salvan, no me queda más que entregarme al destino. Al terminar mañana la ceremonia, te pondré dos líneas para que participes de mis emociones. Soy feliz. Adios. Katy.

XXIX

A la Excma. Señora Marquesa de Azora
y de Carpe.

Señora marquesa: con los ojos llenos de lágrimas aprovecho un momento de esta fría madrugada para hacerla llorar también. ¡Está muy enferma! ¡Ha perdido el sentido; no habla; tiene los ojos cerrados! ¡Oh, mi amada señorita! En esta casa no se oye más que llantos, unos en una habitación, otros en otra. ¡Cuanto la queríamos! Antes que ella nos deje, Señor, quítame a mí la vida. Sólo entran en la alcoba el señor conde, los médicos y esta humilde servidora. Cuando pienso que yo he de firmar esta carta se me parte el corazón. ¿Pero es verdad que está enferma de peligro? Yo no puedo acostumbrarme a esa idea, señora marquesa. Los tres

médicos, el del pueblo y dos que llegaron ayer tarde de la capital, dicen que, en su estado, sin un verdadero milagro, es imposible salvarla. ¡Morirse mi buena señorita Katy! No puede ser, no puede ser. Perdóneme la señora marquesa esta explosión de mi dolor. Me volveré loca.

Una sola vez abrió los ojos. Fué al anoche-
cer. Miró al señor conde, me miró a mí, y vimos
dos lágrimas temblar en ellos. Después, volvie-
ron a cerrarse y ya no se han abierto más. El
señor conde no pronuncia palabra. La mira, la
mira, le pasa la mano por la frente, y está así
sin moverse de su lado. La señora condesa llo-
ra en su habitación. ¡Cuánto debe de sufrirl!
¿Verdad, señora marquesa? Para mí ya no pue-
de haber alegría en el mundo. Ni siquiera alcan-
zó lo que más deseó: unirse a quien adoraba.
Pasó todo como un rayo, poco antes de la cere-
monia. El terror ha invadido esta casa. Se me
confunden las ideas. No sé cómo empezar. Ha
sido como si una montaña se hubiera despren-
dido sobre nosotros. Cuando supimos lo que
aquello significaba, nos quedamos todos helados
de espanto. Yo caí sin sentido en el corredor.
Cuando desperté, había un silencio que me
llenó de terror. De vez en cuando oía sollozos.

Entonces todo lo recordé. La señorita en el suelo; muerta quizá; voces, carreras, desmayos... ¡Bien me decía mi adorada señorita que un peligro oculto la amenazaba! Nunca se equivocó en sus presentimientos. ¡Qué día terrible el de ayer! Cuando...

¡Me llaman! Corro a la alcoba. Ahora mismo pongo esta carta al correo para que salga en seguida. Ignoro cuando podré volver a escribir. Ruegue a Dios que la salve señora marquesa. ¡Que la salve!

Su humilde servidora que l. b. l. p, y no cesa de llorar. Luisa.

XXX

Son las once de la mañana. Sigue lo mismo. ¡Lo mismo! Ni una sola palabra ha podido pronunciar. Sus ojos se han vuelto a abrir, pero miraban extraviados. ¡Y tan hermosa como está! Porque nadie ha sido tan hermosa como ella, nadie ha tenido un corazón como el suyo, nadie ha sido más desgraciada que ella. Si la señora marquesa la viera, ¡tan pálida, tan quietecita, tan callada...! Yo le doy leche con una cucharita de café. Apenas abre los labios Traga un poco,

lo demás se derrama. Su semblante es tranquilo, y, a veces, parece que sonrío. Y yo lloro sobre su misma cara, y la beso en la frente, y salgo con el corazón partido de dolor.

Sí, señora marquesa, ¡qué día terrible el de ayer! Desde entonces no alumbra el sol para nosotros. Nadie pudo darse cuenta de lo sucedido. Fué obra de un minuto. Ahora conocemos todos los detalles. Por la mañana llegaron todos menos el señor obispo que no había de estar aquí hasta las once y media. También vino nuestro abogado, a quien la señora marquesa conoce por las cartas de nuestra desgraciada señorita. ¿Cómo se atrevió a venir? ¡Y pensar que, sin él, en esta casa no habría ahora más que alegrías! Cuando la señorita lo vió, me cogió del brazo y me dijo: «Tengo miedo, Luisa. No te separes de mí». Si el señorito salía de su cuarto y tardaba, ella me decía: «Díle que venga. Tengo que preguntarle una cosa». Y yo lo buscaba y él volvía a su lado. En toda la mañana la dejó esta cruel intranquilidad. A las diez y media empezó a vestirse. Las señoritas de Torreiro y de Barbosa la ayudaban. Yo también. Empezó a ponerse pálida. ¡Pero como le debía de saltar el corazón en el pecho. Las amigas la hacían

reír, y ella reía con un dejo un poco triste. Sin embargo, era dichosa.

Se puso un vestido negro, de hermosa seda. Su estado la hacía mucho más interesante. La palidez de su rostro, dentro del marco de sus hermosos cabellos castaños y el negro del vestido, producía una impresión de maternidad tan seductora que yo no me cansaba de mirarla. El señorito entró una vez, ya vestido de frac y de corbata blanca, le tomó una mano y se la besó. Me pareció notar en su semblante algo extraño, y en su sonrisa una cosa que yo no puedo explicar. Al salir, observé que se puso un poco pálido. Tal vez todo esto no fuera más que puras aprensiones mías, muy bien puede ser, pero, después de la terrible desgracia, lo tengo por cosa cierta. Las señoritas que estaban con ella no conocían ni su inquietud ni sus temores, así es que estaban realmente contentas. ¡Pobre señorita de Torreiro! Ahora está hecha un mar de lágrimas. Era su amiga predilecta. La primera que conoció su secreto. La señorita de Barbosa le dijo:

—¿Te acuerdas de la noche del baile?

—Me hace daño tu recuerdo, le contestó.

Y se quedó entristecida.

—Oh! perdóname, Katy, yo no creí entristecerte.

Mi señorita le echó los brazos al cuello, la besó y le dijo:

—Yo sé que eres buena. ¿Cómo no he de perdonarte?

En aquel momento, se abrió la puerta y entró corriendo la Srta. Nona, que acababa de llegar. Yo no sé decirle, señora marquesa, los abrazos y los besos que se dieron. La señorita Katy no hacía más que decir: ¡Oh, mi prenda! ¡Oh, mi prenda! Se sentó en el sofá y se la puso en la falda agasajándole los cabellos, colmándola de caricias. La Srta. Nona se puso la mano en un bolsillo, sacó un objeto envuelto en un papel, y dijo:

—¿A qué no sabes qué es lo que te traigo aquí, Katy?

—No, hermanita mía. ¿Unos guantes...?

—¡Bobal! A ver si adivinas.

—¿Un acerico de raso...?

—¡Fríol! ¡Fríol!

—¿Una cajita de polvos...?

—¡Fríol! ¡Qué poco talento tienes, Katy!

—Sí que tengo poco, mi amor. ¿Un... una...?

—¡Bobal...! ¡Agua de la fuente! Para tu enfermedad.

Todas reimos. La señorita Nona quitó el papel, y enseñó muy contenta un frasquito con agua de la fuente milagrosa. La estrechó contra su corazón y la cubrió de besos. Parecía que su alma tenía necesidad de deshacerse toda en ternura.

—¿Qué estás ya buena? dijo la señorita Nona.

—Todavía no. Tengo daño aún en el vientre. Pero tu agua me curará.

—¡Pues no ha de curartel! Está dentro la Virgen.

—¿Tú la has visto?

—No, pero lo sé. Yo te enseñaré donde está la fuente. Todos los días está allí posada una paloma, haciendo guardia. Esa sí que la he visto yo. Es blanca.

—¿Viva?

—¡Qué reboba eres, Katy! ¿Querías que estuviera muerta?

Y se echó a reír y nosotras también. La señorita le tomó el frasquito diciendo:

—Bueno, mi nena. Lo guardaremos hasta después. Ahora déjame poner los guantes que hace frío.

Saltó al suelo la señorita Nona y se fué de-

recha al tocador para husmearlo todo y mirarse al espejo. La señorita Katy se acercó a la señorita de Torreiro y le dijo en voz baja para que su hermanita no oyera.

—Tengo ganas de llorar.

—La emoción, hija mía.

—No sé, no sé.

—¡Las doce menos cuarto! dijo la señorita de Barbosa.

—¡Cómo pasa el tiempo! exclamó mi señorita.

—Ninguna como tú se ha ganado esta dicha, dijo la señorita de Torreiro.

—Y no lo niego. Soy feliz.

—Y nosotras también, porque tú lo eres, replicó ella.

De pronto. ¡Dios de misericordia! todavía tiemblo al recordarlo, sonaron dos tiros casi simultáneos cerca, como en el patio. Nos quedamos en la misma actitud en que nos encontramos, sin palabra y sin aliento. La palidez de mi pobre señorita me dió miedo. Yo dí un paso para salir, pero me detuve al ver correr a mi señorita como una loca y asomarse al patio. Se quedó un rato con la cabeza inclinada, inmóvil, muda. De pronto dió un grito terrible y

cayó de espaldas sobre la alfombra. Yo corrí también como una loca, y bajé al patio. ¡Qué horror! ¡Dos cadáveres chorreando sangre! El abogado, y el señorito, con los brazos extendidos, y una herida en la frente de donde salía un hilo de sangre. El abogado se movía aún; pero, ante mis ojos aterrados, después de una convulsión se quedó quieto, con el abandono de un muerto. Subí la escalera y al llegar de nuevo al corredor, caí sin sentido. Al despertar, me encontré en la cama. Todo en la casa estaba en silencio, ¡y qué silencio! señora marquesa, silencio con sollozos ahogados en el fondo de las habitaciones, con pasos ahogados sobre las alfombras. De pronto, sentí dentro de mí como un grito: ¡La señorita! Y corrí a su alcoba. Allí estaban el señor conde y el médico del pueblo. El vestido de boda estaba sobre unas sillas, los guantes, los zapatitos, los lazos... Corrí a la cama... ¡Jesús, como lloré yo sobre aquel rostro de muerta! El señor conde tuvo que separarnos. Y volví. Y volví a llorar sin consuelo. El médico tuvo que sacarme y prohibirme que volviera. Creí morirme.

Los dos cadáveres estaban de cuerpo presente cada uno en una habitación. Fuí a ver el

del señorito. ¡Qué nobles facciones! Estaba sereno. Sobre la herida había una mancha de sangre coagulada. Nadie miró al otro con compasión. El señor obispo acababa de llegar pocos momentos antes de la catástrofe. Pasó toda la tarde en la habitación de la señora condesa. Esta tarde se marchará. Parece que es siempre de noche en esta casa.

¡Me llaman de nuevo! ¡Otra vez! Adios, señora marquesa. Luisa.

XXXI

La escena que acabo de presenciar me ha hecho pedazos el corazón. Corrí a la alcoba. Mi señorita tenía los ojos abiertos. Al verme sonrió. ¡Ay! aquella sonrisa no parecía ya de este mundo. El señor conde estaba a la cabecera con una mano de la señorita en la suya, la cabeza inclinada, y en el rostro señales del más profundo dolor.

— Te ha llamado, me dijo.

Me incliné sobre la cara de la enferma.

— Soy Luisa, le dije.

— Bajó los párpados como para decir que me conocía. Si me ha visto y me ha conocido, ¿có-

mo puede morirse? pensaba yo. Y se moría, señora marquesa. Los tres médicos así lo han declarado, al salir hace una hora de su última consulta. Nada puede salvarla ya. Es horrible. Media hora estuvimos de aquel modo junto a ella. Sus ojos, cuando no estaban fatigados, iban del señor conde a mí, y de mí al señor conde. Luego, bajaba los párpados y descansaba. Yo aprovechaba estos momentos para enjugarme las lágrimas con el pañuelo ya empapado en ellas. El señor conde movía la cabeza de arriba a abajo, y se paraba de pronto para quedarse largo rato inmóvil, como sumido en las tinieblas de su dolor. ¿Quién no lo compadecía? En aquel momento sentimos un ruido extraño, sordo, de varios pasos en los corredores. Salí para saber lo que era. Ya estaba cada uno en su ataúd, con el mismo vestido de la fiesta. Volví a la alcoba.

Momentos después, levantó la enferma la cabeza, abrió los ojos con mirar descompuesto y gritó sordamente:

—¡Nona! ¡Madre mía!

Corrí a buscar a la señorita Nona, llorando a lágrima viva. La tomé de la mano y entramos en la alcoba. Al verla junto a la cama, se avanzó a ella, la abrazó, la besó, muchas, muchas

veces, y volvió a caer sin fuerzas. Salimos. ¡Pobre niña! Salió llorando, pero sin saber aún la inmensa desgracia que iba a caer sobre ella. La dejé en su cuarto, y me encaminé al de la señora condesa. Cuando le dije que la señorita la llamaba, se puso palida.

—Ahora iré, me dijo.

Y volví de nuevo a la alcoba. ¡Con qué ansia pasé yo aquellos instantes! Si sentía pasos, volvía la cabeza hacia la puerta. Mi señorita abría de cuando en cuando los ojos. Esperaba, esperaba, al borde mismo de la muerte. Yo estaba segura de que iba pronto a morir, sin saber por qué. Me parecía que, al llevarse el cadáver del señorito, ella no podría ya vivir. Son de esas cosas que se le fijan a una aquí, en medio del corazón, y no hay quien las arranque. Sentí rumor de pasos. ¡Dios mío! ¡La señora condesa! Lentamente se acercó a la cama, y quedó junto a ella de pie, mirando a su hija. Esta, como si la hubieran advertido, abrió los ojos y los tuvo fijos en ella durante largo rato. Luego, sacó un brazo, después otro, los tendió hacia la señora condesa, se levantó cuanto pudo, y se quedó así con los brazos extendidos, esperando... La señora condesa se inclinó y cayó en ellos abrazándola también.

—¡Madre! ¡Madre mía! ¡Perdón! ¡Perdón!

—Si, te perdono, hija del alma. ¿Y tú me perdonas? ¿Perdonas a tu pobre madre, que tanto ha sufrido haciéndote tanto sufrir? Bien castigada estoy. Oh! no me niegues tú perdón, hija mía.

—¿Pues no he de perdonarte, madre del alma? Yo voy pronto a descansar, cuando se lo lleven. Pero si viviera, y aún quisieras hacerme sufrir más, yo te perdonaría también. ¡Adios, madre mía! Yo te he querido mucho siempre. Y tú a mí ¿verdad? Acuérdate de la pobre Katy. ¡No he sido mala, no! Te lo juro, madre.

—¡Infeliz Katy! ¡Infeliz Katy! Tú no morirás, hija mía.

—¿Oyes, madre? dijo apretándose a ella.

—¿Qué? ¿Qué oyes?

—Se lo llevan, se lo llevan ya. Estaba tendido, con los brazos abiertos. Sangre salía de la frente. ¿Quién me lo mató, madre?

—Me partes el corazón, hija del alma.

—Sí, perdón, perdón para todos... Ya ves, nos vamos juntos. La boda será allá arriba. Tú nos darás también la bendición, ¿verdad? ¡Ay, qué congojal! ¡Padre mío! ¡Ven! Ya se me enturbian los ojos. ¡Aquí! ¡Juntos! ¡Perdón!

Se levantó el señor conde. Ella los estrechó en un solo abrazo.

—¿No oyen? Se van con él. ¿Por qué lo encierran en esa caja? No lo encontrarán después. Volará hacia mí cuando mi espíritu quede libre. Yo no he sido mala, ¿verdad? ¿Pero qué querían que hiciera amándolo tanto? ¿Oyen? Nos llama, a mí y a nuestro hijo. Ya decía yo que no podíamos ir a América. Era muy lejos eso. ¡Qué angustia, Dios mío! Muchos besos a Nona, ¡muchos! ¿Han visto alma como la de ese americano? Mi adorado tenía celos de él. ¡Pobre bien mío! ¡Madre mía! ¡Padre mío! Abrazadme. Ah! que me vistan con mi traje de boda.

Dió un grito que nos hizo a todos estremecer, y cayó desplomada en la cama. Pero aun vivía, porque le ví mover la cabeza. A mí me habían olvidado mis señores. El señor conde se dejó caer en el sillón, y la señora condesa, herida, quizá en aquel instante solemne por algún remordimiento, cayó a los pies de su esposo, con la cabeza hundida entre sus manos, casi tocando al suelo. Un intenso escalofrío recorrió todo mi cuerpo. No me atreví a moverme. Se levantó el señor conde y dijo:

—Vienes a mí después de lo irremediable.

Tarde llegas. Tu hija te ha perdonado. Dios te perdonará también.

Besó a mi señorita en la frente, y salió. Creo que no reparó en mí.

Corro a verlos llevar. ¡Ya los bajan! Adios, señora marquesa. Luisa.

XXXII

¡Muertal ¡Muertal Esta casa es una verdadera tumba. La hemos vestido con su traje de boda. Su cara hiere los ojos entre el castaño oscuro de sus cabellos y el negro del vestido. Sonríe dulcemente. La hemos cubierto de florecillas silvestres, por que no hay otras. Sus manos de cera estrechan una cruz y entre ellas puse yo también una rosa seca que ella llevaba siempre en su seno: la primera que le dió el señorito en el momento de declararle su amor. Muchas veces me lo dijo: «Luisa, si me muero antes de casarme, ponme en las manos con la cruz esta flor que jamás se separará de mí. Ya ves donde la llevo». Y yo, con los ojos llenos de lágrimas, cumplí su encargo. ¡Adios, mi señorita amada, la mejor de las amas, casi una amiga, yo no la olvidaré nunca, nunca! Perdóneme, señora mar-

quesa, si mi dolor me hace faltar un poco al respeto de la que tanto amé. ¡Ah, si la señora marquesa la viera! La hemos cubierto con una gasa blanca, con pliegues que disimulan el ataúd. Parece que duerme. El americano con la cabeza descubierta, de pie a su lado, pasa largos ratos contemplándola. Yo lo he visto llorar. ¡Qué bueno es!

La enterrarán en la ciudad en el mismo nicho del señorito, como ella había dispuesto. Los cuatro hachones arden chisporroteando. Fuera, el viento ha empezado a soplar con fuerza. Y en este momento caen gotas menudas. El frío es intenso. Pero en su alcoba el ambiente es tibio, porque hay estufas en toda la casa. Así descansará mejor. Yo cerré sus ojos negros. Sus largas pestañas caen sobre la amarilla piel sombreándola ligeramente. La beso a cada momento. ¡Ah, ese frío de la muerte! Yo me hago la ilusión de que me oye, y le digo: «Soy yo, Luisa. Despierte, por Dios, señorita Katy. Que vuelva yo a oír su voz querida. Que vuelva yo a ver la luz de sus ojos. ¿No me oye?» Y las lágrimas corren de mis ojos y caen sobre sus mejillas. ¡Oh, sí, está muerta! Ya nada puede ver ni oír. ¡Qué cosa más horrible!

Al fin, vienen por ella. «¡Con este tiempo, Señor!» decía yo. Ví como le quitaban la gasa; ví como le arreglaban los cabellos; ví como plegaban el vestido dentro del ataúd; ví como le juntaban los pies; ví como cogían la tapa; ví como la cubrían... ¡Horror! Caí sin sentido. Cuando desperté, todo estaba allí dentro negro y vacío. ¡Nadie! ¡Ella tampoco! ¡Qué frío tendrá en su sepultura! Junto a mi cama estaba la hija del colonio. Después de arreglar lo que queda, marcharé mañana. ¿Pero dónde encontraré yo otra vez a mi señorita? No la curó, no, el agua de la fuente de la señorita Nona. ¡Si viera la señora marquesa cuánto se le parece! Oh! si, viviré para ella, y en ella veré noche y día a la que el cielo nos arrebató para siempre.

Queda a los pies de la señora marquesa, su humilde servidora Luisa.

OBRAS DEL AUTOR

Album de las cuevas de Artá y Manacor. (Texto y varios dibujos)—(agotada).

Personalidad y Socialismo—(conferencia).

El sabio, el creyente y la evolución—(conferencia)

Mi Muerta—(Agotada)—Traducida al francés.

Nueva religiosidad.

Hacia la cultura europea.

Por el ideal socialista.

Humanización del Arte.

Transformismo.

Mi playa.

Anotaciones.

Dos mentalidades—(folleto).

Katy.

TRADUCCIONES

Lucha eterna.—Balzac.

El Honor.—Sudermann.

Filosofía isotérica de la India.

PARA PUBLICAR

Tartufo.—Molière.

Reflexiones sobre la metafísica del cálculo infinitesimal.—Carnot.

Fenómenos de la vida comunes a los animales y a las plantas.—Claude Bernard.

